Una Navidad Regency



El Invierno QUE NO PUDO OLVIDAR

VIOLET SINCLAIR

EL INVIERNO QUE NO PUDO OLVIDAR

UNA NOVELA CORTA DE ROMANCE NAVIDEÑO DE LA REGENCIA



VIOLET SINCLAIR

Copyright © 2025 by Violet Sinclair

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

CAPÍTULO 1



Londres, diciembre de 1818

La lluvia cubría los adoquines de Bond Street de un velo resbaladizo y convertía el viento en un látigo. Gabriel Sterling se subió el cuello y siguió adelante abriéndose paso entre la maraña de paraguas, plumas de sombrero y paquetes. El aire olía a lana mojada, castañas asadas y estiércol de caballo: el perfume particular de Londres en época navideña.

Un cochero le gritó a un carro de reparto que bloqueaba la calle; una dama chilló cuando el agua embarrada le salpicó el bajo del vestido. La ciudad, en todo su esplendor, estaba en guerra consigo misma: la mitad perseguía el placer, la otra mitad se abría paso a codazos a través de la miseria.

Gabriel prefería la miseria. Le resultaba familiar. Predecible.

Había soportado veintinueve Navidades en Wrentham Park, cada una un tumulto de parientes sobrealimentados y alegría forzada. Sus hermanas lloraban en cada brindis, sus hermanos rugían con una euforia empapada en brandy, los niños chillaban y se peleaban por los juguetes. Hasta los perros llevaban lazos. Su madre lo llamaba tradición. Él lo llamaba purgatorio.

Este año se había librado de todo. Nada de canciones junto al fuego. Nada de sermones de medianoche sobre la gratitud. Había

enviado los regalos, las cartas y sus disculpas, y se había quedado en la ciudad.

Tenía la intención de pasar el día de Navidad en perfecta soledad: un fuego en el hogar, una botella de oporto, quizá una visita por la tarde a su amante si le apetecía. Era una compañía de fiar: cálida, silenciosa, poco exigente. Todo lo que no era su familia.

Debería haber sentido alivio, libertad. En su lugar, solo sentía ese vacío inquieto que ningún fuego, ningún oporto, ninguna mujer había conseguido calentar del todo. Aquel sentimiento lo acompañaba desde la muerte de su padre una década atrás, desde que el título se había posado sobre sus hombros como un yugo. Deber sin alegría. Obligación sin sentido. Había aprendido pronto que el amor y el deber eran a menudo lo mismo, solo que uno exigía que sonrieras mientras te asfixiaba.

Un villancico llegó arrastrado por el viento. Podría haberlo ignorado de no ser porque atravesó el ruido de la ciudad con una claridad sorprendente.

… Lully, lulla, mi pequeño niño…

La voz era lo bastante pura para detenerlo en seco. No era el chillido agudo de los cantantes callejeros que había esperado. Era algo más refinado: frágil pero seguro, como el cristal expuesto a una llama. Se giró hacia el sonido.

Un grupo de cantores de villancicos estaba de pie bajo la farola de gas de la esquina. Sus ropas estaban raídas, sus mejillas, sonrojadas por el frío. Pero la canción no provenía de ellos, sino de una joven que se encontraba un poco apartada, con un niño de no más de cuatro años asiéndole la mano enguantada.

La capucha se le había deslizado hacia atrás, revelando un cabello del color de las castañas humedecido por la neblina. Tenía la vista baja, fija en el niño, pero su voz se elevaba, clara como una campana en el aire de la noche.

Los transeúntes aminoraban el paso, atraídos a su pesar. Incluso Gabriel sintió que algo se removía bajo sus costillas, una quietud que no sabía que echaba en falta. Tal vez eso era lo que más lo inquietaba: la forma en que la canción le recordaba que la Navidad estaba hecha para aquellos que todavía creían en la esperanza. Para

aquellos que aún no habían aprendido que la alegría era un juego de niños que se jugaba antes de que el mundo te enseñara la verdad.

Cuando la última nota se desvaneció, la calle pareció exhalar. Después sonó el tintineo de las monedas: alguien había echado unas cuantas en el cuenco de madera del niño. Gabriel se descubrió avanzando antes de saber muy bien por qué.

La mujer levantó la vista entonces y se encontró con su mirada. Por un brevísimo instante, el ruido de Londres se desvaneció.

Ella sonrió, no a modo de invitación, sino con simple gratitud, y Gabriel —el frío y racional Gabriel— se sintió absurdamente sin aliento, como si el eco de la canción lo hubiera golpeado en el pecho.

Se tocó el ala del sombrero en señal de reconocimiento, un gesto automático.

Y por primera vez en años, se preguntó qué demonios estaba haciendo con su vida.

MEG WINSLOW JUNTÓ sus manos enguantadas alrededor de los pequeños dedos de Lottie, intentando mantenerlas a ambas calientes. El viento se encañonaba por Bond Street como una cuchilla, atravesando su pesada capa. El ala de la cofia la protegía de lo peor de la llovizna, pero tenía las mejillas encendidas por el frío y la vergüenza. Estaba demasiado cerca de los cantores de villancicos, y los transeúntes probablemente asumían que formaba parte del grupo.

No era que guardase rencor a los cantores. Eran gente amable de la iglesia a la que ella y los niños se habían unido después de mudarse a Londres en verano. Su causa era digna —recaudar fondos para reparar el tejado—, pero veintisiete años cantando juntos no habían mejorado su afinación. Meg se habría reído de no ser porque le castañeteaban los dientes.

No había planeado estar allí. Se había visto arrastrada por el entusiasmo del vicario cuando oyó a Theo —su hijo, su orgullo— tararear durante un himno un domingo. Su voz clara y argentina

había silenciado a toda la congregación. Al final de la misa, lo habían reclutado para el grupo de villancicos, y había sido imposible esquivar la invitación. Theo había brillado de emoción. Meg, no tanto.

Cuatro años atrás, se habría reído ante la idea de estar en Bond Street, cantando a cambio de monedas. Cuatro años atrás, era la señora de Robert Winslow, esposa de un caballero de modestos posibles, ama de una casa pequeña pero respetable en Hampshire. Su padre —hijo menor de un baronet— le había conseguido una temporada en Londres cuando tenía dieciocho años. Había asistido a los bailes, llevado los vestidos y aprendido lo que significaba desear algo que nunca podría tener.

Gabriel Sterling tenía diecinueve años esa temporada, recién convertido en conde, y era completamente ajeno a su existencia. Ella lo había observado desde los márgenes de los salones de baile, memorizando la línea de sus hombros, la forma en que se movía entre las multitudes como si fuera dueño del mismísimo aire. Una vez, habían bailado una contradanza en la que él le había sonreído con cortesía y la había olvidado antes de que terminara la música.

Se había casado con Robert dos años después, convenciéndose de que era amor. Había sido amable. Debería haber sido suficiente.

Luego, la tisis se lo había llevado, lenta y costosamente. Las facturas médicas habían consumido lo poco que tenían. La familia de Robert le había dejado claro que ya no era asunto suyo. Su propio padre había muerto al año siguiente, legándoselo todo a su hermano, que tenía su propia familia que alimentar.

Seis meses atrás, el hermano de Robert, William, le había ofrecido un lugar en su casa de Londres, una oferta hecha por deber, no por afecto. Ella había aceptado porque tenía dos hijos y no le quedaban opciones. Ahora vivía en los márgenes del hogar de William, tratando de ser lo bastante útil para justificar el espacio que ocupaba, lo bastante invisible para no ser una carga.

Ahora estaba de pie en el pavimento resbaladizo, fingiendo que no le importaban las miradas de los extraños elegantes que pasaban deprisa junto al pequeño grupo. Quería estar en cualquier otro lugar, pero el corazón se le hinchaba cuando Theo daba un paso al frente,

agarrando su libro de himnos con las manos embutidas en manoplas. Comenzó su solo, su voz tejiéndose pura y certera a través de la llovizna y el ruido.

Meg se olvidó de respirar. Cada nota brillaba como la luz contra el día gris. El orgullo le reconfortó el pecho, seguido rápidamente por la inquietud. ¿Y si nadie se detenía? ¿Y si el mundo simplemente pasaba de largo y no lo oía? Bajó la vista hacia Lottie. Su hija estaba abrigada hasta la barbilla, con los ojos muy abiertos por el asombro y los suaves rizos de las sienes húmedos por la neblina.

—Agárrate fuerte, mi amor —susurró Meg, aunque la niña ya se apretaba contra su costado.

Por el rabillo del ojo, notó un movimiento: un caballero alto se había detenido a pocos metros. Se apoyaba ligeramente en un bastón con empuñadura de plata, con una postura relajada pero imponente, como si la propia Bond Street existiera para su conveniencia. Su abrigo relucía oscuro a la luz de las farolas, y su sombrero estaba colocado en un ángulo perfecto. Parecía salido de un cuadro. Algo en la línea de su mandíbula, en la inclinación de sus hombros, despertó un vago recuerdo.

El reconocimiento llegó con un aleteo de incredulidad. Gabriel Sterling, el conde de Wrentham. Antaño objeto de cotilleos susurrados tras los abanicos. Antaño el hombre al que había observado desde el otro lado de los salones de baile y del que se había dicho que se había olvidado.

La inquietaba, ahora, descubrir que algunos sueños solo se habían acallado, no muerto.

Estaba escuchando a Theo.

A Meg se le cortó la respiración. La voz de su hijo se alzó en su estrofa final, la dulzura perforando el frío como la luz del sol a través de la escarcha. Cuando la última nota se desvaneció, un silencio pareció cernirse sobre la calle. Luego, un único tintineo —moneda contra madera— cuando el caballero echó una contribución en el pequeño cuenco para las donaciones. Su mirada siguió el movimiento, y cuando volvió a levantar la vista, los ojos de él estaban fijos en los suyos.

Fue el instante más breve, un latido suspendido en el húmedo aire invernal. No hubo ningún destello de reconocimiento en su mirada, ¿cómo podría haberlo? Pero algo más suave persistió, un silencioso reconocimiento que le dejó el pecho dolorido.

Se tocó el ala del sombrero. Cortés. Distante. Y, sin embargo, por un instante, Meg se sintió vista. No como la viuda de un hombre muerto hacía tiempo, ni como la mujer que vivía de la caridad a regañadientes de su cuñado. Simplemente, vista.

Y entonces él siguió su camino, con sus pasos medidos y seguros, engullido por la multitud.

Se volvió hacia Theo, cuyo rostro estaba sonrojado por el brillo de los aplausos de algunos rezagados que se habían detenido a escuchar. Se inclinó y le besó la parte superior del gorro. —Maravilloso, cariño.

Él le sonrió radiante. Lottie soltó una risita, un sonido brillante como una campana. Meg sonrió, aunque sentía el corazón a punto de estallar.

Durante años, la Navidad había sido una época que soportaba: demasiado ruido, demasiados gestos vacíos. A Robert nunca le había importado, y después de su muerte, las fiestas se habían convertido en algo que había que sobrevivir por el bien de los niños. Sin embargo, de pie allí, con frío y humillada y extrañamente esperanzada, sintió la más leve chispa de lo que había creído perdido.

Quizá este año podría ser diferente. Quizá, si se atrevía a creer en ello, la Navidad podría significar algo más que el dolor del recuerdo. Quizá aún podría albergar la promesa de algo nuevo.

GABRIEL HABÍA TENIDO la intención de seguir de largo, de dejar atrás la música y la extraña congoja que había despertado en él. Sin embargo, vaciló en la esquina, incapaz de sacudirse el sonido de la voz del niño. La melodía persistía, suave e inquietante, entretejiéndose con el ritmo de las ruedas de los carruajes y la lluvia.

Un destello de movimiento captó su atención: algo pequeño y azul rodaba por los adoquines mojados. Una manopla de niño, empapada y desamparada. Fue a detenerse contra su bota.

Antes de que pudiera agacharse a recogerla, una pequeña figura se lanzó hacia adelante. La niña de los villancicos —la que se había aferrado a la mano de su madre— se arrodilló a sus pies, buscando la manopla con una determinación obstinada. La cofia se le ladeó al agarrarse no a la manopla, sino al bajo de su abrigo para mantener el equilibrio, usándolo para incorporarse.

Le sonrió con un deleite completo e inocente, con la manopla rescatada apretada en un puño húmedo.

Gabriel se quedó helado. Los niños, según su experiencia, eran criaturas ruidosas e impredecibles que era mejor evitar. Hacía tiempo que había perfeccionado el arte de mantener a sus sobrinos y sobrinas a distancia, con solo una mirada si era necesario. Sin embargo, esta lo miraba parpadeando, imperturbable, con una sonrisa amplia y audaz.

—Lottie —llamó una voz de mujer, ansiosa y sin aliento.

La niña se giró, todavía agarrada a su abrigo. La mujer se acercó rápidamente, con las faldas rozando húmedas los adoquines. Cuando llegó a ellos, se arrodilló y abrazó a la niña. —¿Qué te he dicho sobre alejarte, mi amor? No puedes simplemente… —Alzó la vista entonces, y las palabras se le atascaron.

Era la cantante, la madre del niño. La mujer de los villancicos.

Gabriel inclinó ligeramente la cabeza. —No ha pasado nada.

Tenía las mejillas sonrojadas por el frío y la vergüenza. —Le ruego que me disculpe, *my lord* —dijo en voz baja, con la mirada fija en las cintas de la cofia de su hija mientras las volvía a atar con dedos temblorosos—. Le prometo que no volverá a ocurrir.

—No parece que tuviera malas intenciones. —El tono de Gabriel fue más amable de lo que pretendía. Estudió a la niña y luego a la madre. El niño se había reunido con ellas, de pie junto a su madre, con los ojos muy abiertos e inciertos.

Gabriel se encontró hablando sin haberlo pensado. —La voz de su hijo es extraordinaria. Pocas veces he oído una igual.

Ella hizo una rápida reverencia, todavía sosteniendo la mano de Lottie. —Es usted muy amable, *my lord*.

Amable. La palabra no le pegaba. Aun así, se sorprendió continuando. Las palabras lo sorprendieron incluso mientras las pronunciaba. El día anterior le había escrito a su madre declinando organizar el recital anual. Demasiadas molestias, había alegado. Demasiadas expectativas. Y, sin embargo, allí estaba, cursando invitaciones a una mujer cuyo nombre ni siquiera conocía.

—Organizo un concierto privado en mi casa cada diciembre —dijo, dejándose llevar por un impulso que no pudo reprimir—. Una velada para quienes aprecian la música, no el mero ruido. Sería un honor para mí que su hijo cantara para nosotros.

La espalda de ella se enderezó, un cambio sutil que denotaba orgullo. —Mi hijo no es un artista a sueldo, *my lord* —dijo con voz serena—. Canta por gusto, no para exhibirse.

Las palabras fueron tranquilas, pero su tono conllevaba una reprimenda que aterrizó con una fuerza sorprendente. La boca de Gabriel se tensó. Ella pensaba que le estaba ofreciendo caridad. O peor: mecenazgo, como si el niño fuera una curiosidad que exhibir para el divertimento de sus invitados.

—Por supuesto —dijo él, con voz más fría ahora—. Perdone mi atrevimiento. Solo pretendía decir que su don merece ser escuchado.

—Entonces ya lo ha escuchado —replicó ella, atrayendo a Lottie hacia sí y mirando a los cantores que se preparaban para marcharse. Cogió la mano de su hijo—. Buenos días, *my lord*.

Se dio la vuelta para irse, y el niño miró hacia atrás por encima del hombro con ojos grandes y curiosos. En cuestión de instantes, había reunido a ambos niños y se había adentrado en la multitud. Sus pequeñas figuras pronto fueron engullidas por el remolino gris de compradores y neblina.

Gabriel se quedó donde ella lo había dejado, y la lluvia le salpicaba el ala del sombrero. Debería haberse sentido ofendido —pocos se atrevían a hablarle con un rechazo tan rotundo—, pero no era ofensa lo que sentía. Lo que persistía en su lugar era el eco de la

voz del niño y el recuerdo de los ojos de la mujer: firmes, orgullosos y mucho más cálidos de lo que la ciudad merecía.

Había sido una estupidez dirigirle la palabra siquiera. Una estupidez y, sin embargo…, no podía arrepentirse del todo. El sonido de esa canción no lo abandonaba. Tampoco la mirada que ella le había dedicado, una que lo hacía sentir, absurdamente, como si no fuera el conde de Wrentham, sino un hombre que había olvidado lo que significaba ser visto de verdad.

Se ajustó los guantes y se dirigió de nuevo hacia Brook Street, a paso ligero. No tenía por qué entretenerse en el frío, no tenía por qué pensar en una viuda y sus hijos. Su Navidad sería como la había planeado: solitaria, controlada, libre de ataduras.

No obstante, mientras caminaba, se sorprendió buscando una música que ya no estaba allí.

Y preguntándose, a su pesar, si tal vez se había equivocado en lo que quería después de todo.

CAPÍTULO 2



El recuerdo de Bond Street se le pegaba a Meg como la lana húmeda. Se había pasado media noche en vela, reviviendo el encuentro en su mente: el momento en que el conde había mirado a su hijo, y a ella, con algo que se parecía demasiado a la admiración. ¡Qué hombre tan arrogante! ¿Cómo se atrevía a hablarle en plena calle, como si fueran iguales? Y, sin embargo, qué estúpido por su parte haberse quedado sin aliento cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Se había levantado temprano, se había vestido bajo la luz grisácea de la mañana y había bajado a desayunar para encontrar el comedor misericordiosamente vacío. William y su esposa ya habían salido para sus visitas matutinas, lo cual era un alivio. Se sirvió té con manos que apenas temblaban e intentó no pensar en bastones con empuñadura de plata ni en la inclinación de la sonrisa de un hombre a la luz de un farol.

Los niños llegaron unos instantes después. Lottie se sentó en su silla de un salto, parloteando sobre la muñeca a la que había llamado Princesa Pudin. Theo se deslizó en su asiento sin decir palabra, con la mirada fija en el plato.

—¿Has dormido bien, mi amor? —preguntó Meg, alargando la mano para acariciarle el pelo.

Él se encogió de hombros y removió los huevos con el tenedor.

—Sí, mamá.

—Theo cantó de maravilla ayer —anunció Lottie, ajena al humor de su hermano—. Todo el mundo lo dijo. El hombre alto del bastón nos dio dinero.

—Lottie —dijo Meg con dulzura—, cómete el pan, por favor.

Su hija obedeció, tarareando sin melodía con la boca llena de tostada. Theo permaneció en silencio, con sus pequeños hombros encogidos de una forma que a Meg le oprimía el pecho.

—Cantaste de maravilla —dijo ella en voz baja—. Estaba muy orgullosa de ti.

Él levantó la vista entonces, con unos ojos demasiado serios para un niño de ocho años.

—Pero no puedo cantar en el concierto.

—No, cariño. No puedes.

—¿Porque el conde es malo?

—No. —Dejó la taza y escogió las palabras con cuidado—. Porque el conde no entiende que tu voz es un don, no... una cosa que exhibir.

Theo consideró aquello, frunciendo el ceño.

—La señorita Kemp dice que los dones son para compartirlos.

—La señorita Kemp tiene razón. Pero deben compartirse libremente, no porque alguien importante los pida.

Él asimiló esto en silencio y luego volvió a su desayuno. Pero el gesto de su boca le dijo que no la creía del todo. Lo había decepcionado. Peor aún: había dejado que el orgullo se impusiera a lo que podría haber sido un momento de alegría para él.

La culpa se le asentó pesadamente en el estómago, amargándole hasta el té aguado.

Había rechazado una invitación que podría haberle dado una alegría a su hijo. Había privado a sus hijos de la poca emoción que ofrecía la temporada. ¿Y por qué? Porque diez años atrás, Gabriel Sterling había bailado con ella una vez y la había olvidado antes de que terminara la música. Porque volver a verlo le había recordado todos los sueños absurdos que una vez albergó.

Cuando tenía dieciocho años, su nombre le hacía dar un vuelco al corazón. Había bailado una vez con su amiga Clara Dryden, y Meg la había envidiado con tanta ferocidad que se había ido a casa

llorando. Había superado todo aquello, por supuesto. Se había casado con Robert Winslow en su lugar: de buen corazón, seguro y amable. Se había convencido a sí misma de que era amor. Y ahora Robert ya no estaba, y a ella le quedaban hijos, deudas y una inoportuna tendencia a recordar la inclinación de la sonrisa de un conde.

Había madurado, se había casado, había aprendido a ser cauta… y, sin embargo, el viejo dolor lo había reconocido primero.

—¿Mamá? —La voz de Lottie la sacó de sus pensamientos—. ¿Estás triste?

Meg forzó una sonrisa.

—No, mi amor. Solo estoy pensando.

—¿En el hombre alto?

—Lottie, termínate la tostada.

Para cuando retiraron los platos del desayuno, Meg había decidido llevar a los niños a la biblioteca de préstamo. Necesitaban algo alegre, algo que no incluyera música ni hombres que pensaban que podían exigir obediencia con una palabra bien colocada.

Estaba a mitad de la escalera cuando llamaron a la puerta. Un golpe firme, oficial, que resonó en la casa demasiado silenciosa de William.

Meg se quedó paralizada en el rellano.

Sutton, el mayordomo de William, se dirigió hacia la puerta con su habitual paso medido. Meg se dijo a sí misma que no era nada: un comerciante, tal vez, o uno de los socios de William. Pero algo frío y certero se le instaló en el estómago.

—El reverendo Baker desea ver a la señora Winslow —anunció Sutton, y su voz llegó hasta lo alto de la escalera—. Y el conde de Wrentham.

El suelo pareció inclinarse bajo sus pies.

Descendió lentamente, aferrándose a la barandilla con más fuerza de la necesaria. William y su esposa estaban fuera; gracias a Dios por los pequeños favores. No tendría que soportar esta humillación ante testigos.

Cuando entró en el salón de William, el reverendo Baker ya estaba radiante, con las manos entrelazadas como si estuviera

impartiendo una bendición. A su lado se encontraba el hombre al que había intentado olvidar durante media noche.

Gabriel Sterling, impecable como siempre, con su tabardo de esclavinas todavía cubierto de escarcha. Estaba de pie cerca de la ventana, la luz invernal dibujaba los planos de su rostro, y por un momento Meg se olvidó de respirar.

—¡Señora Winslow! —El vicario se precipitó hacia ella y le cogió la mano entre las suyas—. ¡Qué bendición nos trae esta mañana! ¡Qué generosidad! ¡Qué oportunidad!

La mirada de Meg se deslizó más allá de él hasta Gabriel. El conde inclinó la cabeza, con una expresión serena, casi indiferente. Pero algo brilló en sus ojos —expectación, tal vez, o una discreta diversión— que hizo que se le tensara la espalda.

—Reverendo Baker —dijo ella con cuidado—. Señor conde. Esto es... inesperado.

—Perdone la intromisión —dijo Gabriel con la voz tan aterciopelada como la recordaba—. He venido a hablar con el reverendo Baker sobre la recaudación de fondos de la iglesia. Cuando me he enterado de que usted residía aquí, he pensado que sería cortés hacerle una visita.

Mentiroso. Podía verlo en la ligera curva de su boca, en la forma en que la observaba.

—Su señoría ha hecho la oferta más generosa —continuó el reverendo Baker, prácticamente vibrando de emoción—. ¡Ha accedido a acoger a nuestro pequeño coro en su concierto anual de Navidad, la noche del veintitrés de diciembre! ¡Solo dos días antes de la propia Navidad! ¿Se lo imagina? Nuestros cantores actuando ante los mecenas más distinguidos de Londres, ¡y en una fech

La trampa se cerró a su alrededor con una precisión perfecta.

—Qué generoso —dijo Meg, con la voz cuidadosamente neutra.

—Quedó muy impresionado con nuestra actuación en Bond Street —prosiguió el vicario—. Especialmente con el solo del joven Theo. Su señoría ha solicitado específicamente que su hijo cante de nuevo en el concierto. ¡Qué honor, señora Winslow! Toda una oportunidad para el muchacho.

Meg se obligó a mirar a Gabriel a los ojos. Él permanecía completamente inmóvil, esperando. No regodeándose, eso habría sido más fácil de soportar. Simplemente... esperando. Como si supiera con exactitud lo que ella iba a decir y sintiera curiosidad por ver si lo sorprendería.

—Mi hijo —dijo lentamente—, no es un artista de alquiler, señor conde.

—No. —Gabriel dio un paso adelante, su tono era amable pero firme—. Es un artista. Hay una diferencia. No lo insultaría pagándole, señora Winslow. Pero sería un honor para mí proporcionarle un público adecuado. Los mejores músicos de Londres estarán presentes, gente que apreciaría su don como se merece.

Las palabras eran corteses. La ejecución, impecable. Y bajo todo ello, oyó la orden tácita: *he hecho que le resulte imposible negarse.*

—¡Qué delicadeza! —exclamó el reverendo Baker—. Y qué generoso: ¡no solo el concierto, sino una donación de cincuenta libras a nuestro fondo! ¡Cincuenta libras, señora Winslow! ¡Tendremos nuestro nuevo tejado y aún nos sobrarán fondos para la música del coro!

Cincuenta libras. Más de lo que la mayoría de las familias veían en un año. Más de lo que Meg poseía. El ávido entusiasmo del vicario no hacía más que apretar la soga.

Apenas podía rechazar a su vicario, a su iglesia y a su hijo, todo a la vez.

—Ya veo. —Sus manos se cerraron sobre los pliegues de su falda, ocultas por la caída de la lana gris—. Es usted muy persuasivo, señor conde.

—No persuasivo —replicó él en voz baja—. Simplemente tenaz.

El vicario, ajeno a la frialdad que reinaba entre ellos, continuó apresuradamente:

—Ya he dispuesto que la señorita Kemp pase esta tarde a discutir el programa. A su señoría le gustaría que Theo ensayara antes en la sala de música, para acostumbrarse a la acústica, ya sabe. ¡Menuda consideración!

A Meg le dolía la mandíbula de mantener una expresión neutra.

—Hay poco que discutir. Cantará lo que su señoría oyó en Bond Street.

—Como desee. —Los labios de Gabriel se curvaron ligeramente —. Pero anhelo volver a escucharlo.

Lo dijo en voz baja, sin énfasis, pero algo en su tono hizo que se le alterara el pulso. Como si estuviera diciendo «anhelo volver a verla». Como si aquello fuera algo más que la voz de un niño y el tejado de una iglesia.

Meg hizo una reverencia, un movimiento automático.

—Reverendo Baker, por favor, agradézcale a su señoría su... generosidad. Por supuesto, asistiremos.

El vicario sonrió radiante.

—¡Espléndido! Un triunfo para todos. ¡Oh, qué Navidad será esta!

Cuando finalmente los acompañó a la puerta, se mantuvo perfectamente educada. Gabriel se detuvo en el umbral, su mirada se encontró con la de ella un instante más de lo que el decoro permitía.

—Hasta el concierto, señora Winslow —dijo él.

—Señor conde. —Ella hizo otra reverencia, esta vez más profunda, y cerró la puerta en el instante en que él se dio la vuelta.

Solo entonces se llevó una mano temblorosa a la sien y se apoyó en el marco de la puerta.

La había engañado. No con crueldad, quizá, pero sí por completo. Y lo peor de todo —la parte más humillante— era que un pequeño y traicionero rincón de su corazón ya se preguntaba cómo sería volver a verlo.

Arriba, oyó la risa de Lottie, alegre e inconsciente. Theo se alegraría cuando se lo dijera. Debería sentir alivio. Victoria, incluso. Su hijo tendría su momento.

En cambio, se sintió como si acabara de subir a un escenario sin guion y sin idea de cómo terminaría la obra.

La Navidad, al parecer, había conspirado en su contra.

GABRIEL SE RECOSTÓ en el asiento del carruaje mientras este se alejaba de la modesta casa de Bloomsbury. El reverendo Baker estaba sentado frente a él, todavía deshaciéndose en agradecimientos, pero Gabriel apenas lo oía.

Se había tomado considerables molestias para organizar la visita de esa mañana. Después de marcharse de Bond Street dos días antes, se había descubierto incapaz de quitarse de la cabeza el recuerdo de la voz del niño, o de los ojos de la madre. Se había dicho a sí mismo que era una mera apreciación estética. El niño tenía talento. Alguien debía fomentarlo.

Pero eso no explicaba por qué se había pasado la mayor parte del día anterior localizando al reverendo Baker. O por qué le había escrito una carta a su madre informándole de que, después de todo, sí organizaría la velada musical anual. O por qué había visitado personalmente al vicario esa mañana con una oferta de cincuenta libras y un lugar para la actuación.

Simplemente tenaz, le había dicho a ella. Más honesto habría sido *absolutamente irracional.*

Había esperado que ella estuviera agradecida. Aliviada, tal vez. En lugar de eso, lo había mirado como si la hubiera acorralado, lo cual, suponía, era lo que había hecho. El entusiasmo del vicario había sido su arma, y la había esgrimido con calculada precisión.

Debería sentir satisfacción por haberla manipulado para que aceptara. En cambio, se sentía vagamente inquieto.

Aquella mañana había estado diferente. No era la mujer orgullosa y a la defensiva de Bond Street, sino algo más frágil bajo la compostura. Lo había visto en la forma en que sus manos se habían aferrado a las faldas, en la cuidada neutralidad de su voz. Había aceptado porque no tenía otra opción, y le guardaba rencor por ello.

No debería importarle. Apenas la conocía. Una viuda con dos hijos y una voz que lo había detenido en una calle nevada, eso era todo lo que era. Todo lo que debería ser.

—Una familia encantadora —decía el reverendo Baker—. La pobre señora Winslow ha pasado unos años difíciles, tengo entendido. Su marido falleció, ya sabe. Ahora vive con el hermano de él; muy caritativo por parte del señor Winslow acogerla. Los

niños se portan bien, por supuesto, pero se percibe la tensión. Estoy seguro de que su amabilidad significará mucho para ellos, señor conde.

Gabriel emitió un sonido evasivo. Caridad. ¿Eso era lo que el vicario pensaba que era esto?

No estaba seguro de lo que era. Solo sabía que cuando ella lo había mirado esa mañana —mirado de verdad, con esos ojos firmes y perspicaces— se había sentido visto de una manera que no tenía nada que ver con su título o su riqueza. Como si ella viera más allá del conde, al hombre que había estado solo bajo la lluvia, escuchando una música que lo hacía anhelar algo que no podía nombrar.

—El concierto es dentro de una semana —dijo el reverendo Baker —. Tiempo de sobra para los preparativos. Espero, es decir, confío en que la señora Winslow no se vea demasiado importunada por los ensayos.

—Me aseguraré de que no sea así —dijo Gabriel.

Y lo haría. Lo había planeado todo cuidadosamente: el ensayo, el concierto, la donación. Había creado razones para que ella volviera a verlo, para que pasara tiempo en su casa. Se había dicho a sí mismo que era por el bien del niño.

Pero mientras el carruaje avanzaba por las calles grises, ya no podía fingir que creía sus propias excusas.

Quería volver a verla. Quería entender por qué una viuda que vivía de la caridad y cantaba por unas monedas podía hacerle cuestionarse cada decisión que había tomado. Quería saber si ella lo recordaba de alguna parte; había habido algo en sus ojos el día anterior, un destello de reconocimiento que no lograba ubicar.

Volvía a nevar, suave y silenciosamente. Londres parecía casi limpio bajo la nieve, casi nuevo.

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y se permitió una pequeña sonrisa privada.

Una semana para el concierto. Una semana para desentrañar el misterio de la señora Winslow y su extraordinario hijo.

Una semana para descubrir por qué, por primera vez en una década, la Navidad parecía algo más que una obligación que

soportar.

CAPÍTULO 3



Habían pasado tres días desde la visita del vicario, y el aroma a pino y cera de pulir llenaba ahora el vestíbulo de Gabriel. Estaba de pie en el umbral de su sala de música, observando cómo su ama de llaves dirigía a las criadas en los preparativos finales. Guirnaldas adornaban cada barandilla, los apliques refulgían como estrellas atrapadas y los suelos brillaban recién encerados.

Se había dicho a sí mismo que era por sus invitados; que el concierto de este año caía lo bastante cerca de Navidad como para justificar un poco de alegría. Pero la visión de las bayas de acebo sobre el yeso blanco solo le recordaba lo decidido que había estado a evitar la festividad por completo.

Había planeado quedarse en Londres precisamente para escapar de las risas, los juegos y el ruido interminable de las reuniones familiares. Y, sin embargo, allí estaba, de pie en una casa que olía a mañana de Navidad y esperando la llegada de una viuda y sus hijos con un anhelo que rozaba lo absurdo.

Su humor se agrió al darse cuenta.

La señora Trent se acercó, alisándose el delantal con sus manos competentes.

—¿Quiere que los lacayos traigan muérdago para los umbrales, milord? Es tradicional para…

—Nada de muérdago —dijo él secamente—. En ninguna parte.

Ella parpadeó, claramente sorprendida.

—Como desee, milord.

La sola idea lo inquietaba. Si besaba a la señora Winslow —y, Dios lo perdonara, la idea se le había pasado por la cabeza más de una vez—, no sería por una ramita de verdor y la endeble excusa de la tradición. Sería porque él lo eligiera. Porque ella se lo permitiera.

Señora Winslow. Solo el nombre bastaba para oprimirle algo en el pecho.

La noche anterior no había ido a ver a Lucy como había planeado. Tenía la intención —incluso había pedido su carruaje—, pero en el último momento cambió de rumbo y le ordenó al cochero que condujera sin destino a través de la niebla. El silencio había sido insoportable, sus pensamientos llenos de la canción de un niño y los ojos de una mujer que perduraban mucho después de que ella se hubiera apartado. Terminó la noche en su club, donde el aire olía a humo y brandy, y la única conversación provenía del barajar de las cartas sobre el fieltro.

Ahora, la luz del día no le traía paz. Se dijo a sí mismo que su irritación se debía a la falta de sueño, al ajetreo de los sirvientes, a las interminables listas de preparativos. Pero en el fondo, sabía la verdad.

Estaba pensando en ella. Otra vez. Todavía.

Había ido demasiado lejos al conseguir el coro. Había sido precipitado presionar al vicario, aunque en su momento le pareció práctico. La voz del niño merecía una audiencia, y el concierto de Gabriel se la proporcionaría. Aun así, podía admitir —aunque solo fuera para sí mismo— que su insistencia había sido algo más que celo artístico.

Quería volver a verla. Saber si la chispa que había imaginado en sus ojos había sido desafío o alguna otra cosa. Descubrir si la proximidad curaría esta extraña fascinación o solo la profundizaría.

Atravesó la sala de música, y el eco de sus botas resonó en el suelo pulido. El pianoforte estaba afinado, las sillas dispuestas para la pequeña orquesta. El modesto escenario relucía bajo la pálida luz invernal. La acústica era exquisita; la había diseñado él mismo años atrás, cuando la música todavía le importaba por razones más allá del deber. Normalmente, la visión del orden y la preparación le complacía.

Hoy, lo inquietaba.

Imaginó la sala más tarde: el silencio mientras la clara voz del niño se alzaba en el espacio iluminado por las velas, el silencioso orgullo de la madre, los invitados sorprendidos. La imaginó a ella de pie, con la luz atrapada en su pelo, su compostura ablandándose a medida que la música crecía.

No debería imaginarlo. Y, sin embargo, no podía evitarlo.

Gabriel maldijo por lo bajo y se acercó a la ventana. Amenazaba con nevar de nuevo; el cielo colgaba bajo y gris. Londres sería difícil de transitar al anochecer. Quizá debería haber pospuesto el ensayo por completo. Era innecesario. El niño ya había demostrado su capacidad durante los villancicos.

Pero la idea de no volver a oír esa voz —de no volver a ver*la*— lo desazonaba más que la idea de la incorrección.

Lo había organizado todo a través de los canales adecuados, naturalmente. La invitación se había enviado a través de la señorita Kemp, cuidadosamente redactada para no parecer demasiado presuntuosa. La señora Winslow había aceptado, aunque sospechaba que a regañadientes. Los niños vendrían. Ella vendría.

Tres horas más.

Se acercó a la chimenea y posó los dedos en el borde de la repisa. El mármol estaba frío bajo su tacto. Debería estar pensando en la música, en sus invitados para el concierto, en las docenas de detalles que requerían su atención. En cambio, estaba pensando en una viuda de ojos cautelosos y una sonrisa que nunca dejaba llegar a sus labios.

Había admirado la belleza antes —muchas veces—, pero nunca así. Nunca con una desazón tan silenciosa. Nunca con la sensación de que algo fundamental había cambiado y no podía devolverlo a su sitio.

—¿Lord Wrentham? —llamó suavemente la señora Trent desde el umbral—. La sala de música está lista. ¿Desea que prepare el té para cuando lleguen sus invitados?

—Sí —dijo él, apartándose de la ventana—. Y asegúrese de que ventilen la guardería. La niña podría necesitar un lugar donde descansar si el ensayo se alarga.

Las cejas de la señora Trent se alzaron ligeramente —él nunca se preocupaba por tales detalles—, pero se limitó a hacer una reverencia.

—Por supuesto, milord.

Cuando se marchó, él permaneció un rato más en silencio, contemplando la sala de música vacía. Las guirnaldas susurraban débilmente con la corriente de aire, un suave murmullo de verde y pino. Se había dicho a sí mismo que la Navidad era un sentimiento necio, una estación de ruido y fingimiento.

Sin embargo, de alguna manera, este año se había abierto paso hasta su hogar, hasta su mente y —lo que era más molesto— hasta su corazón.

Se enderezó los puños, se ajustó el corbatín y se dijo a sí mismo que estaba preparado.

No se lo creyó ni por un momento.

MEG SE PLANTÓ ante el pequeño espejo de su habitación prestada e intentó no ver en lo que se había convertido.

El vestido era gris; de buena lana gris, práctico y apropiado, pero gris al fin y al cabo. Lo había usado tantas veces en el último año que los puños empezaban a deshilacharse. Había cubierto las zonas gastadas con encaje nuevo de su costurero, pero el efecto era más lastimoso que elegante. Aun así, era lo mejor que tenía. El único vestido que no pregonaba su pobreza tan a voces.

El pelo, al menos, cooperaba. Se lo había recogido con sencillez, dejando que unos pocos rizos enmarcaran su rostro. Nada elaborado; no podía permitirse ni los alfileres ni el tiempo que una doncella personal le proporcionaría. Pero estaba aseado. Presentable.

Tenía exactamente el aspecto de lo que era: una pariente pobre que se esforzaba mucho por pasar por algo más.

—Mamá, ¿estás lista? —Theo apareció en el umbral, con el rostro iluminado por la emoción. Llevaba su mejor levita, la que ella ya le había ensanchado dos veces para adaptarse a su crecimiento. En

otros pocos meses, le quedaría pequeña del todo—. La señorita Kemp dijo que debíamos llegar exactamente a las dos. Es casi la una y media.

—Lo sé, cariño. —Meg forzó una sonrisa—. ¿Dónde está tu hermana?

—Lleva lista una hora. Está sentada en las escaleras con su muñeca, cantándole.

Claro que sí. Lottie había estado imposible toda la mañana, parloteando sobre la «casa del hombre alto» y preguntando si habría pasteles. Meg había intentado explicarle que se trataba de un ensayo, no de una fiesta, pero el entusiasmo de su hija era impermeable a la razón.

Los sentimientos de Meg eran decididamente menos alegres.

No quería ir a la casa de Gabriel Sterling. No quería caminar por habitaciones que le recordarían todo lo que había perdido: la vida que podría haber tenido si hubiera nacido con una dote mejor o se hubiera casado con un hombre más rico. No quería estar en su sala de música y sentir el peso de su mirada mientras fingía no darse cuenta.

Por encima de todo, no quería admitir que una pequeña y traicionera parte de ella no había pensado en otra cosa durante tres días.

Se había dicho a sí misma que era ansiedad. Preocupación por Theo. Inquietud por la actuación. Pero anoche, desvelada, se había visto obligada a reconocer la verdad: quería volver a verlo. Quería saber si la calidez en sus ojos había sido real o imaginada. Quería descubrir si la proximidad curaría esta inconveniente fascinación o solo la empeoraría.

Era una necedad. Era peligroso. Él era un conde y ella una viuda que vivía de la caridad. No podía haber nada entre ellos salvo el abismo de sus circunstancias.

Y sin embargo…

—¿Mamá? —La voz de Theo la trajo de vuelta—. ¿Estás segura de que estás bien? Llevas un buen rato con la mirada perdida.

—Estoy bien, mi amor. —Se apartó del espejo y le alisó el pelo—. Solo estaba pensando.

—¿En lord Wrentham?

El corazón le dio un vuelco.

—¿Por qué dices eso?

Theo se encogió de hombros, con una expresión demasiado perspicaz para sus ocho años.

—Porque tienes esa cara desde que vino el reverendo Baker. Estás… preocupada. Pero no es la preocupación de siempre.

De la boca de los niños. Meg se inclinó y le besó la frente.

—No estoy preocupada. Estoy orgullosa. Vas a cantar de maravilla.

—Lo sé —dijo él con la confianza de la juventud—. Su señoría dijo que yo era un artista. Los artistas no se ponen nerviosos.

—Hasta los artistas se ponen nerviosos —corrigió Meg con delicadeza—. Pero actúan de todos modos. Eso es lo que los hace valientes.

Theo lo consideró y luego asintió.

—¿Tú también serás valiente, mamá?

La pregunta la golpeó con un peso inesperado.

—Lo intentaré —dijo con sinceridad.

Recogieron a Lottie de las escaleras —la niña, en efecto, le cantaba a su muñeca una desafinada versión de *God Rest Ye Merry Gentlemen*— y salieron. Meg había contratado un coche de alquiler, uno de los más baratos disponibles. El interior olía a cuero viejo y al perfume de otra persona, y los muelles chirriaban con cada bache del camino.

Theo pegó la cara a la ventanilla, viendo pasar Londres. Lottie saltaba en el asiento, haciendo bailar a su muñeca. Y Meg se sentaba con las manos cruzadas en el regazo, intentando no pensar en el momento en que bajaría de aquel vehículo destartalado frente a la elegante casa de Gabriel Sterling.

Intentando no imaginar lo que él pensaría al verla llegar así: una viuda con un gastado vestido gris, sus hijos embutidos en ropa que se les había quedado pequeña, todos fingiendo ser algo que no eran.

El carruaje giró hacia Brook Street y a Meg se le cortó la respiración.

Su casa era preciosa. No ostentosa, pero inequívocamente grandiosa: altos ventanales que relucían a la luz del invierno, una puerta pintada de negro con herrajes de latón que brillaban como el oro, escalones barridos y sin nieve. Un lacayo de librea estaba de pie, atento, cerca de la entrada.

El carruaje de alquiler se detuvo. El cochero abrió la puerta y le ofreció la mano, y Meg descendió con toda la dignidad que pudo reunir. Theo la siguió, con los ojos como platos. Lottie se bajó de un salto al final, casi dejando caer su muñeca por la emoción.

—Es un palacio —susurró Lottie.

—Es una casa de ciudad —corrigió Meg, pero su voz carecía de convicción. Para una niña que había pasado los últimos seis meses en la modesta casa de William, aquello debía de parecer un palacio.

A Meg, que recordaba los salones de baile y las fincas campestres de su juventud, le parecía todo lo que una vez había dado por sentado y nunca podría volver a tener.

El lacayo se acercó.

—¿Señora Winslow? Lord Wrentham la espera. Por aquí, por favor.

Los hicieron pasar y la primera impresión de Meg fue de luz y calidez. El vestíbulo estaba adornado con guirnaldas de pino y acebo, y su aroma llenaba el aire. Las velas brillaban en apliques que habían sido pulidos hasta relucir. El suelo era de mármol —pálido y perfecto— y una imponente escalera ascendía en curva hacia los pisos superiores.

Era, se dio cuenta con el corazón encogido, exactamente el tipo de hogar que una vez había soñado tener.

—¡Mamá, mira! —Theo señaló un cuadro en la pared: un paisaje de colinas ondulantes y montañas lejanas—. ¿Crees que esa es su finca?

—No lo sé, cariño. No señales.

—Señora Winslow.

La voz procedía del umbral a su izquierda, y Meg se giró.

Gabriel Sterling estaba de pie en la entrada de lo que debía de ser el salón, con una mano apoyada con ligereza en el marco de la puerta. Vestía de forma más informal que como lo había visto antes

—sin abrigo, sin sombrero—, solo una levita perfectamente entallada y calzones de piel de ante que realzaban las esbeltas líneas de su cuerpo. Su corbatín estaba anudado con sencillez, su pelo oscuro ligeramente alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él.

Tenía un aspecto, pensó ella con desolación, absolutamente devastador.

—Milord. —Hizo una reverencia, y sus hijos la imitaron; Theo con esmerada precisión, Lottie con un bamboleo entusiasta que casi la hizo caer de bruces.

Los labios de Gabriel se curvaron ligeramente.

—Bienvenida. Confío en que tu viaje no haya sido demasiado difícil.

—En absoluto —mintió Meg.

Su mirada se desvió hacia la ventana, donde el destartalado coche de alquiler se alejaba, y algo cambió en su expresión. Comprensión, quizá. O lástima. No podía decidir qué era peor.

—La sala de música está lista —dijo él, con un tono cuidadosamente neutro—. ¿Vamos?

Los condujo por un pasillo revestido de más cuadros —paisajes, retratos, un bodegón de frutas que parecía lo bastante caro como para alimentar a una familia durante un mes—. Theo caminaba a su lado, haciendo preguntas sobre la casa con la curiosidad desinhibida de un niño. Lottie se adelantó a saltitos, con la muñeca bailando en sus brazos.

Y Meg los seguía, agudamente consciente del dobladillo gastado de su vestido, del encaje deshilachado de sus puños, del modo en que sus botines repiqueteaban con demasiada fuerza en los suelos pulidos.

Ella no pertenecía a ese lugar. Eso estaba dolorosamente claro.

Pero Theo sí. Y por él, soportaría esto.

Incluso si significaba estar en la hermosa casa de Gabriel Sterling y fingir que su corazón no se rompía un poco al recordar todo lo que había perdido.

La sala de música le quitaba el aliento a Gabriel cada vez que entraba, y eso que la había diseñado él mismo. Pero al ver a la señora Winslow cruzar el umbral —al observar su rostro mientras asimilaba el techo altísimo, los altos ventanales que dejaban entrar raudales de luz invernal, el reluciente pianoforte, el pequeño escenario con su acústica perfecta—, la vio como si fuera nueva.

Su expresión estaba cuidadosamente controlada, pero él captó el destello de asombro antes de que lo reprimiera. La forma en que su mirada se detuvo en el instrumento, en las filas de sillas dispuestas para sus invitados, en las guirnaldas que enmarcaban las ventanas como algo salido de un cuadro.

Se estaba esforzando mucho por no parecer impresionada.

A él le entraron ganas de enseñárselo todo. La biblioteca con sus miles de volúmenes. El invernadero donde cultivaba rosas incluso en invierno. La galería donde sus antepasados lo miraban con ceño fruncido desde sus marcos. Quería volver a ver ese asombro, libre y real.

En cambio, señaló hacia el escenario.

—La acústica es excelente. Tu hijo no debería tener ninguna dificultad para que se le oiga, ni siquiera en las últimas filas.

—Es preciosa —susurró Theo, acercándose al pianoforte como atraído por hilos invisibles—. ¿Puedo…?

—Por supuesto. —Gabriel asintió hacia el instrumento—. ¿Tocas?

—Mamá me está enseñando. Pero ya no tenemos pianoforte. —La voz del niño no contenía autocompasión, solo un simple hecho—. Tuvimos que venderlo después de que papá muriera.

El silencio cayó, pesado e incómodo. Las mejillas de Meg se sonrojaron y Gabriel se maldijo a sí mismo por preguntar. Por supuesto que no tenían un instrumento. Por supuesto que lo habían vendido. Probablemente había vendido todo lo que no estuviera clavado.

—Ya veo —dijo en voz baja—. Bueno. Eres bienvenido a tocar este cuando quieras.

La cabeza de Meg se levantó de golpe, sus ojos encontrándose con los de él.

—Es usted muy amable, milord, pero de ninguna manera podríamos…

—Está sin usarse la mayor parte del año —dijo, cortando su protesta—. Sería una pena dejar que no se toque. Considéralo… una práctica. Para el concierto.

Su mandíbula se tensó. Sabía lo que estaba haciendo —ofreciendo caridad disfrazada de pragmatismo— y su orgullo se erizó contra ello. Pudo ver la negativa formándose en sus labios.

—¿Por favor, mamá? —Theo ya estaba en el taburete, sus pequeñas manos suspendidas sobre las teclas con un anhelo apenas contenido—. ¿Solo para practicar?

Ella miró a su hijo y algo en su expresión se suavizó. Se desmoronó, solo un poco.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Solo para practicar.

Gabriel sintió una absurda oleada de victoria.

Lottie, mientras tanto, había descubierto el escenario y daba vueltas sobre él, sosteniendo su muñeca en alto como si fuera su pareja de baile.

—¡Mira, mamá! ¡Soy una princesa!

—Lottie, baja de ahí. —Meg avanzó, pero Gabriel levantó una mano.

—Déjala jugar. No hay nada de malo en ello.

Meg vaciló, luego asintió. Parecía agotada, se dio cuenta él. No físicamente —aunque había sombras bajo sus ojos que hablaban de un mal dormir—, sino emocionalmente. Como si el simple hecho de estar allí, en su casa, requiriera más fuerza de la que le quedaba.

Quiso preguntarle qué la había desgastado tan a fondo. Quiso saber qué la mantenía despierta por la noche, qué hacía que sus hombros se curvaran hacia adentro como si se preparara para recibir un golpe. Quiso arreglarlo, fuera lo que fuese, y verla sonreír sin esa cuidadosa guardia que mantenía en su sitio.

En cambio, dijo:

—¿Empezamos? Theo, cuando estés listo.

El niño se puso de pie, moviéndose al centro del escenario con una compostura que desmentía sus ocho años. Se veía pequeño allí arriba: un niño con ropa que se le había quedado pequeña en un

escenario destinado a profesionales. Pero cuando abrió la boca y comenzó a cantar, la sala se transformó.

Lully, lulla, thou little tiny child…

El mismo villancico de Bond Street, pero aquí, en este espacio que Gabriel había diseñado para la música, era trascendente. La voz del niño se elevó, pura y sin esfuerzo, llenando la sala con una dulzura que le provocó un dolor en el pecho. Cada nota era perfecta. Cada frase, modelada con un instinto que no se podía enseñar.

Lanzó una mirada a la señora Winslow.

Ella permanecía perfectamente quieta, con las manos entrelazadas delante, pero su rostro… Dios, su rostro. Todo el cuidadoso control se había desvanecido. Orgullo, amor y algo más feroz brillaban en sus ojos, y sus labios se curvaron en una sonrisa tan tierna que Gabriel se olvidó de respirar.

Así era ella cuando bajaba la guardia. Cuando no pensaba en la corrección, ni en la pobreza, ni en las cien pequeñas humillaciones que soportaba. Cuando era simplemente una madre viendo a su hijo hacer algo extraordinario.

Era preciosa.

No como lo eran las bellezas de Londres —ni pulida ni estudiada ni consciente de su poder—. Sino de una manera que sorteaba por completo su razón y llegaba directamente a algo más profundo. Algo que no sabía que aún era capaz de responder.

El villancico terminó. La última nota quedó suspendida en el aire como una respiración contenida, y luego se desvaneció en el silencio.

Los ojos de Meg brillaban con lágrimas que no dejó caer.

—Oh, mi niño —susurró—. Ha sido perfecto.

Theo sonrió, sonrojado por el éxito.

—¿Has oído cómo la sala hacía que sonara más fuerte? ¡Es como magia!

—Se llama acústica —dijo Gabriel, con la voz más áspera de lo que pretendía. Se aclaró la garganta—. Pero sí. Bastante parecido a la magia.

—¿Puedo cantar otra vez? —preguntó Theo—. ¿Por favor? Quiero probar otro.

—Por supuesto. —Gabriel se movió hacia el escenario, pero luego dudó—. Señora Winslow, ¿te nos unes? Me parece que a los cantantes a menudo les beneficia tener a alguien de confianza cerca durante los ensayos.

Era una excusa endeble —el niño claramente no necesitaba tal cosa—, pero ella no se lo echó en cara. Tras un momento, asintió y avanzó, subiendo los dos escalones del escenario con una cuidadosa dignidad a pesar de su vestido gastado.

Se quedó junto a su hijo, con una mano apoyada ligeramente en su hombro, y Gabriel se encontró incapaz de apartar la mirada.

Theo comenzó otro villancico —*O Come, O Come, Emmanuel*— y esta vez Gabriel apenas lo oyó. Estaba demasiado ocupado observándola. La forma en que la luz de las ventanas se prendía en su cabello, tornándolo de un cálido castaño. La forma en que sus labios se movían ligeramente con la letra, como si no pudiera evitar cantar en silencio. La forma en que todo su ser se concentraba en su hijo con un amor feroz y protector que hizo que algo en el pecho de Gabriel se retorciera dolorosamente.

Nunca había querido tener hijos. Nunca había entendido el atractivo del ruido, el caos y la interminable responsabilidad de que pequeñas vidas dependieran de él. Su propia infancia había estado llena de deber y expectativas, y se había jurado no infligir eso a otra generación.

Pero al ver a Meg con sus hijos —con la clara voz de Theo llenando su sala de música y Lottie jugando a ser princesa en el escenario—, sintió que algo cambiaba. Un anhelo que no sabía que existía. Un hambre de algo más allá de su vida cuidadosamente ordenada y solitaria.

La canción terminó. Theo hizo una reverencia, claramente satisfecho consigo mismo.

—Excelente —dijo Gabriel, encontrando su voz—. Verdaderamente notable. Los invitados se quedarán asombrados.

—¿De verdad lo cree? —Los ojos de Theo brillaban—. ¿De verdad?

—De verdad. —Gabriel sonrió, y le resultó extraño en su rostro; genuino en lugar de cortés—. Tienes un don excepcional, jovencito.

No dejes que nadie te diga lo contrario.

La mano de Meg se apretó en el hombro de su hijo, y cuando Gabriel levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de él. Por un momento —solo un momento— no hubo una cuidadosa distancia entre ellos. Ni muros de corrección o circunstancia. Solo dos personas viéndose claramente.

Entonces Lottie soltó un chillido de risa al haberse enredado en las cintas de su muñeca, y el hechizo se rompió.

—¡Lottie! —Meg se movió rápidamente, desenredando a su hija con eficiencia experta—. Te dije que tuvieras cuidado.

—Pero estaba bailando, mamá. Las princesas siempre bailan.

—Las princesas también escuchan a sus madres —dijo Meg, pero sin acaloramiento.

Gabriel los observó: esta pequeña e imperfecta familia que había tropezado con su vida perfectamente ordenada y de alguna manera la había hecho sentir menos vacía. Debería enviarlos a casa. Debería mantener la distancia que la corrección y el sentido común exigían.

En cambio, se oyó decir:

—Señora Winslow, ¿os uniríais a mí y a los niños para tomar el té? Parece una pena marcharse tan deprisa cuando apenas hemos empezado.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Oh. Es usted muy amable, pero no deberíamos importunar…

—No importunáis. Os estoy invitando. —Él sonrió levemente—. Además, creo que le debo al joven Theo un recorrido en condiciones por la sala de música. Me ha hecho al menos una docena de preguntas sobre la acústica que aún no le he respondido.

La cara de Theo se iluminó.

—¿De verdad? ¿Me la enseñaría?

—Si tu madre está de acuerdo.

Todas las miradas se volvieron hacia Meg. Gabriel observó cómo su lucha interna se desarrollaba en su rostro: el orgullo guerreando con la practicidad, la preocupación luchando con la evidente alegría de su hijo.

Finalmente, asintió.

—Muy bien. Pero no debemos quedarnos mucho tiempo.

—Por supuesto que no —asintió Gabriel, aunque ya estaba planeando cómo prolongar su visita todo lo posible.

La señora Trent apareció como si la hubieran invocado, lista para acompañarlos al salón a tomar el té. Pero mientras los niños seguían al ama de llaves, parloteando sobre pasteles y música, Meg se demoró.

Se volvió hacia Gabriel, con expresión seria.

—Milord, quiero darle las gracias. Por esto. Por darle a Theo esta oportunidad. Sea lo que sea… —Hizo una pausa, pareciendo elegir sus palabras con cuidado—. Él recordará este día por el resto de su vida.

—¿Y tú? —preguntó Gabriel en voz baja—. ¿Lo recordarás?

A ella se le entrecortó la respiración. Por un momento, simplemente lo miró, y él lo volvió a ver: ese destello de algo desprotegido. Algo que podría haber sido anhelo, o arrepentimiento, o esperanza. No supo cuál.

—Sí —dijo finalmente—. Lo recordaré.

Luego se giró y siguió a sus hijos, dejando a Gabriel solo en su sala de música con el eco evanescente de la canción de un niño y el fantasma de la sonrisa de una mujer.

No debería desear más de ella. No debería estar planeando excusas para volver a verla, para traerlos de nuevo a su casa, para encontrar pretextos para estar cerca de ella.

Pero mientras los seguía hacia el salón, escuchando la risa brillante de Lottie y las interminables preguntas de Theo, Gabriel se dio cuenta con una claridad perfecta y terrible de que lo que debería hacer y lo que haría eran dos cosas completamente diferentes.

Y por primera vez en su vida cuidadosa y controlada, descubrió que no le importaba.

CAPÍTULO 4



La merienda fue un desastre.

No de una forma evidente —los niños se portaron bien, los pasteles estaban excelentes y lord Wrentham desempeñó el papel de anfitrión cortés con una naturalidad encantadora—. Pero para Meg, cada instante era una tortura exquisita.

Sentada en su salón —una estancia más grande que toda la sala de estar de William—, intentó sostener la taza de té sin que el platillo tintineara. Intentó responder a sus educadas preguntas sin revelar demasiado. Intentó evitar que Lottie se subiera a los muebles o que Theo hiciera preguntas que revelaran lo pobres que eran en realidad.

Y, durante todo ese tiempo, fue dolorosa y desesperadamente consciente de él.

De la forma en que escuchaba cuando Theo hablaba, como si las observaciones de un niño de ocho años sobre música fueran de verdad interesantes. De la forma en que dejó que Lottie le enseñara su muñeca sin rastro de impaciencia. De la forma en que su mirada no dejaba de encontrar la de ella a través de la habitación, con aquellos ojos oscuros que albergaban preguntas que no podía responder.

—¿Más té, señora Winslow? —Su voz era grave, íntima a pesar de la distancia protocolaria entre ellos.

—No, gracias, milord. Deberíamos….

—¿Solo un poquito más, mamá? —suplicó Theo—. Su señoría iba a enseñarme cómo funcionan las cuerdas del pianoforte.

Gabriel sonrió.

—Solo si tu madre lo permite.

Por supuesto que se remitiría a ella. Le daría la opción, al tiempo que hacía imposible que se negara sin decepcionar a su hijo. Se le daba exasperantemente bien aquello: conducirla exactamente a donde la quería sin ser descortés en absoluto.

—Muy bien —dijo ella, dejando la taza—. Pero después nos tendremos que ir de verdad. Ya le hemos robado bastante tiempo a su señoría.

—Tonterías. —Gabriel se puso en pie y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse—. No tengo ningún otro sitio donde estar.

Notó sus dedos cálidos a través del guante. Cálidos, fuertes y demasiado atractivos. Meg retiró la mano en el momento en que el decoro se lo permitió y se afanó en recoger las cosas de Lottie.

Regresaron a la sala de música, donde Gabriel levantó la tapa del pianoforte para enseñarle a Theo la intrincada disposición de cuerdas y martillos. Su hijo se inclinó, fascinado, haciendo preguntas que Gabriel respondió con una paciencia sorprendente.

Y Meg, de pie a un lado, los observaba mientras sentía cómo sus muros, cuidadosamente erigidos, comenzaban a desmoronarse.

Aquello era peligroso. Todo. La forma en que Gabriel miraba a sus hijos. La forma en que ellos le respondían. La forma en que ella había empezado a imaginar, en breves y traicioneros instantes, cómo sería si aquello no fuera temporal. Si aquella extraña e imposible conexión pudiera ser algo real.

Pero no podía serlo. Ella era una viuda que vivía de la caridad y él era un conde que podía elegir entre las mejores damas de Londres. Allí no había futuro. Solo tiempo prestado en una hermosa casa que nunca sería suya.

—¡Mamá! —Lottie le dio un tirón de la falda—. Estoy cansada.

—Lo sé, cariño. —Meg se agachó para cogerla en brazos, pero de repente Gabriel estaba allí, y sus manos amables levantaron a la niña con una fuerza natural.

—Arriba hay un cuarto para los niños —dijo él en voz baja—. Podría descansar allí mientras Theo termina con sus preguntas.

—Oh, no, de ninguna manera podríamos…

—Señora Winslow. —Su voz era firme, pero no severa—. Déjeme ayudar. Por favor.

Ese «por favor» la desarmó. Eso, y la genuina preocupación en sus ojos. Como si de verdad le importara que una niña de cuatro años estuviera cómoda. Como si le importaran.

—Gracias —susurró ella.

Subió a Lottie en brazos, con Meg siguiéndolo, y acomodó a la adormilada niña en un diván en una habitación claramente diseñada para niños; aunque, hasta donde ella sabía, no los tenía. Lottie se durmió en unos instantes, con la muñeca firmemente agarrada.

Se quedaron juntos en el umbral, observándola dormir, y la intimidad de la escena golpeó a Meg como una bofetada. Eso era lo que hacía la gente casada. Los padres. Las parejas. No un conde y una viuda que no tenían ningún motivo para estar solos en el cuarto de los niños.

—Es encantadora —dijo Gabriel en voz baja—. Los dos lo son.

—Gracias. —Meg sintió un nudo en la garganta—. Son todo lo que tengo.

—Lo sé.

Dos palabras. Solo dos palabras, pero la forma en que las dijo —con tanta comprensión, con un silencioso reconocimiento de todo lo que había perdido y todo lo que intentaba proteger— hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Se apartó antes de que él pudiera verla.

—Deberíamos volver con Theo.

—Señora Winslow. —Su mano le tocó el codo, con la más ligera de las presiones—. Margaret.

Su nombre. Había usado su nombre. No «señora Winslow», ni «señora», sino *Margaret*. Y oírlo de su voz —grave y áspera por algo a lo que no se atrevía a poner nombre— hizo que el corazón le diera un vuelco en el pecho.

Se volvió para mirarlo y lo encontró demasiado cerca. Lo bastante cerca para ver las motas doradas en sus ojos oscuros. Lo

bastante cerca para oler el tenue aroma de su colonia, algo caro y sutilmente masculino. Lo bastante cerca como para que, si se inclinaba hacia delante, aunque solo fuera un poco, pudiera…

—Debería irme —dijo, pero no se movió.

—Deberías —convino él. Pero tampoco se movió.

Se quedaron allí, paralizados en el umbral del cuarto, con Lottie durmiendo plácidamente a sus espaldas y el resto del mundo muy lejos. El aire parecía cargado, pesado con cosas que ninguno de los dos podía decir.

—El concierto —dijo él finalmente—. Después del concierto… ¿puedo visitarla? Como es debido. En casa de su cuñado.

A Meg se le cortó la respiración. Una visita formal. El primer paso de un cortejo. Le estaba pidiendo permiso para cortejarla.

—Milord…

—Gabriel. Cuando estemos a solas, ¿no podrías llamarme Gabriel?

—Gabriel —susurró ella, probando el nombre en su lengua. Sonaba peligroso. Íntimo. Correcto—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Estoy pidiendo conocerte mejor. Ver a dónde nos lleva esto. —Su voz era queda y firme—. Con decoro. Con respeto por tus circunstancias y por tus hijos. —Hizo una pausa, y algo parpadeó en su expresión: vulnerabilidad, esperanza—. Aunque he de confesar que el decoro se me antoja bastante frágil cuando estoy tan cerca de ti.

Ella soltó una risa nerviosa.

—No deberías…

—Lo sé. —Levantó la mano como para tocarle la cara, y luego la dejó caer—. ¿Pero puedo? ¿Me permitirás que te visite?

Debería decir que no. Debería protegerse a sí misma, proteger a sus hijos, proteger su precaria posición en casa de William. Un cortejo con un conde daría que hablar. Crearía unas expectativas que no podría cumplir. Acabaría mal cuando él se diera cuenta de que el abismo entre sus mundos era demasiado grande para salvarlo.

Pero al mirarlo a los ojos, al ver la esperanza en ellos —la misma esperanza desesperada y aterradora que sentía ella—, no pudo

negarse.

—Sí —susurró—. Puedes visitarme.

Su sonrisa fue como un amanecer que se abre paso entre las nubes de tormenta.

—Gracias.

—No… —Se detuvo, tragó saliva—. No sé qué esperas encontrar.

—Yo tampoco. —Su sinceridad la sorprendió—. Pero sé que no puedo dar la espalda sin intentarlo. ¿Puedes tú?

¿Podía ella? ¿Podía darle la espalda a aquella cosa extraña e imposible que crecía entre ellos? ¿Podía elegir la seguridad antes que la esperanza, la cautela antes que la posibilidad?

—No —admitió—. No puedo.

—Entonces lo descubriremos juntos. —Él retrocedió un paso, restableciendo la distancia adecuada entre ellos, pero no apartó la mirada de la suya—. Después del concierto. Te visitaré al día siguiente, si me lo permites.

—¿Al día siguiente? —Su voz sonó demasiado entrecortada.

—Resulta que no soy especialmente paciente. —De nuevo, esa leve sonrisa, la que hacía que su corazón tropezara—. No cuando se trata de ti.

Un ruido procedente de abajo —Theo llamando a su madre— rompió el momento. Se separaron, y el decoro se reafirmó como un viento frío. Pero algo había cambiado. Algo había sido reconocido.

—Debería ir a por mi hijo —dijo Meg, con la voz más firme ahora.

—Por supuesto. —Gabriel señaló hacia las escaleras—. Las acompañaré a su carruaje.

Bajaron juntos, encontraron a Theo aún examinando el pianoforte con reverente atención y empezaron el proceso de reunir a los niños y las pertenencias. Durante todo el tiempo, Meg sintió la presencia de Gabriel como algo físico: una conciencia que vibraba bajo su piel, una expectación que crecía con cada mirada.

Cuando llegaron al vestíbulo, con el carruaje de alquiler ya esperando tras la puerta, Gabriel le tomó la mano para la despedida formal. Sus dedos se demoraron un instante de más, su pulgar rozando sus nudillos a través de la fina tela del guante.

—Hasta el concierto, señora Winslow —dijo él, con un tono de voz deliberadamente neutro para que lo oyeran los sirvientes.

—Hasta el concierto, milord. —Hizo una reverencia y luego añadió, tan bajo que solo él pudo oírla—: Gabriel.

Él apretó su mano y luego la soltó. Ella reunió a sus hijos y bajó los escalones, consciente de que él la observaba desde el umbral hasta que el carruaje giró en la esquina.

Solo entonces se reclinó en el gastado asiento y cerró los ojos.

—¿Mamá? —La voz de Theo sonaba somnolienta, satisfecha—. Ha sido el mejor día de todos.

—¿Ah, sí, cariño?

—Lord Wrentham es agradable. Entiende de música. Y no le ha importado que hiciera demasiadas preguntas.

—Le han gustado tus preguntas —dijo Meg, abriendo los ojos para sonreír a su hijo—. Es un hombre amable.

—¿Volveremos a verlo?

A Meg se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí. En el concierto.

—¿Y después? —Los ojos de Theo eran demasiado perspicaces—. ¿Vendrá a visitarnos?

—Quizá —dijo Meg con cautela—. ¿Te gustaría?

Theo lo consideró seriamente.

—Creo que sí. A Lottie le cae bien. Y te hace sonreír, mamá. No sonríes lo suficiente.

Los niños y los locos dicen las verdades. Meg lo atrajo hacia sí y le dio un beso en el pelo.

—Intentaré sonreír más.

—Bien —dijo Theo, y bostezó—. Cuando nos visita lord Wrentham, sonríes mucho. Así que debería visitarnos más.

No tuvo respuesta para eso. Así que se limitó a abrazar a su hijo y a contemplar Londres pasar tras la mugrienta ventanilla, pensando en un conde que le había pedido permiso para visitarla, que la había mirado como si ella importara, que la había hecho creer —por un instante peligroso y maravilloso— que tal vez, después de todo, lo imposible era posible.

GABRIEL SE QUEDÓ JUNTO a la ventana mucho después de que el carruaje de alquiler hubiera desaparecido al doblar la esquina. La casa parecía demasiado silenciosa sin ellos. Demasiado vacía. Demasiado parecida a como había estado antes de que llegaran.

La señora Trent apareció en el umbral.

—¿Desea que ordene la sala de música, milord?

—Déjela —dijo él—. Simplemente… déjela así por ahora.

Cuando ella se fue, regresó a la sala de música y se detuvo en el centro del escenario donde Theo había cantado. La habitación aún conservaba un eco de aquella voz clara y pura. Aún olía débilmente a pino y al dulce aroma que había empezado a asociar con Margaret.

Margaret.

Le había pedido permiso para visitarla. Para un cortejo formal. Las palabras habían salido de su boca antes de haberlas meditado por completo, pero no se arrepentía. No podía arrepentirse, no después de que ella lo mirara con aquellos ojos grandes y asombrados y susurrara «sí».

Estaba cortejando a una viuda con dos hijos y sin fortuna. Una mujer que vivía de la caridad de su cuñado y que llevaba los puños adornados con encajes raídos. Una mujer tan por debajo de su posición que a su madre le daría un ataque cuando se enterara.

Y no le importaba.

Ni el escándalo. Ni el juicio de la sociedad. Ni ninguna de las objeciones prácticas que deberían haberlo detenido.

Le importaba la forma en que ella miraba a sus hijos. La forma en que había permanecido en su sala de música escuchando cantar a Theo, con el rostro transformado por el orgullo y el amor. La forma en que lo había desafiado, defendido la dignidad de su hijo, negándose a dejarse impresionar por su riqueza o intimidar por su título.

Le importaba cómo se sentía su casa cuando ella estaba en ella: viva, cálida, real. Como si todo el orden meticuloso y la belleza pulida no significaran nada sin alguien con quien compartirlos.

Tres días hasta el concierto. Tres días hasta que volviera a verla. Y al día siguiente —si no cambiaba de opinión, si no recobraba el juicio—, la visitaría en casa de su cuñado. Se sentaría en un salón formal bajo la atenta mirada de las carabinas e intentaría llevar a cabo un cortejo como es debido.

La idea debería haberlo aterrorizado. Había evitado el cortejo durante diez años, había rechazado cada matrimonio que su madre le había sugerido, había mantenido su preciada libertad.

En cambio, sentía algo incómodamente cercano a la alegría.

Gabriel se acercó al pianoforte y tocó las teclas que Theo había admirado. Su casa siempre había estado llena de cosas hermosas: arte, música, una perfección cuidadosamente seleccionada. Pero nada de eso había significado nada. Todo había sido un vacío hueco y caro.

Hasta que una viuda y sus hijos entraron en su sala de música y le hicieron recordar lo que era desear algo más que el deber y la obligación. Desear a alguien, de forma específica y feroz, sin importar las consecuencias.

No sabía lo que estaba haciendo. No sabía si aquello podría funcionar, si la sociedad lo permitiría, si ella misma se permitiría creer que era real.

Pero sabía tres cosas con absoluta certeza:

La visitaría después del concierto.

Encontraría la manera de que aquello funcionara.

Y no dejaría que se le escapara hacia la pobreza y el anonimato cuando él podía ofrecerle —ofrecerles a todos— algo mejor.

Incluso si eso significaba luchar contra su familia, la sociedad y cada objeción práctica que se interpusiera entre ellos.

Ella valía la pena. Todos ellos.

Tres días. Podía ser paciente durante tres días.

Aunque estaba descubriendo que la paciencia nunca había sido tan difícil antes.

CAPÍTULO 5

La mañana del concierto amaneció gris y fría, con un cielo que prometía nieve antes del anochecer. Meg se despertó antes del alba, con el estómago encogido por unos nervios que no tenían nada que ver con la actuación de Theo y todo que ver con volver a ver a Gabriel.

Habían pasado tres días desde el ensayo. Tres días fingiendo que no contaba las horas. Tres días diciéndose a sí misma que su petición de visitarla había sido un arrebato de locura del que seguro se arrepentiría.

Se vistió con el mismo traje de lana gris que había llevado al ensayo —su única opción— y tardó más de lo necesario en recogerse el pelo. Le temblaban ligeramente las manos al abrocharse el encaje gastado de los puños. Esa noche, estaría en el salón de música de Gabriel, rodeada de la élite de Londres, una pariente pobre en un mundo prestado, viendo a su hijo actuar para gente que jamás la consideraría una igual.

Y después, Gabriel la visitaría. Si no cambiaba de opinión. Si no recobraba el juicio y se daba cuenta del escándalo que provocaría.

—¿Mamá? —Theo apareció en el umbral de la puerta, ya ataviado con sus mejores ropas. Estaba pálido y sus ojos brillaban demasiado —. Tengo una sensación rara en el estómago.

Ella fue hacia él de inmediato y le puso la mano en la frente. Fresca, gracias a Dios. —Son los nervios, cariño. No estás enfermo.

—Parece que estoy enfermo.

—Lo sé. —Se arrodilló hasta ponerse a su altura y le cogió las manos—. Pero ya has cantado antes en esa sala. Sabes que le encanta tu voz. Y esta noche, simplemente compartirás ese don con gente que quiere escucharlo.

—¿Y si no les gusta?

—Les gustará. —Lo dijo con absoluta certeza—. Pero aunque no les gustara, aunque todas las personas de esa sala fuesen sordas y necias, eso no cambiaría la verdad. Tienes una voz extraordinaria y eres muy valiente por compartirla.

Él asintió, no del todo convencido, pero dispuesto a confiar en ella. —¿Estará lord Wrentham?

—Por supuesto. Es su casa.

—Bien. —Los hombros de Theo se relajaron ligeramente—. Él lo entiende.

Esa fe tan simple —esa certeza de que Gabriel, de algún modo, lo arreglaría todo— debería haberla reconfortado. En lugar de eso, la aterrorizó. Su hijo ya se había encariñado. Ya veía a Gabriel como algo más que un mecenas. Si esto acababa mal —cuando esto acabara mal—, Theo sufriría.

Pero ya había dicho que sí. Ya había aceptado que Gabriel la visitara. Ya había abierto la puerta a la esperanza, y ahora no podía cerrarla sin romperle el corazón a su hijo.

—Vamos —dijo, levantándose—. A desayunar. La señora Trent prometió que habría pasteles después del concierto, ¿recuerdas?

Aquello le arrancó una pequeña sonrisa. Bajaron juntos y se encontraron a Lottie ya despierta e increíblemente emocionada, parloteando sobre la «fiesta elegante», mientras la esposa de William, Eleanor, la observaba con una desaprobación apenas disimulada.

—Un concierto en casa del conde de Wrentham —dijo Eleanor, con un tono que sugería que Meg había organizado algo vagamente escandaloso—. Qué… inesperado.

—Han invitado al coro de la iglesia —dijo Meg con ecuanimidad —. Theo va a cantar con ellos.

—Sí. William lo ha mencionado. —La mirada de Eleanor recorrió el vestido gastado de Meg, sus puños deshilachados, su peinado

sencillo—. Espero de verdad que no nos ponga en evidencia. El conde se mueve en círculos elevados.

Las palabras cayeron como pequeños cortes, precisos y deliberados. Meg mantuvo una expresión neutra. —Haré todo lo posible por pasar desapercibida.

—Procure que así sea. —Eleanor se levantó, alisándose su propio y caro vestido de mañana—. William las llevará en el carruaje. Yo he declinado la invitación; alguien tiene que mantener las formas.

El mensaje implícito era claro: *Tú no perteneces a ese lugar, y yo no seré cómplice de tu arribismo social.*

Después de que Eleanor se marchara, Meg se sentó con sus hijos e intentó tomar un desayuno que no le supo a nada. La emoción que la había sostenido durante tres días se agrió y se convirtió en ansiedad. Eleanor tenía razón. Ella no pertenecía al mundo de Gabriel. ¿En qué estaba pensando al aceptar que la visitara? ¿Qué podía salir de aquello, aparte de la humillación?

Pero entonces Theo la miró con aquellos ojos brillantes y nerviosos, y ella recordó: no lo hacía por ella. Lo hacía por él. Por la oportunidad de darle algo más que pobreza, habitaciones prestadas y una madre que había olvidado cómo tener esperanza.

Aunque al final le rompiera el corazón.

GABRIEL RECORRÍA su salón de música de un lado a otro, intentando no dejarse llevar por la impaciencia. Los invitados empezarían a llegar en menos de una hora. Los músicos estaban calentando en el salón de estar, los cantores del coro se reunían en el vestíbulo de servicio y la señora Trent supervisaba los últimos preparativos con precisión militar. Todo estaba listo.

Todo excepto él.

Apenas había dormido en tres días. Había redactado y descartado una docena de notas para Margaret. Había pasado dos veces por delante de la casa de su cuñado —ostensiblemente por otros asuntos— con la esperanza de verla. Había fracasado

estrepitosamente en su intento de fingir que esa velada no era importante.

—Gabriel. —La voz de su madre interrumpió sus pensamientos—. Ahí estás.

Se giró y se encontró a lady Wrentham entrando majestuosamente en el salón de música, con su hermana Caroline pisándole los talones. Sabía que venían —su madre le había escrito para decirle que no se perdería su primer concierto en dos años—, pero había esperado tener más tiempo para prepararse.

—Madre. Caroline. —Hizo una reverencia y besó la mejilla de cada una—. No os esperaba hasta esta noche.

—Hemos llegado antes para ayudar con los preparativos. —Los agudos ojos de su madre examinaron la sala con aprobación—. Aunque veo que te las has arreglado admirablemente sin nosotras. Las guirnaldas son preciosas. Muy festivas.

—Es obra de la señora Trent.

—Por supuesto. —Lady Wrentham se acercó al pianoforte y deslizó un dedo enguantado por su superficie pulida—. Me alegra que al final hayas decidido celebrarlo. Cuando escribiste para declinar, temí que te hubieras convertido en un completo ermitaño.

—Cambié de opinión.

—Ya me lo imaginaba. —Su madre se giró para mirarlo, y Gabriel se preparó. Tenía esa mirada, la que decía que sabía algo que él había esperado mantener en privado—. Caroline me ha dicho que te has interesado por un coro de iglesia. Qué… filantrópico por tu parte.

—El chico tiene una voz extraordinaria.

—Estoy segura de que sí. —Su tono sugería que consideraba insuficiente esa explicación—. ¿Y la madre del chico? ¿Tiene también una voz extraordinaria?

A Gabriel se le tensó la mandíbula. —No sé qué insinúas.

—¿Ah, no? —Lady Wrentham sonrió, pero había acero bajo su sonrisa—. Has recibido al coro en tu casa. Has organizado ensayos privados. Has enviado donaciones bastante generosas al fondo de su iglesia. Cualquiera diría que has desarrollado una repentina pasión por la música sacra.

—Cualquiera diría que aprecio el talento cuando lo oigo.

—O cualquiera diría que por fin te has interesado por una mujer. —Su madre se acercó y bajó la voz—. Caroline te vio en Bond Street. Con una viuda y sus hijos. Dijo que parecías… atento.

Maldita Caroline y su afición a los cotilleos. —El hijo de la viuda canta en el coro. Me detuve para felicitarlo por su actuación. No hay nada escandaloso en ello.

—Claro que no. —Pero la expresión de su madre decía que no le creía ni por un momento—. Aun así, he pensado que debía mencionarlo: lady Clarissa Penholme asistirá esta noche. Ha sido bastante explícita sobre tu interés por ella a principios de temporada. Sería violento que se sintiera despechada.

—Lady Clarissa y yo no tenemos ningún acuerdo.

—Ella cree lo contrario.

—Entonces se equivoca. —Gabriel mantuvo la voz firme a duras penas—. No le he hecho promesas a lady Clarissa ni a nadie más.

—Bien. —La sonrisa de su madre se volvió genuina—. Porque si vas a cortejar a alguien, prefiero que sea alguien a quien de verdad desees. Aunque sea… —Hizo una pausa delicada—. Inesperada.

Gabriel se quedó mirando a su madre. —¿Lo aprobarías?

—Prefiero verte feliz a que te cases con una chica insípida con una genealogía perfecta y sin personalidad. —Lady Wrentham le dio una palmadita en el brazo—. Pero ten cuidado, cariño. La sociedad puede ser cruel con las mujeres en situaciones precarias. Si vas a seguir con esto, deja claras tus intenciones. No permitas que los cotilleos la destruyan.

Antes de que Gabriel pudiera responder, apareció la señora Trent para anunciar que llegaban los primeros invitados. Su madre salió majestuosamente a recibirlos, seguida de Caroline con una sonrisa cómplice, y Gabriel se quedó solo con la incómoda constatación de que su interés por Margaret era, al parecer, obvio para todo el mundo.

Debería ser más cuidadoso. Debería proteger su reputación. Debería esperar hasta después del concierto para hacer cualquier reconocimiento público de su interés.

Pero cuando pensaba en ella llegando esa noche, de pie en su salón de música viendo actuar a su hijo mientras la sociedad susurraba sobre sus circunstancias, deseaba estar a su lado. Dejar claro que estaba bajo su protección. Atreverse a que alguien la despreciara.

La puerta volvió a abrirse y se giró, esperando a medias que fuera ella.

En su lugar, entró Simon Bancroft, tan elegante como siempre, observando la sala decorada con una expresión divertida. —Vaya. Esto sí que es inesperado. Pensaba que habías renegado de la Navidad y de todo lo que la rodea.

—Cambié de opinión.

—Evidentemente. —La mirada de Simon se agudizó—. ¿Tiene este cambio de parecer algo que ver con la viuda bastante guapa con la que te vi en Bond Street? ¿Esa cuyo hijo canta como los ángeles?

—¿Cómo es que todo el mundo sabe lo de Bond Street?

—Londres es un pueblo, amigo mío. Un pueblo caro y chismoso. —Simon se acercó a la ventana, observando cómo empezaban a llegar los carruajes—. Lady Clarissa está aquí. Ha traído a su madre. Ambas parecen… decididas.

Gabriel maldijo entre dientes.

—¿Quieres que interfiera? —ofreció Simon—. Se me da bastante bien encandilar a mujeres difíciles.

—Por favor.

—Considéralo hecho. —Simon se ajustó los puños de la camisa—. Aunque quizá quieras dejar claras tus intenciones antes de que acabe la noche. Dejando a un lado a lady Clarissa, hay al menos otras tres madres ambiciosas abajo con hijas solteras. Se abalanzarán como lobas hambrientas si perciben vulnerabilidad.

—No soy vulnerable.

—No. —La expresión de Simon se tornó seria—. Pero tu viuda podría serlo. Si te preocupas por ella —y creo que lo haces—, protégela. Deja claro que no se puede jugar con ella.

—Tengo la intención de visitarla. Mañana.

Simon enarcó las cejas. —Eso es bastante rápido.

—No soy un hombre paciente.

—No —convino Simon, sonriendo—. La verdad es que no. Pues bien. Sobrevivamos a este concierto sin derramamiento de sangre, ¿te parece?

Cuando Meg llegó con William y los niños, el salón de música ya estaba medio lleno de elegantes desconocidos. Se quedó en el umbral, paralizada por la pura opulencia que se exhibía: vestidos de seda que costaban más de lo que ella había tenido en un año, joyas que brillaban en cuellos y muñecas, la confianza despreocupada de gente que nunca se había preocupado por pagar el carbón o remendar un encaje gastado.

—¿Mamá? —La mano de Theo encontró la suya—. ¿Estás bien?

Ella se obligó a sonreír. —Por supuesto, cariño. Vamos. Busquemos dónde se reúne el coro.

La señorita Kemp apareció como un ángel de la guarda y se llevó a Theo para que se uniera a los otros cantores. Lottie se aferró a las faldas de Meg, con los ojos como platos ante tanta magnificencia. William ya había desaparecido entre la multitud, probablemente en busca de la mesa de los refrescos y de gente de su propia clase.

Meg encontró una silla cerca del fondo, con la esperanza de pasar desapercibida. Pero al sentarse, sintió que la observaban, con miradas evaluadoras, curiosas, algunas abiertamente hostiles. Una mujer de azul pavo real se inclinó hacia su acompañante y susurró algo que hizo que ambas se rieran.

Un rubor le subió por el cuello. Debería haberse quedado en casa. Debería haber enviado a Theo con la señorita Kemp y los demás. Nunca debería haber aceptado…

—Señora Winslow. —La voz de Gabriel, grave y cálida, llegó desde detrás de ella—. Gracias por venir.

Se giró y allí estaba él, impecable con su chaqué negro, el lazo de la corbata perfectamente anudado, un conde en toda regla. Pero sus ojos eran amables, preocupados, y cuando le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, ella la tomó sin pensar.

—Milord. —Hizo una reverencia, dolorosamente consciente de que ahora todas las miradas se clavaban en ellos.

—Hay asientos mejores cerca de la parte delantera —dijo él, con un volumen de voz suficiente para que lo oyeran los más cercanos—. Los he reservado para la familia de Theo. ¿Me permite que se los muestre?

Era una declaración pública. Una afirmación de que estaba allí como invitada suya, no como un caso de caridad que se escondía en el fondo. Los murmullos se intensificaron, pero la expresión de Gabriel desafió a cualquiera a hacer un comentario.

—Es usted muy amable —consiguió decir Meg.

La condujo hasta la tercera fila, donde las sillas estaban acolchadas y la vista del escenario era perfecta. Lottie se encaramó a su lado y Gabriel se inclinó hacia la niña con una sonrisa.

—Hola, señorita Lottie. Su hermano está muy emocionado por cantar para nosotros.

—Lo sé —dijo Lottie con importancia—. Ha ensayado muchísimo. Pero mamá dice que ya no está nervioso.

—Su mamá es muy sabia.

Gabriel se enderezó, y su mirada se encontró con la de Meg con una intensidad que le cortó la respiración. —La veré después —dijo en voz baja, solo para ella—. ¿Me guarda un momento?

Ella asintió, sin fiarse de su propia voz.

Luego él se marchó, moviéndose entre la multitud con soltura, y Meg se quedó sentada en su silla acolchada, intentando ignorar las miradas, los susurros y los latidos de su propio corazón.

Una mujer de la fila de delante se giró para mirarla: era mayor, elegante y con unos ojos agudos a los que no se les escapaba nada. —¿Es usted la madre del chico? —preguntó.

—Sí. —Meg levantó la barbilla—. Soy yo.

—Lady Wrentham. —La sonrisa de la mujer fue sorprendentemente cálida—. La madre de Gabriel. Tengo muchas ganas de oír cantar a su hijo.

La *madre* de Gabriel. La mente de Meg se quedó en blanco. Consiguió hacer una reverencia desde su asiento. —Gracias, milady. Es usted muy amable.

—En absoluto. —La mirada de lady Wrentham recorrió el gastado vestido de Meg, pero su expresión denotaba curiosidad en lugar de juicio—. Es raro ver a mi hijo tomarse un interés personal por sus invitados. Debe de haberle causado una gran impresión.

Antes de que Meg pudiera formular una respuesta que no fuera totalmente incriminatoria, los músicos empezaron a afinar sus instrumentos. Lady Wrentham se giró de nuevo hacia el escenario, dejando a Meg preguntándose cuánto sabía exactamente la madre de Gabriel, y si eso era una bendición o un desastre en ciernes.

El concierto comenzó con un conjunto de cámara que interpretó a Mozart. Luego, una soprano cantó un aria italiana que hizo llorar a varias damas. Cada actuación fue recibida con un aplauso educado; el público se mostraba agradecido pero comedido.

Entonces, los cantores del coro subieron al escenario, entre ellos Theo, con su abrigo demasiado pequeño y el pelo cuidadosamente peinado. Parecía increíblemente joven allí de pie, con el rostro pálido bajo la luz de las velas. Meg apretó las manos en su regazo.

Cantaron «God Rest Ye Merry Gentlemen» juntos, con armonías toscas pero sinceras. Luego, la señorita Kemp anunció que el joven maestro Theo Whitmore interpretaría «Coventry Carol» como solista.

La sala se sumió en el silencio. Theo dio un paso al frente y, por un instante terrible, Meg pensó que iba a huir. Sus ojos encontraron los de ella entre la multitud, desorbitados y asustados.

Ella sonrió. Asintió. *Puedes hacerlo.*

Él respiró hondo. Y cantó.

Lully, lulla, thou little tiny child...

La sala se transformó. Aquella voz pura y cristalina llenó cada rincón, cada nota perfecta y sin esfuerzo. Los invitados se inclinaron hacia delante, paralizados. Incluso las matronas de la alta sociedad que habían estado cuchicheando antes se callaron, cautivadas por algo que no esperaban encontrar en el hijo de ocho años de una viuda.

Meg no podía respirar. No podía apartar la vista de su niño, de pie en aquel escenario, compartiendo su don con una sala llena de extraños. El orgullo se le hinchó en el pecho con una fuerza que dolía.

Cuando la última nota se desvaneció, hubo un momento de silencio profundo. Luego estallaron los aplausos, no educados, sino genuinos. La gente se puso en pie, gritando «¡Bravo!» y «¡Extraordinario!».

Theo hizo una reverencia, con el rostro resplandeciente, y Meg sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin control.

Al otro lado de la sala, se encontró con la mirada de Gabriel. La estaba mirando a ella, no al escenario. No a Theo. A *ella*. Y la expresión de su rostro —asombro, ternura, algo que se parecía peligrosamente al amor— hizo que su corazón se detuviera por completo.

CUANDO TERMINÓ EL ÚLTIMO VILLANCICO, los invitados pasaron al salón de estar para tomar un refresco. Meg intentó seguirlos, pero lady Wrentham la interceptó con soltura.

—Señora Winslow, ¿un momento? —Estaba formulado como una pregunta, pero sonó como una orden.

A Meg se le encogió el estómago. —Por supuesto, milady.

Lady Wrentham la condujo a un rincón tranquilo, alejado de la multitud. Cuando estuvieron a solas, la estudió con aquellos ojos agudos y evaluadores que le recordaban dolorosamente a Gabriel.

—Su hijo tiene un don extraordinario —dijo finalmente.

—Gracias, milady.

—Imagino que lo ha heredado de usted, ¿el talento musical?

Meg dudó. —Yo… solía tocar. Antes de… —Se interrumpió. Antes de que Robert muriera. Antes de que vendieran el pianoforte. Antes de que todo se desmoronara.

—Antes de que la viudez mermara sus circunstancias. —El tono de lady Wrentham fue práctico, no cruel—. Lo entiendo. Mi propia madre enviudó joven. Es una situación difícil.

Meg no dijo nada, insegura de adónde quería llegar.

—Mi hijo tiene la intención de visitarla mañana —continuó lady Wrentham—. No se sorprenda tanto; no me ha dicho nada, pero

conozco a Gabriel. Es cuidadoso y comedido, excepto cuando de verdad quiere algo. Entonces se vuelve aterradoramente resuelto.

—Milady, yo no…

—Déjeme terminar. —La voz de lady Wrentham era suave pero firme—. No sé qué hay entre ustedes dos, y no voy a entrometerme. Pero le diré esto: si Gabriel ha decidido ir a por usted, nada de lo que yo diga lo detendrá. Y si usted lo quiere la mitad de lo que él claramente la quiere a usted, le dejará intentarlo.

A Meg se le hizo un nudo en la garganta. —La diferencia de nuestra posición…

—Es enorme. No fingiré lo contrario. —Lady Wrentham la miró fijamente—. Pero mi hijo lleva diez años medio muerto. Deber sin alegría. Obligación sin propósito. Esta noche, viéndolo a él mirarla a usted mientras usted miraba a su hijo actuar, lo he visto vivo de nuevo. Eso vale más que cualquier genealogía o dote perfectas.

—La sociedad nos destruirá a ambos.

—Probablemente. —La sonrisa de lady Wrentham se tornó irónica—. Pero usted sobrevivió a la viudez y a la pobreza con dos hijos y con su dignidad intacta. Sospecho que es más fuerte de lo que la sociedad cree. —Hizo una pausa—. Déle una oportunidad, señora Winslow. Dése una oportunidad a usted misma. La vida es demasiado corta para elegir la seguridad por encima de la felicidad.

Antes de que Meg pudiera responder, apareció Gabriel, con una expresión cuidadosamente neutra. —Madre, no estarás interrogando a mis invitados, ¿verdad?

—Solo manteniendo una conversación agradable. —Lady Wrentham le dio una palmadita en el brazo a Meg—. La señora Winslow me estaba contando sobre la formación de su hijo. Una mujer fascinante.

Se marchó majestuosamente, dejando a Meg y a Gabriel solos en su rincón.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Gabriel, preocupado.

—Que eres aterradoramente resuelto cuando quieres algo.

Su boca se torció en una leve sonrisa. —Qué perspicaz por su parte.

—Gabriel… —Meg miró a su alrededor, pero nadie estaba lo suficientemente cerca para oírlos—. La gente está hablando. De nosotros. Lady Clarissa Penholme me ha estado lanzando miradas asesinas toda la noche.

—Déjala.

—No lo entiendes. Si esto se convierte en un cotilleo, si la gente piensa… —No pudo terminar. Si la gente pensaba que aspiraba a un conde, que usaba el talento de su hijo para ascender socialmente, que seducía a un hombre muy por encima de su posición. Los susurros destruirían la poca reputación que le quedaba.

—Mírame. —La voz de Gabriel era tranquila pero autoritaria. Cuando ella lo miró a los ojos, él continuó—: Mañana te visitaré en casa de tu cuñado. Formalmente, abiertamente, con todo el respeto debido a una mujer a la que estoy cortejando. Que la sociedad hable. Que susurren. No me importa.

—Tu madre acaba de advertirme de que la sociedad nos destruirá.

—Mi madre también te ha dicho que me des una oportunidad. —Sonrió ligeramente—. Es una pragmática. Conoce los riesgos. Pero también sabe que he sido un desdichado durante una década, y quiere verme feliz más de lo que quiere que sea apropiado.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —Las palabras salieron más secas de lo que pretendía—. ¿Y si no quiero ser carnaza de cotilleos? ¿Y si quiero proteger a mis hijos del escándalo?

—Entonces dímelo. —Sus ojos escrutaron los de ella—. Dime que no quieres esto. Dime que no sientes lo que yo siento. Dime que me vaya y lo haré.

Meg abrió la boca. Las palabras deberían haber sido fáciles. *Vete. Esto es imposible. Protégete.*

Pero al mirarlo —al ver la esperanza, el miedo y la desesperada honestidad en su expresión— no pudo decirlas.

—No puedo —susurró.

—¿No puedes decirme que me vaya? ¿O no puedes sentir esto?

—Ambas cosas.

Su sonrisa fue como el amanecer. —Entonces lo resolveremos. Juntos.

—Eres imposible.

—Aterradoramente resuelto —la corrigió—. Mi madre lo ha dicho.

A pesar de todo —el miedo, la imposibilidad, los susurros que sentía como insectos recorriéndole la piel—, Meg se rio. Se rio de verdad, allí, en casa de Gabriel Sterling, con medio Londres mirando y todo su futuro pendiendo del filo de una navaja.

—Mañana —dijo Gabriel—. La visitaré a las dos en punto, si le parece bien.

—A las dos en punto —aceptó Meg.

—Bien. —Su mano rozó la de ella, oculta entre los pliegues de su falda—. Ahora vaya a buscar a sus hijos y permítame acompañarla a su carruaje como un caballero hecho y derecho. Le daremos a la sociedad algo de qué hablar.

—Creo que ya lo hemos hecho.

—Entonces démosles algo que valga la pena comentar.

Él le ofreció el brazo y, tras un instante de vacilación, ella lo aceptó. Caminaron juntos entre la multitud: el conde y la viuda, el mecenas y la madre, dos personas de mundos diferentes que, de algún modo, se habían encontrado a pesar de todas las razones por las que no deberían.

La gente miraba. Por supuesto que miraba. Pero con Gabriel a su lado, firme, seguro y absolutamente despreocupado por las convenciones, Meg descubrió que no le importaba tanto como había pensado.

Quizá su madre tenía razón. Quizá era más fuerte de lo que la sociedad creía.

Quizá —imposible y peligrosamente— esto podría funcionar.

O quizá ambos se estrellarían de forma espectacular.

Fuera como fuera, ya no estaba dispuesta a elegir la seguridad por encima de la esperanza.

CAPÍTULO 6

La víspera de Navidad llegó gris y fría, con el cielo plomizo anunciando nieve. Meg se despertó temprano y se quedó tumbada en la penumbra, escuchando cómo la casa se asentaba a su alrededor. Ese día, Gabriel la visitaría. A las dos, había dicho. Formal, como era debido, con todo el respeto que se le debe a una mujer a la que estaba cortejando.

La idea le oprimió el pecho con una mezcla de anticipación y pavor a partes iguales.

Se levantó y se vistió con más esmero de lo habitual; eligió el vestido de lana azul, su segundo mejor vestido, aunque ya mostraba el desgaste en las costuras. Le temblaban ligeramente las manos mientras se recogía el pelo. En el espejo, se vio pálida, insegura. Una viuda de modestos recursos que se preparaba para recibir a un conde.

¿En qué estaba pensando?

Abajo, la casa era un caos apenas controlado. Varios baúles a medio hacer se apilaban en el vestíbulo. Los sirvientes pasaban apresurados con brazadas de ropa y sombrereras. La voz chillona de Eleanor resonaba desde algún lugar del piso de arriba, dando órdenes contradictorias sobre qué había que llevarse y qué debía quedarse.

William y Eleanor partían esa tarde al campo para pasar, como cada año, la Navidad en la finca de la madre de él en Kent. Habían

invitado a Meg y a los niños hacía semanas en ese tono particular que dejaba claro que la invitación era más un deber que un deseo.

Meg la había declinado. Mejor pasar una Navidad tranquila allí que soportar tres días del desprecio apenas velado de Eleanor y el incómodo silencio de William.

Encontró a Theo y a Lottie en el cuarto de los niños, ya vestidos e inusualmente apocados. Theo estaba sentado junto a la ventana, observando la calle. Lottie jugaba con su muñeca, pero no dejaba de mirar a su hermano.

—¿Mamá? —Theo alzó la vista—. ¿De verdad que lord Wrentham viene hoy?

—Sí, cariño. Esta tarde.

—¿Estará aquí tía Eleanor?

Meg percibió la preocupación en su voz. Eleanor se había mostrado especialmente mordaz en los últimos días, y sus comentarios sobre el concierto y «las ambiciones de ciertas personas» eran tan directos que hasta Theo se había dado cuenta.

—Un ratito —dijo Meg con cuidado—. Pero se irán al campo poco después.

—Bien —dijo Theo, y al instante pareció sentirse culpable—. ¿Es muy malo decir eso?

—No, mi amor. Solo es sincero.

Los entretuvo con unos libros y les prometió que podrían ver a lord Wrentham cuando llegara; luego bajó para enfrentarse a lo que fuera que Eleanor hubiera planeado, porque su cuñada, sin duda, había planeado algo. Meg ya había visto esa mirada antes: la que decía que Eleanor había decidido que había que abordar un asunto, y al diablo con las consecuencias.

Encontró a Eleanor en el salón, supervisando cómo cubrían los muebles con tela de Holanda. Su cuñada levantó la vista, con una sonrisa afilada.

—Margaret. Ahí está. Quería hablar con usted antes de que llegue el conde.

A Meg se le encogió el estómago.

—Por supuesto.

Eleanor despidió a los sirvientes con un gesto y luego se giró para mirarla de frente.

—Creo que debería reconsiderar venir con nosotros a Kent. Pasar la Navidad sola en esta casa, solo con los sirvientes y los niños, parece bastante… patético. Aunque supongo que está acostumbrada a apañárselas.

—Me encuentro muy a gusto aquí —dijo Meg con voz serena.

—¿De verdad? —La sonrisa de Eleanor no le llegaba a los ojos—. ¿O es que simplemente espera otras… visitas? El vecindario ha estado lleno de rumores desde aquel concierto. La gente se da cuenta cuando una viuda recibe atenciones por encima de su posición.

Ahí estaba. La cuchillada, perfectamente dirigida.

—Lord Wrentham pidió permiso para visitarme —dijo Meg, manteniendo la voz firme—. No vi ninguna razón para rechazar una cortés visita social.

—Una visita social. —Eleanor rio, un sonido quebradizo—. ¿Así es como lo llama? Por favor, Margaret. No es tan necia como para creer que un conde hace «visitas sociales» a viudas sin un céntimo por pura cortesía. Todo el mundo sabe lo que es esto.

—¿Y qué es?

—O bien un escarceo —lo que sería bastante humillante—, o algún malentendido intento de cortejo, que sería infinitamente peor. —Eleanor se acercó, bajando la voz—. ¿De verdad se imagina que se casará con usted? ¿Una viuda con dos hijos y ni un penique a su nombre? Los hombres como el conde de Wrentham no se casan con mujeres como usted. Se entretienen y, cuando terminan, pasan a otra cosa. Y usted se quedará con la reputación arruinada y unos hijos que sufrirán por el mal juicio de su madre.

Cada palabra cayó como una piedra. Meg se obligó a sostenerle la mirada a Eleanor.

—No conoce sus intenciones.

—¿Que no? —La sonrisa de Eleanor se tornó compasiva—. Oh, querida. Es usted aún más ingenua de lo que pensaba. Ha sido amable con usted, ¿verdad? Encantador. Atento. La ha hecho sentir

especial, visible. Y ahora está medio enamorada de él, imaginando cuentos de hadas en los que los condes se casan con institutrices….

—No soy una institutriz.

—Es como si lo fuera. Sus circunstancias son idénticas: dependiente, impotente, viviendo de la caridad. —La voz de Eleanor se suavizó hasta volverse casi amable, lo que de alguna manera fue peor—. Estoy intentando protegerla, Margaret. Sé que me considera cruel, pero estoy siendo realista. Si continúa con esto… sea lo que sea…, la sociedad la destruirá. El cotilleo ya ha empezado. La señora Pemberton me acorraló ayer en la sombrerería, llena de preguntas sobre «la querida señora Winslow y su distinguido admirador». Sonreía mientras lo decía, pero las insinuaciones eran evidentes.

Meg sintió que el pecho se le oprimía.

—No he hecho nada impropio.

—La intención no importa. Sí lo hacen las apariencias. —Eleanor se acercó a la ventana y miró a la calle—. Cuando la visite hoy, le sugiero que le deje claro que sus atenciones, aunque halagadoras, ya no son bienvenidas. Sea cortés, sea amable, pero sea firme. Ponga fin a esto antes de que vaya a más. Por su bien y por el de los niños.

—¿Y si no lo hago?

Eleanor se dio la vuelta, y ahora su expresión era fría.

—Entonces tendrá que afrontarlo sola. William y yo nos vamos esta tarde y no volveremos hasta después del Día de Reyes. Si el escándalo se une a su nombre mientras vive bajo nuestro techo, nos salpica también a nosotros. Y no lo permitiré, Margaret. No permitiré que el apellido de la familia de mi marido sea arrastrado por el fango porque usted no pudo resistirse a jugar a la Cenicienta con un conde.

La amenaza era clara. «Continúe con esto y ya no será bienvenida aquí».

Meg se quedó helada, con la mente a toda velocidad. No tenía a dónde ir. Ni ingresos, ni perspectivas, ni familia dispuesta a acogerla. William había sido generoso —a regañadientes, pero generoso— al ofrecerle un hogar. Si Eleanor los echaba…

—Veo que lo entiende. —La voz de Eleanor era casi dulce ahora —. No soy su enemiga, Margaret. Simplemente intento ayudarla a entrar en razón. Ahora. Creo que tiene que hacer algunos preparativos antes de que llegue lord Wrentham. Póngase el vestido de lana azul; es lo que más le favorece.

Salió del salón, dejando a Meg sola entre los muebles cubiertos.

A LAS DOS en punto llamaron a la puerta.

Meg estaba sentada en el salón, con las manos cruzadas en el regazo y la espalda rígida. William permanecía de pie junto a la chimenea, claramente incómodo. Eleanor estaba sentada cerca de la ventana, el vivo retrato de la corrección, con su labor de bordado en el regazo.

La doncella hizo pasar a Gabriel.

Tenía un aspecto magnífico, impecablemente vestido, un conde en toda regla. Pero sus ojos buscaron los de Meg de inmediato, y algo en ellos se suavizó. Se tornó cálido.

—Lord Wrentham. —Eleanor se levantó con una sonrisa radiante —. ¡Qué honor inesperado! Pase, por favor. William nos hará compañía; somos bastante informales aquí, como puede ver. Estamos terminando de hacer las maletas, sabe. Nos vamos a Kent esta tarde. Es una lástima que Margaret y los niños no nos acompañen, pero insistió en quedarse en la ciudad.

La mirada de Gabriel se desvió hacia Eleanor, y Meg vio cómo reparaba en los baúles apilados que se veían en el vestíbulo y en los muebles cubiertos con tela de Holanda. Su expresión se tensó ligeramente.

—Señora Winslow. —Hizo una reverencia a Eleanor y luego se volvió hacia Meg—. Señora Winslow. Gracias por recibirme.

Ella hizo una reverencia, sin fiarse de su propia voz. De cerca, pudo ver las tenues sombras bajo sus ojos, como si no hubiera dormido bien. La idea de que él pudiera haber estado tan ansioso por esta reunión como ella le dolió en el pecho.

—Por favor, siéntese. —Eleanor señaló la silla frente a Meg, la disposición más formal posible—. Estábamos hablando de los planes para Navidad. Lord Wrentham, ¿estará en la ciudad por las fiestas o se retirará a su finca en el campo?

—Permaneceré en Londres. —Su voz era cuidadosamente neutra.

—Qué curioso. La mayoría de las familias se reúnen en Navidad. Pero, bueno, supongo que los solteros tienen más libertad en esos asuntos. —La sonrisa de Eleanor era un dulce veneno—. Margaret también se quedará aquí, con los niños. Me temo que será una Navidad muy tranquila para ellos, pero insistió en que estaría a gusto.

—Estoy seguro de que lo estará. —El tono de Gabriel tenía ahora un deje cortante—. Señora Winslow, espero que sus hijos estén bien.

—Muy bien, gracias, milord.

La conversación avanzó a trompicones, forzada e incómoda. Cada vez que Gabriel intentaba dirigirse directamente a Meg, Eleanor lo interrumpía con alguna observación o pregunta. William se removía incómodo, deseando a todas luces estar en cualquier otro lugar. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba los minutos con una lentitud exasperante.

Finalmente, un sirviente apareció en el umbral.

—Señor Winslow, ¿señor? El cochero necesita sus indicaciones sobre los baúles.

William aprovechó la vía de escape.

—Perdónenme. Volveré en un momento.

Huyó. Eleanor esperó a que sus pasos se desvanecieran, luego se levantó y se acercó a la ventana, fingiendo examinar el cielo.

—Parece que va a nevar —dijo, sin dirigirse a nadie en particular —. Espero que las carreteras no estén muy mal.

Era lo más parecido a la intimidad que habían tenido. Gabriel se inclinó ligeramente hacia delante, bajando la voz.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí —susurró Meg—. Estoy… sí.

—Pareces… —vaciló—. Afligida.

No pudo mirarlo a los ojos.

—No es nada. Solo….

—Margaret. —El sonido de su nombre hizo que levantara la vista. Su expresión era de preocupación, inquisitiva—. Si algo va mal, dímelo. Por favor.

Abrió la boca, pero Eleanor habló primero.

—No debe hacer caso a Margaret, lord Wrentham. —Eleanor se apartó de la ventana, con la sonrisa firmemente plantada en el rostro—. Se ha sentido bastante abrumada por su atención. El concierto, los ensayos… Una espera no haberle dado una impresión equivocada. Estoy segura de que comprende que una viuda en su posición debe tener mucho cuidado con las apariencias. La gente ya está diciendo las cosas más extraordinarias.

Meg sintió que la sangre se le iba del rostro.

—Eleanor….

—Solo estoy tratando de ayudar, querida. —La voz de Eleanor era miel sobre acero—. Su señoría merece saber en qué se está metiendo. El cotilleo ha sido bastante… gráfico. La señora Pemberton me dijo ayer mismo que la mitad del vecindario cree que Margaret ha estado usando el talento de Theo para asegurarse su interés, milord. Naturalmente, la defendí, pero no se puede impedir que la gente hable. Y los niños oyen esas cosas. Pobres Theo y Lottie… A una le preocupa lo que puedan oír en la iglesia o en el parque.

La mandíbula de Gabriel se tensó.

—No me importan los cotilleos.

—Quizá debería, milord. —Eleanor volvió a sentarse y retomó su bordado con una despreocupación calculada—. Por el bien de Margaret, si no por el suyo. ¿Un cortejo entre un conde y una viuda sin un céntimo con dos hijos? La sociedad la destruirá. Lo sabe tan bien como yo. Y los niños… ellos sufrirán más. Los niños siempre lo hacen cuando se cuestiona la reputación de su madre. Los colegios no los aceptarán, las familias decentes no los recibirán. Todo porque su madre se permitió ser… objeto de atenciones.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un veneno. Meg observó cómo la expresión de Gabriel pasaba de la ira a algo que parecía comprensión. Lo estaba viendo: la trampa que Eleanor

había tendido, la posición imposible en la que se encontraba Meg. Luchar por esto, y sus hijos sufrirían. Aceptar su cortejo, y ver cómo la sociedad cerraba sus puertas a Theo y Lottie.

—Seguramente —dijo Gabriel con cuidado—, hay maneras de manejar esas preocupaciones. Si un cortejo se llevara a cabo adecuadamente, con el debido respeto….

—¿Respeto? —Eleanor rio suavemente—. Mi querido lord Wrentham, el respeto es precisamente lo que Margaret perderá. En el momento en que la visite por segunda vez, todos los salones de Londres especularán sobre cuándo se cansará de su pequeño proyecto de caridad. Y cuando lo haga —porque los hombres de su posición siempre lo hacen—, Margaret tendrá que recoger los pedazos de una reputación arruinada.

—Eleanor, por favor. —La voz de Meg se quebró—. Ya basta.

—¿En serio? —Su cuñada le sostuvo la mirada, implacable—. ¿O es que no he sido lo bastante clara? Pues seré franca entonces. Si continúa con esta relación, Margaret, usted y los niños tendrán que buscar otro alojamiento. No permitiré que el escándalo se asocie a la casa de William.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Meg no podía respirar. No podía pensar. La habitación pareció inclinarse a su alrededor.

—¿La echaría a la calle? —La voz de Gabriel era baja, peligrosa —. ¿En Navidad?

—La salvaría de sí misma. —La sonrisa de Eleanor no flaqueó—. Esto es una bondad, milord, aunque no lo parezca. Mejor un poco de dolor ahora que la ruina más tarde. Estoy segura de que lo entiende. Parece usted un hombre inteligente.

Gabriel se volvió hacia Meg, con una expresión dividida entre la furia y la impotencia. Vio el momento en que él comprendió —comprendió de verdad— la elección que ella tenía que hacer. Luchar por esto, y sus hijos perderían su hogar. Continuar viéndolo, y Eleanor cumpliría su amenaza.

—Señora Winslow. —Su voz sonaba áspera—. Meg. No tienes que….

—Sí. —La palabra salió más firme de lo que se sentía—. Sí, tengo que hacerlo.

Se levantó, con las manos apretadas a los costados para que no le temblaran.

—Agradezco su amabilidad, lord Wrentham. Conmigo y con mis hijos. Ha sido… más generoso de lo que merecía. Pero Eleanor dice la verdad. Fui una necia al imaginar… —Se le quebró la voz. Se obligó a continuar—. Esto fue un error. Nunca debería haber alentado su atención.

—Meg….

—Por favor. —No podía mirarlo. Si lo miraba, se derrumbaría—. Ha sido muy amable. Pero debo pensar en Theo y Lottie. Su bienestar debe estar por encima de… de todo lo demás. Estoy segura de que lo entiende.

El silencio se prolongó. Podía sentir su mirada sobre ella, instándola a levantar la vista, a retractarse. Pero mantuvo los ojos fijos en la alfombra, en el gastado dibujo que se había aprendido de memoria durante meses de vivir en aquella casa que no era suya, dependiendo de la caridad de gente que deseaba que se fuera.

—Ya veo. —Su voz estaba cuidadosamente controlada—. Entonces, le pido disculpas por cualquier angustia que le haya causado. Nunca fue mi intención.

—Lo sé. —Las palabras fueron apenas un susurro.

Lo oyó levantarse. Oyó el roce de su abrigo. No levantó la vista —no podía—, ni siquiera cuando lo oyó dirigirse a la puerta.

—Feliz Navidad, señora Winslow. —La formalidad sonó como un cuchillo—. Espero que estas fechas le traigan paz.

Consiguió hacer una reverencia, sin mirarlo a los ojos.

—Feliz Navidad, milord.

Entonces él se fue. La puerta se cerró tras él con un suave clic que sonó como el final de algo.

Meg se quedó de pie, mirando a la nada, con el pecho tan oprimido que no podía respirar.

—Bueno. —La voz de Eleanor era enérgica, satisfecha—. Asunto zanjado. Algún día me lo agradecerá, Margaret. La he salvado de un terrible escándalo. Un conde no se casa con su obra de caridad viuda, por muy bonito que cante su hijo. La habría arruinado y

después descartado. Al menos, de esta manera, conserva su dignidad.

Dignidad. Meg casi se echó a reír. No sentía dignidad alguna. Solo el dolor hueco de algo precioso perdido antes incluso de haber tenido la oportunidad de darle nombre.

William regresó, ajeno a lo que había ocurrido.

—Los baúles están cargados. ¿Estamos listos para partir?

—Completamente listos. —Eleanor recogió sus cosas—. Margaret, ¿seguro que no lo reconsidera? Todavía hay sitio en el carruaje.

—Estoy segura. —La voz de Meg sonaba lejana, desconocida—. Gracias. Buen viaje.

En menos de una hora, se habían ido. La casa se vació de su ruido y ajetreo, dejando solo los ecos y a los sirvientes que se preparaban para su media jornada de fiesta.

Meg permaneció en el salón, en la repentina quietud, y se permitió sentir todo el peso de lo que acababa de ocurrir.

Lo había echado. Había elegido la seguridad por encima de la esperanza. Había protegido a sus hijos destruyendo la única oportunidad de felicidad que había tenido en cuatro años.

Eleanor tenía razón. Era la elección práctica. La elección sensata.

Se sentía como la muerte.

Al anochecer, ya se había recompuesto lo suficiente para llevar a los niños a la iglesia. El vicario habló de alegría y paz, de esperanza nacida en lugares inesperados. Meg se sentó en el banco e intentó creerlo. Intentó ignorar el dolor que sentía en el pecho cada vez que pensaba en la cara de Gabriel cuando le había pedido que se fuera.

Theo se apoyó en su hombro.

—¿Mamá? ¿Volverá lord Wrentham a visitarnos?

—No, cariño. —Le besó la coronilla—. No lo creo.

—¿Por qué no? ¿Hicimos algo malo?

—No, mi amor. Lo hicisteis todo bien. Es solo que… él tiene su propia vida. Sus propias responsabilidades. No podemos esperar que siga visitándonos.

—Ah. —La decepción de Theo era palpable—. Me caía bien.

—Lo sé. A mí también.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Theo la miró, con unos ojos demasiado sabios para tener ocho años.

—¿Estás triste, mamá?

—Un poco. —Forzó una sonrisa—. Pero estaré bien. Mañana tendremos una Navidad preciosa. Solo nosotros tres.

—¿Estaremos muy solos?

—No. —Lo abrazó con fuerza—. ¿Cómo podría sentirme sola si os tengo a ti y a Lottie?

Pero al decirlo, supo que era mentira. La casa se sentiría solitaria. El día sería solitario. Todos los días posteriores serían solitarios, ahora que sabía lo que se sentía al tener a Gabriel Sterling mirándola como si fuera la persona más importante de su mundo.

Después del servicio, los vecinos les desearon feliz Navidad. La señora Pemberton sonrió con demasiada efusividad y les preguntó si habían disfrutado del concierto. El subtexto era claro: todo el mundo había visto la atención de Gabriel. Todo el mundo se preguntaba qué saldría de aquello.

Ahora no habría nada. El cotilleo se apagaría. La vida volvería a su rutina tranquila y gris.

Meg caminó a casa por las calles que oscurecían, con un niño en cada mano, y se dijo que aquello era suficiente. Sus hijos estaban a salvo. Tenían un techo sobre sus cabezas. La amenaza de Eleanor había sido neutralizada.

Había tomado la decisión correcta.

Más tarde, a solas en su habitación después de que los niños se durmieran, se quedó de pie junto a la ventana y observó cómo empezaba a nevar: copos suaves y silenciosos que flotaban a la luz de las farolas.

En algún lugar al otro lado de Londres, Gabriel estaría en su gran casa, probablemente aliviado de haber escapado de un embrollo complicado. Probablemente ya olvidándola.

No. Esa era Eleanor hablando. Eleanor con su veneno y su certeza de que a los hombres como Gabriel no les importaban las mujeres como ella.

Pero a él sí le había importado. Lo había visto en sus ojos. Lo había oído en su voz cuando pronunció su nombre.

Y aun así, lo había echado.

—Se acabaron los sueños necios —susurró a la habitación vacía —. Se acabó querer lo que no puedo tener.

Se apartó de la ventana, de la nieve y de las luces lejanas, y se metió en la cama. Mañana era Navidad. La haría especial para Theo y Lottie. Sonreiría y reiría y fingiría que no se le estaba rompiendo el corazón.

Sobreviviría a esto, como había sobrevivido a todo lo demás.

Pero al cerrar los ojos, su último pensamiento fue para el rostro de Gabriel cuando le pidió que se fuera: el dolor, la confusión y la esperanza desesperada de que se retractara.

No lo había hecho.

Y ahora era demasiado tarde.

CAPÍTULO 7



Había nevado toda la noche, de esa nieve que amortiguaba los sonidos y convertía la ciudad en perla. Gabriel Sterling, conde de Wrentham, estaba de pie junto a la ventana, con una mano apoyada en el cristal, y observaba los copos de nieve caer más allá de los tejados. El mundo parecía nuevo, perdonado. Él, sin embargo, se sentía exactamente igual, salvo por el vacío que notaba bajo las costillas.

Se había pasado la noche reviviendo la escena del día anterior. La forma en que Margaret había permanecido en aquel salón, con las manos apretadas a los costados y la voz quebrada al pedirle que se marchara. La cuidada inexpresión de su rostro, que no había logrado ocultar del todo la desesperación subyacente.

Esto ha sido un error. Nunca debería haber alentado su atención.

No lo decía en serio. Se habría jugado la vida a que era así. La mujer que había susurrado su nombre en el umbral del cuarto de los niños, que lo había mirado con una esperanza tan desprotegida... Esa mujer no había cambiado en tres días.

Eleanor había cambiado sus circunstancias.

Lo había comprendido en el momento en que vio los baúles embalados en el vestíbulo y los muebles cubiertos con fundas de tela. La cuñada, apostada como una araña en su tela, medía cada palabra para envenenar y atrapar. *Si continúa usted con esta relación, usted y los niños tendrán que buscar otro alojamiento.*

Margaret había estado protegiendo a sus hijos. Eso era todo. Había tomado la única decisión que una madre podía tomar ante la amenaza de quedarse sin hogar a tres días de Navidad.

Pero Eleanor se había marchado al campo la tarde anterior. Y eso lo cambiaba todo.

Se dijo a sí mismo que solo iba a entregar unos regalos. Una muestra de gratitud apropiada. Ver si ella le sostenía la mirada, calibrar si había interpretado la situación correctamente. Cinco minutos, tal vez diez. Nada más.

No se creyó sus propias mentiras ni por un instante.

Cuando salió a la calle, el frío lo golpeó como una bendición. El aire olía a humo y a nieve, a calles tranquilas y al leve repicar de campanas lejanas. Sus botas rompieron la impoluta capa de nieve durante todo el camino hasta la puerta de ella.

Los ojos de la doncella se abrieron como platos cuando abrió; era evidente que le habían dicho que no esperara visitas la mañana de Navidad. Pero lo hizo pasar de inmediato, quizá leyendo en su expresión algo que no admitía negativa.

El salón era cálido y dorado por la luz del fuego; unas guirnaldas verdes se entrelazaban a lo largo de la repisa de la chimenea y un tenue aroma a canela flotaba en el aire. Para un hombre que se había pasado años evitando las fiestas, aquella alegría doméstica resultaba casi escandalosa.

Cuando Meg entró, se detuvo en seco en el umbral.

Llevaba un suave vestido de lana de color azul invernal y tenía una mancha de harina en la muñeca; era evidente que había estado en la cocina. Su rostro palideció y luego se sonrojó. Los labios se le entreabrieron como para hablar, pero no emitió ningún sonido.

—Milord —consiguió decir al fin, con una voz que era apenas un susurro.

Él hizo una reverencia. —Feliz Navidad, señora Winslow.

Ella no se movió. No hizo una reverencia. Se quedó allí, mirándolo como si fuera un fantasma, o un milagro, o quizá ambas

cosas. Tenía los ojos brillantes por algo que podrían haber sido lágrimas.

—Has venido —dijo.

—He venido.

—Pero ayer... te dije... —Se retorció las manos entre las faldas de su vestido—. Eleanor dijo...

—Eleanor está en Kent —dijo él en voz baja—. ¿No es así?

La comprensión afloró en su rostro, seguida rápidamente por algo que parecía esperanza luchando contra una cautela arraigada. —Sí. Se marcharon ayer por la tarde.

—Lo sé. —Dio un cuidadoso paso hacia ella, dándole espacio para retroceder si lo deseaba. No lo hizo—. Comprendí lo que pasó ayer, Meg. Lo que te viste obligada a decir. Lo que estabas protegiendo.

Ella contuvo el aliento. —¿Lo comprendiste?

—Una mujer no mira a un hombre como tú me miraste a mí en mi salón de música para luego despacharlo tres días después, a menos que alguien le esté poniendo un cuchillo en el cuello. —Su voz se suavizó—. Eleanor te amenazó con echarte. ¿No es así?

La compostura de Meg se desmoronó. —Dijo... que si continuaba con la relación..., los niños y yo tendríamos que buscar otro alojamiento. Dijo que el escándalo salpicaría a la casa de William. Dijo... —Se le quebró la voz—. No me dio otra opción.

—Lo sé. —Dos palabras, pero contenían toda la comprensión que ella había anhelado—. Lo sé, y no te culpo. Ni por un momento.

—Pero te eché. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Me quedé ahí y te dije que era un error, y tú parecías tan...

—Parecía dolido —completó él con delicadeza—. Estaba dolido. Pero no estaba enfadado, Meg. Estaba furioso con Eleanor, sí. Pero no contigo. Contigo nunca.

Ella se llevó los dedos temblorosos a la boca. —¿Entonces, por qué has venido? Eleanor regresa después de la Epifanía. Nada ha cambiado. Si me visitas, si alguien te ve..., cumplirá su amenaza.

—Entonces tendremos cuidado. —Lo dijo con una certeza tan tranquila que ella parpadeó—. Seremos discretos. Vendré cuando el vecindario no esté mirando. Encontraremos la forma, Meg. Pero no

podía... —Se detuvo, tragó saliva—. No podía permanecer alejado. No en Navidad. No sabiendo que estarías aquí sola con los niños, pensando que te había abandonado.

—Pensé... —Tenía la voz embargada—. Pensé que habías decidido que Eleanor tenía razón. Que yo no merecía el escándalo.

Él acortó la distancia entre ellos en dos zancadas y le tomó las manos. —Mírame. —Cuando ella lo hizo, él continuó—: Vales cada escándalo que la sociedad pueda inventar. Merece la pena luchar por ti. Y no permitiré que Eleanor ni nadie nos arrebate esto. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, las lágrimas ahora caían sin freno. —Lo siento. Siento mucho lo que dije ayer. No quería decir...

—Lo sé. —Le secó una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Estabas protegiendo a tus hijos. Jamás te pediría que hicieras lo contrario. Pero Eleanor estará fuera doce días. Doce días, Meg. Déjame regalarte la Navidad. Por favor.

Ella alzó la vista hacia él; hacia aquel hombre que había caminado sobre la nieve en la mañana de Navidad porque no podía soportar que ella se creyera abandonada. Aquel hombre que había visto a través de las manipulaciones de Eleanor y había venido de todos modos.

—Has traído regalos —dijo, al ver los paquetes que él había dejado en la mesita.

—Para los niños. —Sus labios se curvaron ligeramente—. Me dije a mí mismo que esa era la razón por la que venía. Era mentira, por supuesto.

—¿Por qué has venido?

—Porque no había ningún otro lugar en el que prefiriera estar —dijo él, sencillamente—. Y porque la idea de que pasaras la Navidad sola, creyendo que me había rendido contigo..., no podía soportarla.

Nuevas lágrimas asomaron a sus ojos. —Los niños se alegrarán mucho de verte. Theo me preguntó por ti tres veces ayer. No supe qué decirle.

—Entonces no perdamos más tiempo en explicaciones —dijo Gabriel—. Déjame regalarte este día. Ya nos preocuparemos mañana

por Eleanor, la sociedad y todo lo demás. Pero hoy, solo por hoy, tengamos nuestra Navidad.

Ella sonrió entre lágrimas. —Eres aterradoramente resuelto.

—Tu hijo mencionó que no sonríes lo suficiente —dijo él, rozándole los nudillos con el pulgar—. Tengo la intención de ponerle remedio.

Antes de que pudiera responder, el estruendo de unas pisadas resonó escaleras abajo.

—¡Mamá! ¡He oído voces! ¿Hay alguien...? —Theo irrumpió en la habitación y se detuvo en seco—. ¡Lord Wrentham!

Y, así sin más, las sombras del día anterior se disiparon.

THEO IRRUMPIÓ EN LA HABITACIÓN, con el pelo alborotado y agarrando un soldado de madera. —¡Mamá! ¡Es lord Wrentham! ¡Lottie, ven rápido!

Lottie apareció en el umbral, medio escondida detrás de su muñeca. Cuando Gabriel ofreció los pequeños paquetes, el niño desgarró el suyo y la alegría se derramó en un torrente de palabras sobre ruedas y arneses y diminutos caballos pintados. Lottie desenvolvió el suyo con más cuidado —un manguito de piel adornado con una cinta azul— y se lo apretó contra la mejilla con reverente deleite.

—Gracias —susurró.

La voz de Meg era suave. —Los malcría, milord.

—Ni de lejos lo suficiente —dijo él—. ¿Me permites? —Señaló hacia el hogar y ella asintió. Se arrodilló junto a los niños, escuchando las explicaciones de Theo sobre el funcionamiento del carruaje y ayudando a Lottie a ajustarse la cinta. Sus risas llenaron la habitación, tan brillantes como campanas. Una vez, ella lo había considerado intocable: un hombre hecho de pulcritud y distancia. Sin embargo, allí estaba, en su raída alfombra, arrodillado entre la cinta de una muñeca y un coche de juguete, riendo con sus hijos. La joven que había sido no lo habría creído; la mujer que era no sabía muy bien qué hacer con la calidez que aquello despertaba.

Cuando se levantó de nuevo, le protestaron las rodillas y Meg sonrió, esta vez de verdad.

—¿Lo ve? —dijo—. Ni siquiera usted, milord, está a salvo de los caballos de juguete y las cintas.

Él se rio, un sonido grave que los sorprendió a ambos. —Al parecer, no.

Dudó en el umbral, con una mano todavía en el respaldo de la silla que acababa de desocupar. La respuesta cortés acudió automáticamente —*No, ya he consumido suficiente de su mañana*— pero algo en la calidez del fuego y el tenue rastro de canela y pino lo retuvo.

—Si no voy a estorbar... —dijo.

—No lo harás —replicó ella, demasiado rápido, con un ligero rubor subiéndole a las mejillas—. Estaba a punto de cortar el pastel de Navidad. Sería una lástima comérselo sola.

—Entonces no quisiera ser yo la causa de semejante desperdicio.

Sonrió mientras volvía a sentarse.

Comieron en un silencio agradable, los únicos sonidos eran el tictac del reloj y el leve correteo de los niños en el piso de arriba. De vez en cuando, él la sorprendía estudiándolo, como si intentara decidir qué pensar de aquel hombre que había invadido su mañana de Navidad. Ella le ofreció otro trozo; él lo rechazó, y el roce de sus dedos contra la manga de él le envió una corriente inesperada.

Fuera, la nieve volvía a espesarse. La observó acumularse en el alféizar, suave y sin prisa. —Sería un crimen —dijo— desperdiciar un tiempo como este.

Ella levantó la vista de la tetera. —¿Un crimen?

—Absolutamente. Hyde Park debe parecer un cuadro. Tus hijos deberían estar allí: riendo, lanzando bolas de nieve, construyendo reinos. —Miró hacia las escaleras—. Podríamos acompañarlos. Está a solo unas calles.

Ella se quedó boquiabierta de sorpresa, luego esbozó una sonrisa incierta. —¿Nosotros?

Él se encogió de hombros con ligereza. —No esperarás que me quede de brazos cruzados mientras otros hacen ángeles de nieve en mi parque.

Ella se rio, un sonido bajo y genuino. —¿Usted, milord? ¿Jugando en la nieve?

—Pruébame.

En pocos instantes la casa se sumió en un alegre desorden: buscaron botas, se envolvieron en bufandas, se ataron sombreros torcidamente. Cuando salieron a la calle, el aire les mordió las mejillas y la ciudad parecía recién nacida bajo su manto blanco.

El parque yacía silencioso y resplandeciente. Theo se adelantó corriendo, ya formando la primera bola de nieve; Lottie lo siguió a trompicones, dejando pequeñas huellas como encaje. Gabriel se agachó para ayudarla a formar un montículo, sus manos enguantadas diestras y suaves.

Meg se quedó un momento atrás, observando. Él parecía totalmente desprotegido, riendo cuando la nieve se deshizo bajo el pequeño puño de Lottie. Nunca lo había visto reír antes, no de verdad. El sonido aflojó algo en su pecho que no se había dado cuenta de que estaba apretado.

Un repentino pinchazo de frío le dio en el hombro. Soltó un respingo y se giró. Él sonreía de oreja a oreja, con una bola de nieve desmoronándose en su mano.

—Oh, no deberías haber hecho eso —le advirtió.

—Estoy seguro de que sí.

El lanzamiento de respuesta de ella le dio de lleno en el pañuelo del cuello. Lottie chilló de alegría. Theo vitoreó y declaró que era una batalla. Pronto todos estaban riendo, agachándose, resbalando, sin aliento bajo la luz centelleante.

Cuando por fin se desplomaron en un montón junto al camino, la paz se posó sobre ellos como los copos que caían. Theo se tumbó boca arriba haciendo ángeles; Lottie se acurrucó contra la rodilla de su madre. Gabriel se sacudió la nieve del abrigo y se encontró con los ojos de Meg, que aún brillaban de risa.

—No he luchado contra un enemigo más digno —dijo en voz baja.

—Ni yo —replicó ella, sonriendo.

Caminaron lentamente de vuelta a casa, con los niños corriendo por delante, sus bufandas ondeando como estandartes. Una vez, la

mano enguantada de él rozó la de ella. Ninguno de los dos se apartó.

En la puerta de su casa, con la calidez del interior derramándose a su alrededor, ella se volvió hacia él. —Gracias, milord. Por todo esto.

Él la miró durante un largo momento. —Lo dices como si te hubiera dado algo.

—Lo has hecho —dijo ella, sencillamente—. Nos has regalado la Navidad.

Su sonrisa se hizo más profunda, serena y real. —Entonces, estamos en paz —dijo, y le ofreció el brazo mientras los niños llamaban desde dentro. Juntos cruzaron el umbral, dejando que sus huellas se llenaran de nieve tras ellos.

Gabriel había sido egoísta. E injusto.

Al anochecer era obvio que ella no había tenido otros planes más allá de una comida tranquila y la compañía de sus hijos: un día pequeño y apacible después de años de apañárselas. Y él, sin ser invitado, le había dado la vuelta. Había convertido lo que debería haber sido soledad en un día compartido. Se había dicho a sí mismo que era bondad, pero no dejaba de ser una intrusión.

Sin embargo, de alguna manera, ella no lo había echado.

Se quedó a la cena de Navidad. En cada momento se decía a sí mismo que se levantaría para marcharse, y cada vez algo lo detenía: la risa de ella, la calidez de la habitación, la forma en que la luz de las velas convertía su pelo en cobre y oro. Se quedó cuando ella sirvió café después, y cuando Theo suplicó cantar de nuevo, y cuando Lottie se subió a su rodilla para enseñarle el libro de cuentos que le habían regalado.

Entonces Theo sacó un juguete nuevo —un juego de peonzas de madera enviado por unos parientes— y preguntó, con una mirada esperanzada, si el conde de Wrentham sabría jugar.

No sabía. Pero aprendió.

A media tarde se encontró tumbado en la alfombra, con la cabeza apoyada en un brazo, mientras el niño estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, muy concentrado en cada giro. Hacía tiempo que Lottie se había quedado dormida, acurrucada en el regazo de su madre, con una manita enredada en el vestido de Meg.

El tronco de Navidad crepitaba suavemente. El aroma a pino, pastel y cera de vela llenaba la habitación. Gabriel miró hacia el hogar y sintió algo desconocido presionarle las costillas, algo peligrosamente cercano a la pertenencia.

Era una escena dolorosamente doméstica. Una Navidad en familia.

Solo que ellos no eran una familia.

Y él se había pasado años evitando precisamente eso.

Meg se levantó por fin para traer ella misma la bandeja del té, decidida, según dijo, a dar a los sirvientes la mayor parte posible de la fiesta. Él debería haber captado la indirecta, haber dado las gracias y haberse ido. En cambio, la observó moverse por la pequeña cocina con las mangas arremangadas y un rizo suelto contra la mejilla, y la idea de marcharse le resultó extrañamente insoportable.

Cuando ella regresó, él se ofreció a llevar la bandeja de vuelta, pero ella negó con la cabeza. —Seguro que lo derramas —bromeó. Así que él se contentó con servir, y de alguna manera el té se convirtió de nuevo en pastel, y el pastel en risas, y las risas en una hora más.

Theo parloteaba sin cesar sobre su juego, sobre el concierto, sobre dragones y canciones. Lottie se despertó el tiempo suficiente para volver a subirse al regazo de Gabriel y, con grave concentración, desabrocharle todos los botones de la parte delantera del chaleco, para luego volver a abrocharlos con el mismo cuidado.

La horrorizada disculpa de Meg solo lo hizo reír. —Es una costurera nata —dijo él con ligereza, y la niña sonrió radiante, con el pulgar en la boca.

Pero bajo el suave ruido y la calidez, una ligera culpa lo punzaba. Les había robado el día, la paz de ella. La comprensión le llegó con

una fuerza serena. La miró y sonrió con aire pesaroso, pero ella solo bajó la vista hacia su taza, con una expresión indescifrable.

Podría haberse ido después del té. Debería haberlo hecho. En lugar de eso, llevó él mismo la bandeja a la cocina, regresó y, de alguna manera, se encontró de nuevo en el suelo, esta vez contando cuentos.

Meg había estado a la mitad de uno de los suyos, un relato tejido con ingenio y maravilla, con la voz llena de animación mientras los niños pendían de cada una de sus palabras. Cuando hizo una pausa, él se encontró retomando el hilo.

—Había una vez —empezó—, un dragón tan terrible que su rugido hacía temblar las montañas. Pero tenía una debilidad: una princesa con un vestido de seda blanca con volantes de encaje y lazos de raso, y un príncipe disfrazado de cochero que tocaba una trompa tan fuerte que al dragón le retumbó la cabeza durante una semana.

—La princesa tenía un vestido como el de mi muñeca —dijo Lottie, adormilada.

—¿De verdad le sentó mal la trompa? —preguntó Theo, sonriendo.

—Por supuesto que sí —dijo Gabriel solemnemente—. No pudo escupir fuego en todo un mes. Lo que le dio al príncipe tiempo de sobra para rescatar a la princesa y para enseñar al dragón una lección muy importante sobre comerse a la gente sin haber sido invitado.

Lottie soltó una risita, medio dormida. Theo gimió pidiendo otra historia.

—Mañana —dijo Meg con firmeza, aunque su voz era cálida—. Ya es mucho más tarde de la hora de dormir.

Las protestas fueron predecibles pero breves. Gabriel estrechó la mano de Theo y besó solemnemente los diminutos dedos de Lottie antes de que se la llevaran arriba. Sus grandes ojos se detuvieron en el rostro de él, llenos de una emoción sin palabras que aún no comprendía.

—Buenas noches, pequeña —dijo suavemente—. Que duermas bien.

Cuando se fueron, se hizo el silencio. El fuego se había consumido, su luz pintaba la habitación de oro y sombras. Gabriel se quedó de pie junto a la repisa de la chimenea, con un brazo apoyado en ella, mirando las llamas.

Debería irse. Había sobrepasado todos los límites razonables. Pero la casa olía a pino, a especias y a calor, y podía oír el levísimo sonido de su voz en el piso de arriba, tranquilizando a un niño. Cerró los ojos e intentó no pensar en la facilidad con la que ella le había hecho olvidarse de sí mismo, o en cómo había cambiado por completo la forma de su Navidad.

MEG VACILÓ EN EL UMBRAL.

El fuego se había consumido, el aire estaba cargado del aroma a pino y cera de vela. Gabriel estaba de pie ante el hogar, con una mano apoyada en la repisa y la otra curvada relajadamente a un costado. Su postura era la misma elegancia serena que ella había llegado a reconocer; sin embargo, su quietud se sentía tensa, como un arco tensado al límite.

Se giró cuando ella entró. La luz dorada le acarició los rasgos, suavizándolos, haciéndolo parecer imposiblemente humano.

—Pensé que te habrías ido —dijo ella en voz baja.

—Tenía la intención. —Su voz era grave, enronquecida por la luz del fuego—. Pero no he sido capaz de salir por esa puerta.

El pulso se le tropezó. —¿Por qué no?

Él la estudió durante un largo momento, el silencio se alargó hasta que se le erizó la piel. —Porque en el momento en que lo haga —dijo—, la casa se sentirá vacía.

A ella se le cortó la respiración. La honestidad de aquello la desarmó más de lo que cualquier encanto ensayado podría haberlo hecho jamás.

Cruzó la habitación antes de darse cuenta de que se había movido. —Has sido amable —dijo, necesitando que las palabras sonaran ordinarias—. Les has dado a los niños un día que recordarán para siempre.

—¿Y a ti? —preguntó él en voz baja.

La mirada de ella se alzó hasta la de él. —Me has dado... un día que nunca pensé que volvería a tener.

Él dio un paso más cerca. El calor del fuego se encontró con el de su cuerpo, rodeándola. Olía levemente a cedro y a humo y al aire frío del exterior.

—Meg —dijo. Su nombre era una caricia.

Debería haberlo detenido. En lugar de eso, susurró: —Gabriel.

Él extendió la mano y le apartó un rizo de la mejilla con las yemas de los dedos. El contacto fue vacilante, reverente, como si pidiera permiso. La piel de ella hormigueó bajo su guante, cada nervio vivo.

Cuando el pulgar de él le rozó la comisura de los labios, ella se inclinó hacia él.

El beso comenzó como un accidente: lento, inquisitivo, una pregunta que ninguno de los dos se atrevía a formular en voz alta. Sus labios eran cálidos y seguros; los de ella se entreabrieron antes de que pudiera pensar. El mundo se contrajo al ritmo de sus respiraciones, a la lana áspera de su abrigo bajo sus dedos, al vertiginoso calor que se desplegó en la parte baja de su vientre.

Él profundizó el beso y ella le correspondió con igual avidez; meses —años— de soledad se abrieron de golpe. Su mano se deslizó hasta la espalda de ella, anclándola contra él, y sintió el escalofrío que recorrió su cuerpo, la contención que le costó no atraerla aún más.

Cuando finalmente se apartó, ambos temblaban.

—Esto no debería haber pasado —susurró ella, aunque sus dedos todavía se aferraban a la manga de él.

—Entonces, dime que lo sientes —murmuró él, con la frente apoyada en la de ella.

No pudo. —No puedo.

La risa de él fue suave, vacilante. —Yo tampoco.

Se quedaron allí en silencio, el fuego crepitando suavemente, sus alientos mezclándose en el espacio entre ellos. Fuera, la nieve se deslizaba de los aleros en lentos y pesados montones.

Él le rozó la mandíbula con los nudillos. —No quiero hacerte daño, Meg. De ninguna manera.

—Ya lo has hecho —dijo ella, y cuando él retrocedió alarmado, ella negó con la cabeza—. Porque ahora no puedo imaginar esta habitación sin ti en ella.

La confesión quedó suspendida en el aire, frágil como el cristal.

Él la besó de nuevo, más suave, más prolongado esta vez, sellando la verdad entre ellos. Cuando finalmente la soltó, ella estaba temblando.

—Debería irme —dijo él con voz ronca—. Si me quedo, no lo haré.

Ella consiguió asentir, aunque su corazón se rebelaba. —Entonces vete, antes de que te pida que no lo hagas.

Él retrocedió un paso, con los ojos oscurecidos por la certeza de que ya habían pasado el punto de no retorno. —Mañana —dijo en voz baja—. Vendré mañana.

Ella no lo detuvo. No podía.

Cuando la puerta se cerró tras él, se llevó los dedos a los labios, con la respiración entrecortada. El sabor de él perduraba: humo, invierno y algo peligrosamente cercano a una promesa.

Esto no era una indulgencia pasajera, ni la locura de una viuda solitaria. Era el comienzo del problema que había temido... y la esperanza que había olvidado desear.

CAPÍTULO 8



El alba se filtraba con lentitud a través de la escarcha de los cristales, un pálido baño de luz que hacía que la ciudad pareciera recién acuñada. Gabriel no había dormido, sino más bien escuchado: el suave asentarse de su casa, el tictac implacable del reloj, el eco de una mujer que susurraba su nombre contra su boca.

Se levantó antes de que se atizara el primer carbón en las rejillas de las chimeneas de la planta baja. El espejo le devolvió la imagen del mismo hombre de siempre: pulcro, controlado, con una boca que era una línea recta y que rara vez recordaba cómo suavizarse. Sin embargo, la habitación parecía distinta, como si alguna puerta invisible se hubiera abierto y dejado que el aire invernal entrara en un espacio que se había enrarecido.

Se acercó a la ventana y apoyó una mano en el frío marco. El día anterior se había contentado con ser el conde de Wrentham, con una casa tranquila y un plan bien definido para su soledad. Hoy, aquello parecía el recuerdo de la vida de otro. Podía ver una mañana diferente con tanta claridad como si ya existiera: una mujer con un vestido de lana azul discutiendo amablemente si los *scones* necesitaban más nuez moscada, un niño tarareando un villancico mientras pulía un coche de juguete, una niña pequeña subiéndose a su rodilla y abrochándole solemnemente todos los botones del chaleco.

Podía verlo y —que Dios lo ayudara— lo deseaba.

El amor, decidió, no era una declaración. Era una certeza. Uno no lo decía; lo hacía realidad. Y si pretendía pedirle a una mujer como Meg Winslow que le confiara su futuro, no llegaría con discursos bonitos y las manos vacías. Llegaría con el futuro ya dispuesto.

Hizo sonar la campanilla para llamar a su secretario y lo envió de inmediato con instrucciones de encontrar una casa. Cerca de Hyde Park, dijo. No demasiado grande; alegre, con luz por las mañanas. Un pequeño jardín. Suficientes habitaciones para un salón de música y un cuarto de niños que no retumbara. Se escuchaba a sí mismo, enérgico y seguro, y se sintió —ridículamente— como un hombre que compraba la felicidad a metros. Pero ignoró la inquietud que le producía ese pensamiento. Sabía lo que hacía. Estaba construyendo una vida que pudiera ser vivida.

A las diez salió él mismo. El aire era cortante, y la nieve se estaba convirtiendo en costras duras a los lados del camino. Primero visitó al reverendo Baker; el vicario estaba tan encantado de ver a un par en su umbral que casi olvidó sus zapatillas. Gabriel lo acomodó en su sillón y le explicó, con la misma calma con la que se podría concertar una suscripción, lo que pretendía hacer.

Una donación para el tejado, por supuesto. Discretamente. A nombre de la señora Winslow. El vicario sonrió radiante, protestó y volvió a sonreír. Y el niño —Theo— tenía una voz que no podía dejarse al capricho de la parroquia. Gabriel le entregó una carta que había redactado antes del desayuno para el director del coro de la abadía, y una segunda carta para acompañar a la primera, en la que se prometía una suma suficiente para cubrir las tasas y los imprevistos de la formación del muchacho. El vicario se secó las lágrimas.

—¡Qué generosidad, mi lord! El muchacho tendrá todas las ventajas...

—Discreción, reverendo. —El tono de Gabriel era firme, pero no severo—. La señora Winslow es una mujer orgullosa. Debe creer que la oportunidad surge únicamente por el mérito de su hijo.

—Por supuesto, por supuesto. —El vicario asintió con entusiasmo —. ¿Y el..., ah..., asunto personal?

Gabriel dudó solo un instante. La palabra *matrimonio* parecía demasiado grande para decirla en voz alta sin un testigo de confianza, pero la certeza de ello le oprimía las costillas como algo vivo. —Tengo la intención de formalizarlo todo. Si fuera tan amable de disponer que se publiquen las amonestaciones...

—¡Mañana! —exclamó el reverendo Baker, ya medio incorporado —. ¡Oh, mi lord, qué alegre noticia! La señora Winslow estará...

—Se le informará cuando sea el momento adecuado —lo interrumpió Gabriel, con más brusquedad de la que pretendía—. Las amonestaciones son una formalidad, reverendo. Un requisito legal. Hablaré con ella yo mismo una vez que todo esté arreglado.

El entusiasmo del vicario menguó ligeramente, y la confusión asomó a sus facciones. —¿Pero sin duda, mi lord, se debería consultar a la dama antes de...?

—La señora Winslow ya tiene bastantes preocupaciones como para añadir los preparativos de una boda a su carga. —Gabriel se puso de pie, señalando el fin de la discusión—. Voy a aligerar esa carga, no a aumentarla. Puede publicar las amonestaciones el domingo.

—Sí, mi lord. —La voz del vicario sonaba ahora insegura, pero hizo una reverencia—. Como desee.

Gabriel se marchó satisfecho. Una pieza más en su sitio. Una certeza más asegurada.

Para el mediodía ya había visitado a un agente y estaba recorriendo casas de ciudad. Las dos primeras no eran adecuadas: una apestaba a pintura nueva y la otra estaba húmeda como un sótano. Pero la tercera lo dejó de piedra.

Estaba en una tranquila plaza frente al parque, modesta para sus estándares, pero llena de luz. En el momento en que cruzó el umbral, pudo oler cera de abeja, humo de chimenea y, absurdamente, posibilidades. Había un salón que sería adecuado para un pianoforte, un soleado comedor de desayuno que daba a un pequeño jardín y, en el piso de arriba, tres dormitorios con puertas comunicantes que lo hicieron pensar —sin pretenderlo— en risas por las mañanas, en una mujer sacudiendo la nieve de los rizos de su hija.

—Necesitará un poco de lustre, mi lord —dijo el agente con nerviosismo, siguiéndolo de cerca.

Gabriel sonrió levemente. —Como todos nosotros.

Firmó el contrato de arrendamiento en el acto y luego pasó la siguiente hora redactando cartas para su abogado. Instrucciones para amueblar la residencia. Disposiciones para una cuenta a nombre de Meg. Un pequeño fideicomiso para el futuro de los niños. Cada firma se sentía como una promesa cumplida, un futuro asegurado.

A media tarde estaba de vuelta en Wrentham House, con el escritorio cubierto de papeles y planes. La señora Trent apareció en el umbral, claramente asombrada de ver a su habitualmente meticuloso señor en medio de tan productivo desorden.

—¿Ocurre algo, mi lord?

Él levantó la vista, todavía con una leve sonrisa. —Todo lo contrario. Va a haber algunos cambios.

Ella enarcó las cejas. —¿De verdad?

—Una familia se instalará conmigo. —Las palabras salían ahora con facilidad, naturales como la respiración—. Necesitaré personal adicional para la nueva residencia: niñera, cocinera, ama de llaves. —Hizo una pausa, y su tono se suavizó—. Y si podemos encontrar a alguien que sepa hornear pan de jengibre tan bien como usted, señora Trent, me consideraré afortunado.

El ama de llaves parpadeó sorprendida, y luego hizo una reverencia. —Muy bien, mi lord.

Cuando ella se fue, Gabriel se reclinó en su silla y examinó el caos organizado que tenía ante sí. Cartas redactadas. Acuerdos hechos. La casa asegurada. El futuro de Theo en la abadía. Las amonestaciones publicadas. En una semana, podría presentarle a Meg no solo una proposición, sino una *solución*: una respuesta completa a cada preocupación que la mantenía despierta por la noche.

No tendría que preguntarse si hablaba en serio. No tendría que temer las amenazas de Eleanor ni el juicio de la sociedad. Él le entregaría las llaves de una casa que ya era suya, le mostraría el

fondo fiduciario que aseguraría el futuro de sus hijos, le presentaría la aceptación de Theo en el coro de la abadía.

Sin incertidumbre. Sin riesgo. Solo certezas, cuidadosamente construidas y totalmente aseguradas.

Miró el reloj. Las tres y media. Podría ir a visitarla ahora, cumplir la promesa que le hizo ayer. *Mañana*, había dicho. *Vendré mañana*.

Su mano se movió hacia su abrigo, pero se detuvo.

¿Qué le diría? ¿Que la amaba? Probablemente ya lo sabía después del beso de ayer. ¿Que quería casarse con ella? Haría preguntas, preguntas razonables sobre cómo se las arreglarían, dónde vivirían, qué sería de sus hijos. Y él tendría que responder con *intenciones* en lugar de *certezas*, con *promesas* en lugar de *pruebas*.

No. Era mejor esperar. Un día más —dos como mucho— y podría presentarle todo completo. No una súplica, sino un plan. No una petición, sino un regalo.

Mañana, se dijo a sí mismo. *Mañana, cuando todo esté listo.*

Volvió a su escritorio y acercó otra hoja de papel. Todavía había mucho que arreglar. Personal que contratar. Muebles que encargar. Detalles que perfeccionar. No se presentaría ante ella a medias, no le pediría que diera un salto de fe cuando podía construirle un puente.

Ella merecía certezas. Después de todo lo que había soportado —la viudez, la pobreza, la crueldad de Eleanor—, merecía saber que alguien había pensado en todo, que se había anticipado a cada necesidad, que había asegurado todo futuro posible.

Al final de la tarde, la nieve había comenzado a deslizarse de los aleros en caídas sordas y pesadas. Gabriel se quedó de pie junto a la ventana y miró a las calles, que le parecieron irreconocibles porque él, allí de pie, se sentía irreconocible para sí mismo.

En algún lugar de Londres, Meg probablemente se preguntaba por qué no había ido. El pensamiento lo aguijoneó, incómodo, inoportuno. Pero lo entendería. Una vez que viera lo que él había construido para ella, una vez que comprendiera el alcance de lo que le ofrecía, vería que la espera había valido la pena.

Las promesas son viento, se dijo con firmeza. *Las certezas son cobijo.*

Y no le ofrecería nada menos que una certeza absoluta.

Se apartó de la ventana, llamó a la señora Trent para que preparara la cena y regresó a su escritorio. Había más cartas que escribir, más preparativos que hacer. La casa necesitaba muebles. El abogado requería instrucciones adicionales. Había que entrevistar y contratar al personal.

Un día más. Quizá dos. Entonces iría a verla con todo completado: la casa, los fondos, el futuro. Entonces le pediría que se casara con él, y ella vería que había pensado en todo.

No pensó que un día sin que nadie llamara a la puerta pudiera parecerse mucho al abandono. No se percató de que la hora se cerraba a su alrededor como un puño, ni de lo fácilmente que las buenas intenciones podían calcificarse hasta convertirse en control.

Solo veía una casa con la luz de la mañana y a una mujer abriendo la puerta para dejarlo entrar: agradecida, aliviada, finalmente libre de cada carga que él se había esforzado tanto en levantar.

Mañana, se dijo de nuevo.

Mañana, la haría feliz.

CAPÍTULO 9



El día comenzó con el sonido de la voz de Theo; suave al principio, luego más fuerte, un hilo de melodía que se cosía a través del hueco de la escalera. Meg se despertó sonriendo antes de recordar por qué no se atrevía a sonreír. Se quedó quieta un instante, sintiendo en el pecho el cálido dolor del día anterior, y luego se incorporó demasiado deprisa, regañándose por comportarse como una niña con pájaros en la cabeza.

Se dijo a sí misma que no esperaba nada. Esa mentira le facilitó el vestirse.

Abajo, el salón estaba un poco desordenado de la mejor manera posible: las cintas de la muñeca de Lottie colgaban del brazo de un sillón, el juego de la peonza de Theo estaba en la alfombra de la chimenea, la bandeja del té seguía donde la había dejado la noche anterior porque se había sentido demasiado abrumada por la emoción como para preocuparse por la plata. Fue ordenando sobre la marcha, diciéndose que era la costumbre, y no la expectación, lo que la impulsaba a sacar las tazas buenas. Mandó calentar bollos porque hacía frío y llovía. Pidió las confituras porque los niños siempre tenían hambre.

Cuando Lottie entró con la cara aún marcada por la almohada, Meg la cogió en brazos y le besó una mejilla que olía a sueño.

—Tendremos un día sensato —le dijo a su hija—. Leeremos. Quizá demos un paseo.

—¿Vendrá lord Wrentham? —preguntó Lottie, con el pulgar ya de camino a la boca.

El corazón de Meg dio un pequeño y humillante vuelco.

—Los caballeros de alta alcurnia están muy ocupados después de Navidad —dijo con ligereza—. No lo esperaremos.

Pero, de todos modos, añadió un segundo servicio a la bandeja. Una cosa era no *esperarlo* y otra muy distinta no *prepararse*. No soportaba la idea de que él apareciera y no tener una taza de té a mano. La idea de preocuparse tanto por una taza de té le daba ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

A mediodía, el cielo había adquirido el color del papel sucio. Sacó a los niños a la calle porque el aire fresco no era una emoción y no la traicionaría. Las calles estaban llenas de aguanieve y de hombres con escobas y mujeres con cestas; Lottie insistió en pisar todos los charcos y Theo insistió en narrar la batalla de la nieve del día anterior como si hubiera sido Trafalgar.

—Volverá —dijo él con la fe serena de sus ocho años—. Prometió que vería mi coche.

Meg se ajustó la bufanda bajo la barbilla.

—A los caballeros no los atamos a las promesas que hacen al calor del fuego —dijo. Sonó más mordaz de lo que pretendía. Por un momento, deseó poder coger esas palabras y pulirlas hasta convertirlas en algo más amable, pero la honestidad siempre había sido su vicio particular.

Regresaron cuando Lottie ya tenía las mejillas agrietadas por el frío y Theo la nariz roja. En la puerta, Meg miró —con indiferencia deliberada— a un lado y otro de la calle, como si admirara el tiempo. Ningún carruaje. La idea abrió una pequeña y traicionera brecha en su determinación.

Después de cenar, leyó el libro que sus tíos le habían regalado a Lottie y, cuando la cabeza de la niña empezó a pesarle sobre el hombro, Meg dejó el libro a un lado y contó el cuento como lo había contado Gabriel: el dragón del cráneo vibrante, el cochero del cuerno mágico, la princesa con un vestido de muñeca. Podía oír su voz mientras hablaba —serena y divertida, demasiado ingeniosa

para unos niños y, sin embargo, perfecta para ellos— y escucharla en su cabeza le hizo un nudo en la garganta.

—¿Volverá, mamá? —preguntó Theo, ya medio dormido.

—Por supuesto —dijo ella, apartándole el pelo de la frente—. Los hombres que aman la música siempre vuelven a ella.

La mentira era tan hermosa que casi se la creyó.

La noche llegó pronto; la leña menuda que la criada había dejado preparada se negaba a prender. Meg se arrodilló y logró avivar una llama porque había decidido, sin admitirlo, que no permitiría que la habitación estuviera fría si él venía. Era absurdo, todo aquel asunto del calor, las tazas y las miradas por la ventana, y se lo repitió diez veces; a la undécima, no se dijo nada en absoluto.

Cuando los niños se hubieron acostado y la casa se sumió en sus pequeños y familiares sonidos, llevó la bandeja del té a la cocina porque no soportaba verla puesta para alguien que no había venido. Se sorprendió a sí misma limpiando una mancha en la plata que no había existido hasta que ella la inventó.

Una vecina llamó a la puerta para traerle una lata de galletas y, en el umbral, con esa amabilidad inconsciente de las personas que no saben que empuñan cuchillos, dijo:

—Estoy segura de haber visto el carruaje de lord Wrentham en Brook Street esta mañana. Por fin habrá vuelto a sus grandes fiestas, ¿eh?

Meg sonrió tan bien que casi se admiró a sí misma.

—Supongo que sí —dijo—. Feliz Navidad.

Cuando la puerta se cerró, se acercó a la ventana y se quedó de pie, inmóvil. Al otro lado de la calle, un candil parpadeó por una corriente de aire y luego se estabilizó. La nieve —más fina ahora, medio lluvia— brillaba a la luz del gas como motas de polvo en un rayo de sol. Se llevó los nudillos a los labios y aspiró una vez, y luego otra, hasta que ya no sintió el impulso de hacer algo tan necio como llorar.

Había sido un día precioso. Esa era la verdad. Él se lo había regalado a ella y a sus hijos. Y ahora ella lo pagaría con el dolor que sigue a la belleza, que era el precio que la vida siempre cobraba.

Arriba, una tabla crujió en el cuarto de los niños; oyó el pequeño golpe de Lottie al darse la vuelta. Abajo, en el silencio, Meg echó otro leño al fuego y observó cómo prendía la llama. La habitación olía ligeramente a pino y a pan caliente. Las tazas de té buenas esperaban donde las había guardado.

Había creído que se le había olvidado cómo tener esperanza. Se quedó allí de pie hasta que el reloj dio la hora y aprendió, para su desdicha, que lo había recordado. Y tener esperanza era algo muy peligroso.

CAPÍTULO 10



Los muebles llegaron a la mañana del segundo día: grandes carros que retumbaban al acercarse a la casa de Hanover Square, con hombres gritando instrucciones mientras maniobraban un pianoforte de palisandro a través de la puerta. Gabriel se quedó en el salón vacío y observó cómo tomaba forma a su alrededor: sillas tapizadas de un azul suave, un sofá lo bastante profundo para que los niños se acurrucaran en él, cortinas que dejarían pasar la luz sin sacrificar la calidez.

Pasó la mano por la superficie pulida del pianoforte y escuchó, sin quererlo, el eco de la clara voz de Theo llenando su sala de música. Al niño le encantaría este instrumento. Y Meg… Se la imaginó allí, sentada ante el teclado, con el rostro suavizado por la concentración mientras sus dedos encontraban la melodía que una vez había tocado antes de que la pobreza le arrebatara incluso esa pequeña alegría.

—¿Mi lord? —El agente rondaba junto a él, con el catálogo aún en la mano—. Las piezas para el cuarto de los niños llegarán esta tarde. ¿Hago que las coloquen de acuerdo con sus especificaciones?

—Sí. Tal y como indiqué. —Gabriel se apartó del pianoforte—. ¿Y el cuadro que pedí para el comedor de diario?

—Deberían entregarlo para finales de semana, mi lord.

Bien. El cuadro mostraba una escena bucólica —colinas onduladas, un arroyo serpenteante—, el tipo de paisaje apacible que una mujer podría contemplar durante el té matutino y sentir, por un

momento, que el mundo era amable. Había pasado una hora seleccionándolo, imaginándola allí.

—Su señoría es muy meticuloso —se aventuró a decir el agente, claramente curioso por aquella súbita transformación doméstica.

—Su señoría pretende que todo sea perfecto —replicó Gabriel, y lo despidió.

Perfecto. La palabra lo persiguió por habitaciones vacías, entre mediciones y muestras de tela y la cuidadosa colocación de cada silla. Así era el amor cuando se traducía en acción: no poesía, sino provisión. No romanticismo, sino una certeza hecha tangible.

Debía ir a verla. El pensamiento le surgió una docena de veces aquel día, y cada vez se topaba con la misma evasiva: *«Todavía no. No hasta que esté terminado»*.

Al anochecer, la señora Trent lo encontró en el comedor de diario, mirando las paredes desnudas y colocando mentalmente obras de arte que aún no habían llegado.

—Mi lord —empezó ella con tono cauteloso—, perdone mi atrevimiento, pero ¿ha pensado en cuándo va a informar a la señora Winslow de estos… arreglos?

—Cuando todo esté terminado.

—¿Y cuándo podría ser eso?

Gabriel se volvió para mirarla. La expresión de su ama de llaves mostraba esa particular mezcla de preocupación y exasperación que reservaba para los momentos en que creía que estaba haciendo una tontería. —Pronto. Otro día o dos como mucho.

—Ya han pasado dos días, mi lord. Desde Navidad.

—Soy consciente.

—¿Lo es? —Se cruzó de brazos, una libertad que se había ganado tras veinte años de servicio—. Porque la señora Winslow no lo es.

Las palabras dieron en el clavo con una precisión incómoda. —Sabe que tengo obligaciones. Asuntos que atender.

—Lo que sabe es que la besó el día de Navidad y luego se desvaneció. —La voz de la señora Trent era suave pero inflexible—. Sean cuales sean sus intenciones, mi lord, no puede leerle el

pensamiento. Y las mujeres en su situación… tienen motivos para temer lo que significa el silencio.

A Gabriel se le tensó la mandíbula. —No la estoy abandonando. Le estoy construyendo un hogar.

—¿Sin preguntarle si lo quiere?

—Por supuesto que lo quiere. Vive de la caridad de su cuñado en tres habitaciones que no son suyas. Lleva encajes raídos y se preocupa por el carbón. ¿Por qué no iba a querer…? —Se detuvo, al oír el filo en su propia voz.

La señora Trent esperó, con una paciencia infinita.

—Esto es un regalo —dijo él finalmente, en voz más baja—. Todo lo que estoy haciendo es por ella. Por ellos.

—Entonces quizá debería decírselo. Antes de que se ponga en lo peor. —La señora Trent hizo una reverencia y se retiró, dejándolo a solas con sus planes perfectos y la incómoda sospecha de que podría tener razón.

Pero apartó la duda a un lado. Un día más. Mañana colocarían los muebles de la habitación de los niños y las entrevistas con el personal estarían terminadas. Lo presentaría todo de una vez: completo e íntegro, sin dejarle lugar para preocuparse o dudar.

Ella lo entendería. Tenía que hacerlo.

La tercera mañana, Simon Bancroft se presentó en su puerta, sin ser invitado e irritantemente perspicaz.

—Santo Dios —dijo Simon, examinando el caos del estudio de Gabriel: correspondencia esparcida por todas las superficies, listas con tres caligrafías distintas, un desayuno a medio comer que se había quedado frío sobre la mesita—. ¿Has dormido?

—He estado ocupado.

—Claramente. —Simon apartó una pila de muestras de tapicería de una silla y se sentó—. Corre el rumor de que has alquilado una casa en Hanover Square y encargado muebles suficientes para amueblar un pequeño palacio. ¿Te importa explicarlo?

Gabriel no levantó la vista de la carta que estaba redactando para la agencia de personal infantil. —Es un asunto privado.

—Los asuntos privados no suelen requerir tres entregas de muebles en otros tantos días. —Simon se recostó, estudiándolo con

esa exasperante desenvoltura aristocrática—. Esto es por la viuda, ¿verdad? La señora Winslow.

—Se llama Margaret.

—Ah. Así que es serio. —La expresión de Simon se suavizó ligeramente—. ¿Has hablado con ella? ¿De todo esto?

—Lo haré. Cuando todo esté listo.

—Cuando todo esté… Gabriel, ¿has perdido el juicio? —Simon se inclinó hacia delante, y su actitud despreocupada se desvaneció—. No puedes, sin más, organizar toda la vida de una mujer sin consultarla. Eso no es generosidad, es…

—Es certeza. —Gabriel dejó la pluma con una fuerza controlada —. Se ha pasado cuatro años viviendo de sobras y caridad, sin saber nunca si el mañana le traería seguridad o miseria. Yo le estoy dando ambas cosas. Un hogar propio, fondos a su nombre, el futuro de su hijo asegurado. ¿Cómo puede ser eso otra cosa que no sea amabilidad?

—Es control disfrazado de devoción. —La voz de Simon era queda pero firme—. Y si tiene algo de carácter —lo cual sospecho que tiene, o no estarías tan loco por ella—, le molestará que la traten como un problema que resolver en lugar de una mujer a la que cortejar.

—No lo entiendes.

—¿Ah, no? —Simon se levantó y se acercó a la ventana—. Te he visto administrar fincas, inversiones, cada detalle de tu vida con la misma precisión meticulosa. Te ha ido bien en los negocios. Pero Margaret Winslow no es una transacción comercial. Es una mujer que ya se ha visto indefensa una vez. ¿De verdad crees que te agradecerá que le arrebates de nuevo su capacidad de elección?

Gabriel se quedó mirando sus listas, sus planes cuidadosamente detallados. —Le estoy dando opciones. Más opciones de las que ha tenido en años.

—No. Le estás dando conclusiones. —Simon se volvió para mirarlo—. La elección habría sido preguntarle qué quería antes de que lo organizaras. Esto eres tú decidiendo qué es lo mejor y esperando gratitud.

—¿Crees que debería parar? ¿Deshacerlo todo?

—Creo que deberías hablar con ella. Hoy. Antes de que gastes un chelín más o firmes otro documento. —La expresión de Simon se tornó compasiva—. Sé que tienes buenas intenciones. Pero las buenas intenciones sin comunicación no son más que otra forma de abandono. Y ya la han abandonado bastante, ¿no es así?

Después de que Simon se fuera, Gabriel se sentó a solas en su estudio. La luz de la mañana había cambiado, proyectando su larga sombra a través del suelo. Contempló sus listas, sus planes, la prueba tangible de su devoción convertida en muebles, fondos y futuros asegurados.

¿Tenía razón Simon? ¿Era control disfrazado de afecto?

No. No podía ser. Todo lo que había hecho había sido por ella, por ellos. Le estaba dando seguridad, eliminando todos los obstáculos que se interponían entre ellos y la felicidad. ¿Cómo podía estar mal?

Pero las palabras de la señora Trent resonaban junto a las de Simon: *«No puede leerle el pensamiento. Las mujeres en su situación tienen motivos para temer lo que significa el silencio»*.

Sacó una hoja de papel nueva con la intención de escribirle. Para explicar, para romper el silencio. Su pluma se detuvo sobre la página en blanco.

¿Qué podía decir? *«¿He estado organizando tu vida sin preguntar porque te quiero?»*. Sonaba aún peor puesto por escrito.

Dejó la pluma. No. Mejor esperar un día más. Mañana llegaría la carta de la Abadía; estaba seguro. Mañana podría presentarlo todo de una vez: la casa, los fondos, el futuro de Theo, la prueba de que su silencio había obedecido a un propósito, no a la negligencia.

Mañana ella lo entendería.

Arrugó la hoja en blanco y volvió a sus listas.

La carta llegó el jueves por la mañana, entregada con el correo ordinario como si fuera correspondencia normal en lugar de la pieza final de su futuro cuidadosamente construido.

Gabriel rompió el sello con manos temblorosas —ridículo, ponerse nervioso por una carta— y leyó:

Mi lord Wrentham,

Su recomendación del joven Theodore Winslow ha sido recibida con gran interés. Tuve el placer de escuchar al niño cantar en su concierto de Navidad, y debo coincidir con su valoración de su extraordinario talento. Nos complace ofrecerle una plaza en nuestro programa de coro, que comenzará con el trimestre de primavera. Su formación incluirá teoría musical, composición e interpretación, con la oportunidad de cantar para algunos de los mejores públicos de Inglaterra…

El grito de triunfo de Gabriel resonó por todo el vestíbulo. La señora Trent apareció en la puerta, con la mano en el pecho.

—¡Mi lord! ¿Ocurre algo?

—¡Todo es perfecto! —Cruzó el estudio en tres zancadas, agitando la carta—. ¡La Abadía… han aceptado a Theo! ¡Tendrá la mejor educación musical de Inglaterra!

—Qué maravilla. —La sonrisa de la señora Trent era genuina, pero cautelosa—. Estoy segura de que su madre estará encantada.

Su madre. Meg. Quien aún no lo sabía.

La euforia de Gabriel disminuyó ligeramente. —Se lo diré hoy. Esta tarde. Iré a verla con… —Hizo un gesto hacia su estudio, hacia la evidencia acumulada del trabajo de cuatro días—. Con todo. La casa está amueblada, el personal contratado, el futuro de Theo asegurado. Todo lo que me prometí tener listo antes de pedírselo.

—¿Pedirle el qué, mi lord?

—Que se case conmigo. —Las palabras salieron con facilidad ahora, ya no eran demasiado grandes para pronunciarlas en voz alta —. Que me permita darle a ella y a sus hijos la vida que se merecen.

La señora Trent guardó silencio un largo momento. —¿Y si dice que no?

La pregunta lo pilló por sorpresa. —¿Por qué iba a decir que no? Le estoy ofreciendo todo: seguridad, oportunidades, un hogar propio. ¿Por qué una persona racional rechazaría eso?

—Quizá porque no le han preguntado si lo quería. —La voz de la señora Trent era amable—. Quizá porque cuatro días de silencio después de un beso pueden parecer menos devoción y más arrepentimiento.

—Eso no es… No he… —Gabriel se detuvo. Respiró hondo—. Lo entenderá cuando se lo explique.

—Eso espero, mi lord. —Pero la expresión de la señora Trent sugería que tenía sus dudas.

Después de que ella se marchara, Gabriel permaneció en su estudio, rodeado de las pruebas de su planificación. Cartas confirmando el personal. Contratos de arrendamiento. La aceptación de la Abadía. Las llaves de una casa llena de muebles elegidos para una familia que aún no era la suya.

Debería sentirse triunfante. Debería sentirse preparado.

En cambio, sintió el primer frío susurro de duda.

Pero lo apartó. Había llegado demasiado lejos para dudar ahora. Todo estaba listo. Todo era perfecto.

Iría a verla esa tarde. Le enseñaría la casa, le presentaría la carta de Theo, le explicaría lo de las amonestaciones. Ella vería lo que él había construido para ella —ese futuro que había levantado con tanto esmero— y comprendería que su silencio había obedecido a un propósito, no al abandono.

Le perdonaría la espera.

Diría que sí.

Tenía que hacerlo.

Porque si Simon y la señora Trent tenían razón —si había confundido control con devoción, si su certeza lo había cegado ante lo que ella realmente necesitaba—, entonces se había pasado cuatro días construyendo una prisión disfrazada de palacio.

Y le estaría entregando las llaves esperando gratitud.

Gabriel sacudió la cabeza, desestimando el pensamiento. No. Conocía a Meg. Conocía sus circunstancias, sus preocupaciones, sus miedos. Los había resuelto todos. Le había dado todo lo que necesitaba para ser libre.

Eso era el amor, ¿no?

Reunió la carta de la Abadía, las llaves de la casa de Hanover Square, su discurso cuidadosamente preparado. Miró la hora: las dos y media. Perfecto. Llegaría a las tres, pasaría la tarde enseñándole todo, explicándoselo todo.

Al anochecer, estarían comprometidos.

Para el domingo, cuando las amonestaciones se leyeran por primera vez, ella estaría a su lado, orgullosa y segura y, por fin, finalmente libre de cada carga que la había oprimido.

Llamó a su carruaje, con el corazón ligero de expectación. No sabía que, al otro lado de Londres, Meg acababa de romper el sello de una carta del reverendo Baker. No sabía que el bienintencionado anuncio del vicario sobre sus amonestaciones caería como una bomba. No sabía que la mujer a la que se apresuraba a sorprender con sus planes perfectos acababa de enterarse de que él había organizado su matrimonio sin pedírselo primero. Solo sabía que todo estaba listo. Y que no podía esperar ni un momento más para ver su rostro cuando le diera todo lo que siempre había necesitado. El carruaje rodó por las calles invernales de Londres, y Gabriel Sterling sonrió. Todo estaba listo. Todo era perfecto. Por fin, podía darle el futuro que se merecía.

CAPÍTULO 11



Para el jueves, ya había dejado de poner la segunda taza.

El salón parecía más pequeño sin esperanza que lo llenara. Meg se movió durante la mañana con la eficiencia de alguien que ya había sobrevivido a otras desilusiones y conocía los gestos necesarios para superarlas. El desayuno. Las lecciones de los niños. La casa de muñecas de Lottie, a la que se le había caído una contraventana y necesitaba un arreglo. Las sumas de Theo, que resolvía con una concentración admirable mientras tarareaba por lo bajo; siempre tarareando, siempre aquel hilo de melodía que en otro tiempo le habría hecho pensar en Gabriel, pero que ahora solo le recordaba lo tonta que había sido.

No miró por la ventana. No se detuvo cuando pasaban los carruajes. No inventó excusas para ordenar el salón o arreglarse el pelo en el espejo sobre la repisa de la chimenea.

Cuatro días. Cuatro días desde que la besó junto a este mismo fuego, desde que se arrodilló en esta misma alfombra con sus hijos, desde que la miró como si fuera la respuesta a una pregunta que no sabía que se estaba haciendo.

Cuatro días de silencio.

Ahora lo entendía. Eleanor había tenido razón todo el tiempo; no sobre el carácter de Gabriel, tal vez, pero sí sobre el abismo que separaba sus mundos. Un conde no cortejaba a una viuda sin blanca. Se permitía un momento de sentimentalismo en Navidad y luego volvía a la vida que le correspondía.

El beso había sido precioso. El día había sido perfecto. Y ahora se había acabado, y lo superaría como había superado todo lo demás.

—¿Mamá? —Lottie apareció a su lado, con una muñeca colgando de una mano—. ¿Por qué has movido el soldado?

Meg echó un vistazo a la repisa de la chimenea. El día anterior, en algún momento, había girado el juguete de madera para que mirara hacia dentro, incapaz de soportar su mirada pintada fija en la ventana, esperando algo que nunca llegaría.

—Se estaba quedando frío —dijo—. Mirando hacia el fuego está más calentito.

Lottie lo aceptó con la lógica sublime de sus cuatro años y se fue a explicarle el nuevo orden a su muñeca. Theo levantó la vista de la pizarra, con una mirada demasiado perspicaz.

—No va a volver, ¿verdad?

La pregunta fue sosegada, práctica. Sin acusación, solo la de un niño que aprendía una lección más sobre cómo funcionaba el mundo.

Meg dejó la costura. —No lo creo, cariño.

—¿Hicimos algo malo?

—No. —Lo atrajo hacia sí y le dio un beso en el pelo—. Lo hicisteis todo bien. A veces..., a veces la gente tiene buenas intenciones, pero sus vidas los llevan por caminos distintos. Lord Wrentham tiene responsabilidades. Una casa que atender. Fue amable al visitarnos, pero no podemos esperar más.

—Pero dijo...

—Lo sé. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Pero a veces lo que la gente dice y lo que puede hacer son cosas diferentes. No significa que mintiera, solo que las circunstancias han cambiado.

Theo asintió despacio, procesándolo con la misma concentración seria que ponía en todo. —Como cuando papá dijo que me llevaría a pescar.

La comparación la golpeó como un puñetazo. Robert había hecho tantas promesas en aquellos últimos meses... pequeñas esperanzas ofrecidas desde su lecho de enfermo, intenciones que nunca tuvo las fuerzas para cumplir. Meg había visto a su hijo aprender, gradual y dolorosamente, que el amor no siempre se traducía en presencia.

No permitiría que Gabriel se convirtiera en otra lección sobre el abandono.

—Sí —dijo en voz baja—. Como eso. Papá quería llevarte a pescar. Lord Wrentham quería volver a visitarnos. Pero querer y hacer no siempre son la misma cosa.

—Entiendo. —Pero el decaimiento de sus hombros decía que lo entendía demasiado bien.

Después de comer, envió a los niños a jugar arriba y se sentó sola en el salón, con la vista fija en el hogar donde había sido tan tonta de dejar que la besara. El fuego se había consumido hasta las brasas. Debería añadir carbón, debería avivarlo, pero el frío le parecía apropiado de algún modo. Acorde.

Llevaba cuatro años viuda. Sabía cómo estar sola. Sabía cómo llenar los días con pequeñas tareas y esperanzas aún más pequeñas, cómo construirse una vida en los márgenes de la caridad de otros. Lo había estado haciendo con éxito hasta que Gabriel Sterling se detuvo en Bond Street para escuchar cantar a Theo.

Y ahora volvería a ello. A la vida tranquila. A la cuidadosa invisibilidad. Al trabajo interminable de estar agradecida por las migajas.

Al menos Eleanor estaría satisfecha.

La idea conllevaba una amarga satisfacción. Su cuñada había tenido razón en todo: la indecencia, el escándalo, la inevitable decepción. Meg había ignorado sus advertencias, se había permitido creer en algo imposible, y ahora lo pagaría con cuatro días de espera y el vacío doloroso de la esperanza abandonada.

Se apretó las sienes con los dedos, luchando contra el dolor de cabeza que se había ido gestando desde la mañana. Esa noche dormiría. Mañana se despertaría y empezaría la tarea de olvidar. Se le daba bien. Tenía práctica.

El reloj dio las tres. Luego las cuatro. La luz invernal comenzó su temprano declive hacia el atardecer, tornando la habitación gris e imprecisa.

Meg se levantó y encendió las lámparas, más por costumbre que por necesidad. Corrió las cortinas. Fue a ver a los niños, que estaban enfrascados en un juego elaborado en el que participaban el soldado

de madera, la muñeca de Lottie y un reino hecho de cojines. Sus risas bajaban por las escaleras, alegres e indiferentes, y se sintió agradecida de que ya hubieran empezado a olvidar.

Volvió al salón y se quedó un momento de pie, observando la habitación que cuatro días atrás había parecido transformada por su presencia. Ahora volvía a ser solo una habitación. Muebles gastados. Cortinas descoloridas. El espacio prestado de una vida prestada.

Debería sentirse aliviada. Debería estar agradecida de que la fantasía hubiera terminado antes de que pudiera causar un daño real, antes de que los cotilleos pudieran extenderse, antes de que sus hijos pudieran encariñarse más con un hombre que nunca sería suyo.

En lugar de eso, solo sentía el vacío donde había estado la esperanza y el dolor sordo de aprender, una vez más, que no era la clase de mujer por la que los hombres luchaban por conservar.

Justo entonces, el correo cayó por la ranura con el pequeño ruido específico del papel doblado y el cordel trenzado.

Meg se sobresaltó y luego se detuvo. La costumbre la hizo esperar —una respiración, dos— como si las noticias pudieran convertirse en algo más amable si no se apresuraba. Fue al recibidor, recogió las cartas del felpudo y les dio la vuelta en las manos.

La primera estaba dirigida con la caligrafía pulcra y cuidadosa del vicario. *Sra. Winslow* con una tinta que tendía a emborronarse. Rompió el sello con el pulgar.

Mi querida señora Winslow:

Le escribo con las más felices noticias. Le complacerá, estoy seguro, saber que las amonestaciones matrimoniales entre usted y el conde de Wrentham se publicarán el próximo domingo, y dos veces más a partir de entonces, de acuerdo con la ley. Me regocijo de ser un instrumento de la Providencia al unir a dos personas tan dignas, y quedo...

Las palabras se atropellaban y tropezaban, una cascada alegre, el tipo de efusión pastoral que había soportado cientos de veces. Tuvo que leerlas dos veces antes de que cobraran sentido, y una tercera antes de que el sentido se convirtiera en ardor.

Levantó la vista, como si el techo pudiera ofrecerle testimonio, y luego volvió a leer la línea sobre el *regocijo* porque las manos le habían empezado a temblar y leer las serenaba. La carta se deslizó, suave como la tela, sobre la mesa del recibidor. Apoyó las palmas a ambos lados de ella y sintió la firmeza de la madera.

Su primer pensamiento —absurdo— fue que había sido una necia con lo de las tazas de té. El segundo, que había sido aún más necia con lo del hombre.

Permaneció muy quieta durante un largo momento. La casa contuvo el aliento con ella. En algún lugar de arriba, la tabla del suelo del cuarto de los niños crujió como siempre lo hacía cuando Lottie se ponía boca arriba. El reloj del salón anunció el cuarto de hora con la voz de un tirano educado. Meg volvió a coger la carta y leyó hasta el final, porque no era una cobarde y porque los hechos, por muy desdichados que fueran, eran más fáciles de soportar cuando se veían con claridad.

El vicario se «regocijaba». La ciudad cotillearía. Unos desconocidos decidirían qué había pasado en sus habitaciones, con sus hijos y en su vida. Y el hombre que había estado junto a su fuego y la había besado como si supiera lo que costaba la contención había ido al día siguiente a decidir por ella, sin preguntar.

Algo muy antiguo en ella —algo que había confundido con dulzura— se sentó y cruzó las manos. Otra cosa —algo a lo que no había permitido erguirse en años— se levantó en su lugar, alta y furiosa y muy quieta.

Llevó la carta al salón y la colocó sobre la repisa de la chimenea junto al soldado, donde pudiera verla cada vez que levantara la vista. El fuego ardía claro y bajo, una llama constante. Se sentó, cruzó las manos en el regazo y esperó la llamada que sabía que ahora llegaría. No importaba si llegaba con flores, papeles o explicaciones. Había aprendido, en una vida que le había ofrecido demasiadas lecciones, que había momentos en que una debía

enseñar a la gente cómo tratarla. Era una labor agotadora. Era una labor necesaria.

Cuando la campanilla sonó por fin —a última hora de la tarde o a primera de la noche; la luz se había vuelto sombría y no se podía distinguir—, no se sobresaltó. Se levantó con cuidado, se alisó las faldas y caminó hacia la puerta con la elegancia que el mundo confundía con mansedumbre.

No era mansa. Abrió la puerta a un hombre que una vez había pensado que era la persona más sola de Londres. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Meg —dijo él, todo calidez, todo promesa—. Tengo algo que enseñarte.

—Y yo a ti —replicó ella, y su voz era hermosa y fría como la plata de su bandeja.

CAPÍTULO 12



Gabriel dejó la cartera sobre la mesita y se quitó los guantes, consciente en algún rincón remoto de su mente de lo juvenil que debía de parecer, húmedo por la nieve, radiante de satisfacción. Desplegó los papeles como quien dispone regalos para un niño, con cuidado de no mancharlos.

—Hay una casa —empezó, y luego, porque la frase le pareció insuficiente para lo que había hecho—: No, una casa no. Un hogar. En Hanover Square: luz en cada habitación, un pequeño jardín, lo bastante tranquila como para oír a los pájaros por la mañana. He pensado en Theo en el asiento junto a la ventana; desde ahí puede ver el parque. Y Lottie creará reinos en ese trozo de césped. Hay un salón para la música. El pianoforte se puede usar; cantará en cuanto lo vea un afinador.

Ella no se acercó. Tenía las manos cruzadas con delicadeza; los nudillos palidecían y recuperaban el color con cada lenta respiración.

—Le he escrito al director del coro de la abadía —prosiguió, animado por el sonido de los planes en voz alta—. Hay un puesto para Theo en cuanto quieras. Puede empezar con un tutor de inmediato; discreto, formal, sin tonterías. Y tu nombre —dijo, dando un golpecito al contrato de arrendamiento— ya figura en el acuerdo. La casa estará aireada y lista en una semana. Le he hablado a la señora Trent del pan de jengibre. —No pudo evitarlo; se echó a reír —. Ha dicho que buscará a una mujer que cocine como los ángeles.

—Pan de jengibre —dijo Meg, como si saboreara la palabra.

—Y —dijo en voz más baja, girando el último papel para que el sello captara la luz—, he hablado con el reverendo Baker.

—Ah. —No miró el papel. Su vista se había posado en algún punto justo por encima de su hombro—. El vicario.

—Sí. —Sintió de nuevo aquella extraña ligereza, el alivio de algo decidido para siempre—. Le he pedido que publique las amonestaciones el domingo.

El silencio se abrió como una puerta a una escalera a oscuras. El carbón se removió en la rejilla con un suave siseo. En algún lugar, una tabla del suelo cedió al peso de la casa al asentarse. Tuvo tiempo de pensar, absurdamente, que así de silencioso había sonado Wrentham Park al amanecer cuando era niño, justo antes de que los perros se despertaran y lo rompieran todo.

—Sin preguntármelo —dijo ella.

—Pero seguro que sabías que mi intención era...

—Tu intención. No me lo has pedido.

—Yo... —buscó algo con sentido y solo encontró su intención—. Quería ahorrarte las molestias. Ahorrarnos a ambos la indignidad de... de las habladurías. Para asegurar las cosas.

La atención de ella se desvió hacia la repisa de la chimenea; no al fuego, sino al borde, donde una única carta reposaba junto a un pequeño soldado pintado. No la cogió. No lo necesitaba.

—Te has ocupado —dijo con voz neutra—. De la educación de mi hijo. De una casa. De una boda. Todo en dos días. —Sus ojos volvieron a los de él—. No has llamado a mi puerta ni una sola vez.

—Quería... —Sintió que el calor le subía a la cara, ridículo, humillante—. Quería venir con pruebas. No con promesas.

—Has venido con papeles —dijo ella—. Y lo has llamado amor.

La frase le dio de lleno, limpia como una cuchillada entre las costillas. Por puro reflejo, intentó cogerle las manos. Ella retrocedió en el mismo instante; un movimiento pequeño, no más del ancho de su propia palma, pero que a él lo desestabilizó. Se detuvo, con los dedos cerrándose sobre la nada.

—Meg —intentó de nuevo—, no deseo darte órdenes. Solo..., que Dios me ayude, solo quería que estuvieras a salvo.

—He aprendido a estar a salvo —dijo ella—. Es algo más pequeño que la felicidad, pero es mío. Es mío porque yo decido, y no me despierto para encontrarme con que alguien ha dispuesto las cosas por mí.

Dispuesto. La palabra aterrizó con el peso de la costumbre y los años. De repente vio, demasiado tarde, lo que ella miraba de verdad al ver los papeles: no un gesto de generosidad, sino una mano cerrándose en torno a la muñeca de su vida para dirigirla a otra parte.

—Escucha —dijo, desesperado por desenredar lo que había hecho, desesperado por hacerle ver el cuadro tal como él lo veía—. Yo... —Tragó saliva—. Nunca me ha importado nada lo suficiente como para cometer errores. Esa es mi verdad. Esto —señaló la mesa, impotente— es torpe, pero es la única manera que conozco de construir algo que dure. No soporto la idea de que cuentes monedas para comprar carbón o le digas que no a Theo porque un tutor cuesta lo que no tienes. No soporto la idea de que tú..., de que pienses que el amor es lo mismo que el miedo. Quería acabar con el miedo.

—Y, en su lugar —dijo ella en voz baja—, encerrarme en tu certeza. —Sonrió entonces, aunque no era una sonrisa en absoluto, sino más bien el recuerdo de una—. Tienes buenas intenciones, Gabriel. Y con ellas construyes una prisión magnífica.

Él oyó el nombre como si ella lo hubiera tocado. No se había dado cuenta hasta ese momento de que se lo había negado a propósito en los últimos días; la intimidad de su nombre era una moneda que ella elegía cuándo gastar. Quiso aferrarse a eso y decir: «Aprenderé, entonces; enséñame; destruiré cada barrote de cualquier prisión que encuentres», pero las palabras sonaban a más disposiciones.

—Dime qué hacer —dijo en su lugar, y supo al decirlo que nunca se lo había pedido a nadie de todo corazón.

—Vete —dijo ella.

Se quedó mirándola como si hubiera hablado en un idioma que una vez conoció y luego olvidó. —Ahora estás enfadada. Cuando veas la casa...

—No termines esa frase. —El acero en su voz era sosegado y absoluto—. No intentes venderme un sueño que no me pregunta si deseo estar dormida.

Sintió que algo en él cedía, el leve desgarro de una tela que ha estado demasiado tiempo en tensión. Bajó la vista hacia el montón de documentos esparcidos, la prueba de sus buenas intenciones. Yacían allí como un mapa robado a la persona que tenía que recorrerlo.

—Creía —dijo, incapaz de ocultar la desdicha de su voz— que estaba haciendo lo correcto.

—También mi marido —dijo ella, y era la primera vez que ponía esa palabra entre ellos como algo sobre una mesa, no para ser compadecido sino examinado—. Él disfrazaba sus decisiones de cariño y lo llamaba amor. Tardé años en entender por qué no podía respirar.

—Yo no soy ese hombre.

—Entonces no seas como él —dijo ella—. Pregúntame. Espera mi respuesta. Confía en que la tengo.

Si ella hubiera gritado, él podría haberle respondido a gritos. Si hubiera golpeado, él podría haberlo soportado y suplicado. La compostura, Dios, la compostura, lo deshizo. Comprendió entonces que así era el poder cuando no era suyo: una mujer de pie ante él, cansada y sin miedo, negándose a dejar que él la hiciera más pequeña para sentirse grande.

Deseó caer donde estaba y aferrarse al bajo de su vestido y prometer cualquier cosa. Un instinto más antiguo que el orgullo le hizo enderezarse. Recogió los papeles mecánicamente, alineando bordes que ya no parecían pertenecer a ningún futuro que deseara. La carta del vicario se deslizó una fracción bajo su mano. La dejó donde estaba.

—Nunca quise hacerte daño —dijo.

—Pero lo has hecho —respondió ella, sin ningún atisbo de triunfo —. Y si digo que sí ahora, el daño aprenderá el camino a nuestra puerta.

Él asintió una vez, porque algo más lo habría quebrado. —Buenas noches, señora Winslow.

Ella se estremeció, por primera vez, y él se odió a sí mismo por usar la distancia de su apellido para ocultar el dolor que sentía en el suyo. Lo intentó de nuevo, en voz baja: —Buenas noches, Meg.

—Buenas noches, milord —dijo ella, y lo hizo sonar como una bendición y una despedida a la vez.

Hizo una reverencia; absurda, formal, agradecido por el ritual porque el ritual era algo a lo que aferrarse. En el vestíbulo, el mayordomo se materializó sin que se le viera aparecer; el abrigo de Gabriel estaba en sus manos antes de que Gabriel se diera cuenta de que había llegado al umbral. La puerta se abrió a una bocanada de aire frío y a un mundo que tenía exactamente el mismo aspecto que cuando entró, lo que le pareció una crueldad particular.

Salió. La nieve volvió a sonar como arena que sisea sobre la piedra. Detrás de él, la puerta se cerró con una suave firmeza que lo golpeó en algún lugar bajo el esternón. Se quedó un instante en el escalón, con la cabeza echada hacia atrás, hacia el cielo incoloro, dejando que los copos se acumularan en sus pestañas hasta que se derritieron y corrieron fríos por sus sienes.

Cuando empezó a caminar, no fue en dirección a Hanover Square. La cartera colgaba pesada a su costado, un peso sin propósito. Las farolas de la calle formaban pequeñas islas doradas en el gris. Pasó entre ellas como un hombre que cruza un río en invierno: cuidando sus pasos, entumecido, sin querer mirar hacia abajo.

Le había ofrecido todo.

Se le había olvidado ofrecerle la libertad de desearlo.

El pensamiento se organizó con una terrible simplicidad. Ya no podía desaprenderlo. Cada paso hacía la frase más cierta.

En Brook Street se detuvo porque no sabía qué hacer con las manos y porque detenerse le pareció una penitencia. Un vendedor ambulante, que llegaba tarde a cenar, pasó traqueteando con una carretilla; una mujer pasó deprisa con el pañuelo subido, los ojos en el suelo. La vida ordinaria continuaba con la indiferencia de una marea. Siempre le había encantado cómo Londres se tragaba por igual el escándalo y la alegría, masticándolos hasta convertirlos en

rumor y festín móvil. Aquella noche, la ciudad parecía un testigo que no contaría a nadie lo que había visto.

Al final, se dirigió a casa porque no había otro lugar que lo admitiera. En su cabeza, la habitación donde ella había estado se repetía con exacto detalle: la carta en la repisa de la chimenea, el soldado que no guardaba nada, el filo limpio de su voz cuando pronunció su nombre como una promesa que no rompería aunque le doliera.

En su puerta, se detuvo con la mano en la aldaba, y luego la dejó caer sin hacer ruido. No podía soportar el estruendo. Dentro, el vestíbulo de mármol resonó de todos modos. La señora Trent apareció de una sombra como por arte de magia, pero lo que sea que viera en su rostro la hizo contener sus preguntas. Él agradeció aquella piedad más allá de toda razón.

—Por la mañana —dijo, y su voz sonó como la de otra persona: ronca, cansada, más vieja—, haré llamar a mi abogado. Y al vicario.

—Sí, milord.

Fue a su estudio y dejó la cartera sobre el escritorio. No se sentó. Se acercó a la ventana y apoyó la palma de la mano en el frío cristal. Desde allí, las farolas de la calle formaban pequeños círculos de luz, islas en un mar gris. Imaginó, por un instante loco y agudo, prender fuego a los papeles y dejar que la llama devorara sus certezas. Pero el fuego era una respuesta fácil para hombres como él: dramática, inútil. Ya había dispuesto suficientes cosas para toda una vida en un solo día.

—Pregúntale —dijo en voz alta a la habitación vacía, como si decir el remedio pudiera deshacer el daño—. Pregúntale. Y si dice que no...

No pudo terminar la frase. Se quedó allí hasta que la escarcha ribeteó el lugar donde su aliento había tocado el cristal y corrió, al fin, como agua. A lo lejos, una campana dio la hora. Contó cada campanada y no se movió.

Había creído conocer la soledad. Se había equivocado. La soledad no era la ausencia de gente. Era saber que uno mismo había cerrado la puerta.

Dejó caer la mano, se apartó de la ventana y empezó la larga tarea de deshacer lo que había hecho.

CAPÍTULO 13



El fuego casi se había extinguido, su luz reducida al leve pálpito de las ascuas, pero Meg seguía sentada ante él, con las manos entrelazadas en el regazo para que no le temblaran. La casa estaba sumida en un silencio absoluto: los niños dormían arriba y los criados estaban recogidos con sus propias y pequeñas comodidades.

El tictac del reloj de la repisa de la chimenea resonaba en la quietud como si tuviera vida.

Se había marchado.

Lo había visto salir a la nieve, y la oscura curva de su abrigo había sido engullida por el pálido remolino de copos. No había mirado atrás. Ella se dijo a sí misma que se alegraba.

Había hecho lo único que podía hacer. Había defendido su dignidad, su libertad, la autonomía ganada a pulso que ningún hombre —por amable y bienintencionado que fuera— tenía derecho a reorganizar sin preguntar.

Le dolía la garganta, pero no de lágrimas. De una furia que ya no tenía adónde ir.

Había llegado lleno de alegría. La había visto en sus ojos antes de que hablara; esa certeza juvenil y esperanzada de que lo había resuelto todo. Y tal vez eso era lo que más le dolía: no la malicia, sino la apabullante presunción de que el amor podía construirse como una casa, habitación por habitación, sin preguntar nunca si ella quería vivir allí.

Se levantó y recorrió el corto trecho de la alfombra. Cada superficie susurraba su presencia: la silla que había usado, el leve aroma a cedro y aire frío, la cartera que había llevado como si fuera un ramo de flores. Había creído que ya había superado este tipo de dolor. La viudez le había enseñado a enterrar el anhelo bajo los asuntos prácticos, a sobrevivir con lo que quedaba cuando todo lo demás había sido arrancado.

Pero esto no era anhelo por lo que había perdido. Era pena por lo que él había malgastado.

Porque lo había amado. Aún lo amaba, que Dios la ayudara. Amaba al hombre que se había arrodillado en su alfombra con sus hijos, que había escuchado a Theo cantar como si fuera la única música que importara, que la había besado junto a este fuego y le había hecho creer —durante un peligroso y luminoso instante— que podía ser deseada por sí misma y no simplemente gestionada.

Pero el amor sin respeto no era más que otra jaula con barrotes más bonitos.

—Has hecho lo correcto —susurró a la habitación vacía. No para convencerse a sí misma —sabía que lo había hecho—, sino para hacerlo real. Para oírlo en voz alta.

Un suave gemido llegó desde el piso de arriba. Lottie, que soñaba. Meg subió las escaleras y entró sigilosamente en el cuarto de los niños, donde ambos dormían enredados en las mantas, con el fuego casi apagado. La mano de Theo descansaba protectora sobre el hombro de su hermana, incluso en sueños.

Se quedó mirándolos, aquellas dos pequeñas vidas que había sacado adelante a través de la viudez, la pobreza y cada indignidad que conllevaba el ser impotente. Por ellos, había aprendido a doblegarse. A sonreír cuando quería gritar. A aceptar la caridad y llamarla amabilidad.

Pero no les enseñaría que el amor significaba rendición.

Le apartó un rizo de la mejilla a Lottie, con la mano ya firme. —He hecho lo correcto por vosotros —susurró—. Aunque duela.

Cuando regresó a su habitación y cerró la puerta, la ira se había asentado en algo más frío. Más claro. Había hecho bien en despacharlo. No se disculparía por ello, ni siquiera ante sí misma.

Pero mientras yacía en la oscuridad, escuchando la casa asentarse a su alrededor, un pensamiento regresaba con terca insistencia: ojalá hubiera preguntado.

Si hubiera venido con preguntas en lugar de respuestas. Si hubiera dicho *«¿qué quieres?»* en lugar de *«esto es lo que he construido»*. Si le hubiera ofrecido una asociación en lugar de un rescate.

Habría dicho que sí.

Esa conclusión no cambiaba nada. Pero se quedó con ella durante las largas horas hasta el amanecer, una verdad que no podía ignorar: aún lo amaba. Y esa era la parte más cruel de todas.

Gabriel no durmió.

El fuego de su estudio se consumió hasta las cenizas, pero no pidió que lo reavivaran. El frío parecía apropiado. Adecuado. Se sentó en su escritorio con la cartera abierta ante él; cada documento era un monumento a su propia estupidez.

El contrato de arrendamiento, firmado y con testigos. La correspondencia sobre los muebles, el personal, los preparativos. La felicitación del vicario por las próximas nupcias. Todo ello carecía de sentido por la mirada que ella le había dirigido cuando le dijo: *«llegas con papeles y lo llamas amor»*.

Había pensado que le estaba construyendo un futuro. En cambio, le había construido una prisión y esperaba gratitud por el esmero.

Qué niño había sido. Qué necio arrogante y presuntuoso.

Se sirvió un brandy y lo dejó a un lado sin tocarlo. Su mente repetía la escena con una precisión implacable: la voz de ella, tranquila y devastadora. La forma en que se había plantado con el fuego a su espalda, cada palabra como el corte de un cirujano. *Ha construido usted una prisión muy elegante.*

Había tenido razón. En todo.

Se había dicho a sí mismo que le estaba dando opciones: seguridad, oportunidades, libertad para no pasar necesidades. Pero nunca le había preguntado qué quería ella en realidad. Nunca había

confiado en que ella supiera lo que pensaba, en que tomara sus propias decisiones. Había visto un problema y lo había resuelto de la única manera que sabía: con dinero, control y la certeza de que él sabía qué era lo mejor.

La posesión era su herencia. Su padre le había enseñado bien: reclama, asegura, controla. Todo en su sitio, cada uno en su papel. Gabriel se había pasado años diciéndose que había escapado de ese legado. Aquella noche vio la verdad: solo lo había pulido para convertirlo en algo que parecía devoción.

Pensó en los hijos de ella. La voz brillante de Theo, las manitas de Lottie abrochándole el chaleco con tan solemne concentración. Los había querido a salvo. Pero también los había querido *suyos*. Quería ser él quien se lo diera todo, quien hiciera que los ojos de su madre se iluminaran de gratitud.

Se cubrió la cara con las manos. La verdad era insoportable, pero se obligó a asumirla: no la había amado libremente. La había amado como un hombre ama un cuadro que pretende comprar: admirándolo, sí, pero planeando ya dónde colgarlo.

En alguna hora oscura antes del amanecer, se levantó y se acercó a la ventana. La ciudad yacía envuelta en blanco, silenciosa y extraña. La nieve lo transformaba todo, hacía nuevo lo familiar. Ojalá las personas pudieran rehacerse con tanta facilidad.

Pero no podían. Y él no la insultaría de nuevo fingiendo lo contrario.

Regresó a su escritorio y sacó papel nuevo. Su mano se cernió sobre él y luego dejó la pluma. Las palabras eran demasiado fáciles. Ya había oído suficientes promesas, planes y certezas por su parte.

La única disculpa que merecía la pena ofrecer debía hacerse a través de la acción. A través del silencio y la contención y el doloroso y necesario trabajo de aprender a dejar ir.

Recogió metódicamente los documentos. El contrato de arrendamiento que no podía romper —estaba atado a aquel contrato de un año y pagaría por una casa vacía como penitencia por su presunción—. Pero todo lo demás podía deshacerse.

Redactó cartas a la luz de las velas: a su abogado, cancelando los acuerdos del fideicomiso; a la agencia de personal, retirando

todas las solicitudes; a los comerciantes de muebles, cesando las entregas pendientes.

Cada carta era como arrancar un clavo que había hincado demasiado hondo. Pero las escribió todas, las selló y las apiló para el correo de la mañana.

La carta del vicario quedó aparte. Eso requería una visita personal.

Cuando el cielo empezó a palidecer con el alba, Gabriel no había dormido, pero su mente estaba más despejada que en los últimos días. Sabía lo que tenía que hacer.

Desharía lo que pudiera. Y luego —lo más difícil de todo—, no haría nada. No escribiría, no la visitaría, no enviaría regalos ni explicaciones ni súplicas. Le daría lo único que no le había dado antes: la libertad de elegir sin su interferencia.

Si alguna vez lo perdonaba, tendría que llegar a esa conclusión por sí misma. En sus propios términos. A su debido tiempo.

Y él esperaría. Sin importar cuánto tiempo llevara.

La idea le abrió un vacío bajo las costillas. Pero, por primera vez desde que ella lo había despachado, sintió algo parecido a la paz. No felicidad; había perdido todo derecho a ella. Sino un propósito. Una dirección.

Aprendería a amarla como se merecía: libremente, sin posesión, sin la necesidad de controlar.

Incluso si eso significaba amarla desde la distancia. Incluso si significaba perderla por completo.

Los días pasaron al ritmo gris de la supervivencia.

Meg se despertaba, se vestía y atendía a los niños. Barría los suelos, remendaba dobladillos y leía cuentos junto al fuego. No pensaba en Gabriel Sterling excepto en cada momento de quietud entre tareas.

Los niños preguntaban por él a diario. —¿Hicimos algo malo? —quiso saber Theo. Lottie anunció que echaba de menos al «hombre alto» que la dejaba abrocharle los botones.

—Era amable —convino Meg, con un nudo en la garganta—. Pero a veces los caminos de las personas toman direcciones diferentes.

—Pero prometió jugar con mi coche de caballos —dijo Theo, y esa pequeña y desconcertada pena hizo que a ella le entraran ganas de llorar.

Arrastró ese peso a lo largo de los días: la esperanza defraudada de sus hijos, su propio y enmarañado dolor y rabia, el agotamiento de tener razón cuando tenerla no aportaba consuelo alguno.

Al cuarto día, había dejado de esperar su carruaje. Pero por la noche, tumbada en la oscuridad, se permitía recordar: su risa cuando Lottie se le había subido al regazo, la calidez de su beso, la forma en que había mirado a sus hijos como si fueran un tesoro.

Había sido amable. Había sido sincero.

También se había equivocado catastróficamente.

Ambas cosas eran ciertas. Y ella no sabía qué hacer con el espacio que había entre ellas.

Para el sábado, había vuelto a ser práctica. Le escribió al vicario ofreciéndose a ayudar con los alumnos de caridad. Planeó menús que estirarían sus modestos recursos. Se dijo a sí misma que un corazón roto era un lujo que no podía permitirse.

Mañana era domingo. Día de Año Nuevo. Un nuevo comienzo, según el calendario.

Intentó creerlo.

Gabriel recorrió la ciudad sin cesar, a través del parque, por las calles, evitando por completo la suya. Mrs. Trent lo observaba con ojos preocupados pero no decía nada. Su madre le envió una nota preguntando si estaba enfermo. Él respondió que se encontraba perfectamente.

Simon lo visitó al tercer día y lo encontró sin afeitar, con la mirada perdida.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—¿Y piensas hacerlo?

Gabriel miró a su amigo a los ojos. —Me pidió que me marchara. Y me marché. Eso es lo que uno hace cuando por fin ha aprendido a escuchar.

—¿Y si nunca te perdona?

La pregunta cayó como un puñetazo. Gabriel desvió la mirada. —Entonces viviré con ello. No es más de lo que merezco.

Simon se inclinó hacia delante. —¿Y si quiere perdonarte? ¿Y si está esperando a que lo intentes de nuevo?

—Entonces tendrá que decírmelo ella misma —la voz de Gabriel fue firme—. No volveré a dar nada por sentado nunca más. Si decide que merezco el riesgo, sabe dónde encontrarme.

Simon se fue negando con la cabeza, pero Gabriel no sintió ningún impulso de cambiar de rumbo. Este era el único camino a seguir: silencio, contención y la desesperada esperanza de que el amor, si era real, encontraría la manera.

La casa de Hanover Square permanecía vacía, con las ventanas a oscuras. Había pasado por delante una vez, tarde por la noche, cuando nadie podía verlo. Los muebles esperaban dentro como promesas abandonadas. El piano acumulaba polvo. El cuarto de los niños estaba listo para unos niños que nunca llegarían.

Pagaba el alquiler cada semana, un diezmo a su propia estupidez. Pero algunas noches se permitía imaginar: a Meg en ese piano. A Theo corriendo por esos pasillos. A Lottie en aquel jardín, creando reinos con cualquier cosa que encontrara.

Las imágenes dolían más que las habitaciones vacías.

El sábado por la noche, de pie en su estudio, tomó una decisión. Mañana era domingo. Día de Año Nuevo. Iría a la iglesia; no a la de ella, sino a la suya, al otro lado de la ciudad. Asistiría al servicio e intentaría recordar cómo rezar.

Y si eso fallaba, simplemente seguiría caminando. Seguiría esperando. Seguiría aprendiendo lo que significaba amar a alguien sin necesidad de poseerlo.

No era esperanza, exactamente. Pero era algo a lo que aferrarse para seguir viviendo.

Por ahora, tendría que ser suficiente.

CAPÍTULO 14



El domingo por la mañana amaneció frío y luminoso, con esa clase de luz invernal que hacía que todo pareciera impoluto. Meg se despertó temprano y se vistió con esmero; no con la lana gris del luto, sino con la azul. Se dijo a sí misma que era porque los niños merecían verla con algo alegre el día de Año Nuevo.

No pensó en Gabriel Sterling mientras se recogía el pelo con horquillas.

Pensaba en él constantemente.

En la iglesia, se acomodó en su banco de siempre, cerca del fondo. Theo se puso a contar las grietas del techo. Lottie balanceaba las piernas hasta que Meg la detuvo con una mano delicada. El servicio comenzó: himnos, oraciones, y el reverendo Baker subiendo al púlpito para hablar de nuevos comienzos y páginas por escribir.

Meg no oyó nada de aquello.

Su mirada no dejaba de desviarse hacia el frente de la iglesia. Hacia el lugar donde se leían las amonestaciones.

Si no las hubiera cancelado, su nombre se habría pronunciado allí esa mañana. *Margaret Winslow y Gabriel Sterling, conde de Wrentham. Primera de tres lecturas.*

Aquel pensamiento debería haberle traído alivio. En cambio, sintió un dolor en el pecho.

Porque se dio cuenta, sentada allí con la luz invernal entrando a raudales a través de las antiguas vidrieras, de que deseaba oír esas

amonestaciones. Deseaba que su nombre se uniera al de él. Deseaba que todo el mundo supiera que lo había elegido.

Pero elegido libremente. Propuesto, no concertado.

La diferencia lo era todo. Y a la vez, nada.

Lo seguía queriendo. Esa era la simple e insoportable verdad. Lo quería lo suficiente como para haberle dicho que sí si tan solo se le hubiera ocurrido preguntárselo.

Había hecho bien en despacharlo. Pero, Dios, cómo deseaba que volviera y lo hiciera como es debido.

—¿Mamá? —susurró Theo—. ¿Estás bien?

Se apretó los dedos contra los ojos. —Sí, cariño. Solo estoy cansada.

Cuando el servicio terminó, reunió a sus hijos y se dirigió a la puerta, planeando ya la larga tarde que tenía por delante.

—Señora Winslow.

El reverendo Baker estaba junto a la sacristía, con expresión amable. —¿Podríamos hablar un momento?

Sintió un vuelco en el estómago, pero asintió. Los niños esperaron junto a la puerta mientras ella seguía al vicario al interior.

—Lord Wrentham vino a verme —dijo él sin preámbulos—. El viernes por la mañana. Canceló las amonestaciones antes de que pudieran leerse.

El suelo pareció inclinarse. Meg se agarró al respaldo de una silla.

—Estaba muy afligido —continuó el reverendo Baker con delicadeza—. Dijo que había cometido un grave error de presunción. También intentó devolver su donativo… Lo convencí de que de verdad necesitamos reparar el tejado, pero no quería dar ninguna apariencia de manipulación. —El vicario hizo una pausa—. Me pidió que, si alguna vez preguntaba usted por él, le dijera que está esperando. No que espere nada. Sencillamente… que espera.

Meg no podía hablar. No podía respirar.

—Debo preguntarle algo —dijo el reverendo Baker en voz baja—. Y perdone mi impertinencia. ¿Lo ama?

—Sí.

La palabra salió sola. Sin vacilación.

El vicario sonrió. —Entonces, quizás debería decírselo.

El camino a casa transcurrió como en una nebulosa. En casa, les dio a los niños pan y queso para que se entretuvieran y les prometió cenar más tarde.

Luego se quedó de pie en el salón, con el corazón desbocado.

Lo había deshecho todo. Y ahora estaba esperando.

Su permiso. A ella.

Tenía que ir a buscarlo.

—¿Mamá? —Theo apareció en el umbral—. ¿Vas a alguna parte?

Miró a su hijo, a su listo y preocupado Theo. —Tengo que hacer un recado. ¿Vigilarás a tu hermana?

—¿A ver a lord Wrentham?

—Quizá.

—Deberías —dijo Theo solemnemente—. Te hace sonreír.

De la boca de los niños…

Meg se echó la capa sobre los hombros y salió al frío. Había empezado a nevar de nuevo: copos ligeros que se le posaban en el pelo y se le derretían en las mejillas. El paseo hasta Brook Street le pareció interminable y demasiado corto a la vez.

La duda se abría paso con cada paso. ¿Y si no estaba en casa? ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si era demasiado tarde?

Pero siguió andando.

Estaba a medio camino cuando lo vio.

Una figura alta con un abrigo oscuro que caminaba hacia ella a través de la nieve. Por un momento pensó que lo había invocado con el pensamiento. Entonces él se detuvo, y ella se detuvo, y el espacio entre ellos se llenó de un silencio blanco.

Gabriel.

Parecía más delgado. Tenía sombras bajo los ojos. El pelo húmedo por la nieve. Como un hombre que llevara horas caminando sin un rumbo fijo.

—Meg. —Su nombre fue apenas un susurro.

—Iba a buscarte.

Algo cambió en su rostro: la esperanza luchando contra la incredulidad. —¿Por qué?

—He estado en la iglesia esta mañana. El vicario me ha dicho que lo habías cancelado todo.

Dio un paso hacia ella, con cautela. —No podía permitir que se leyeran. No sin tu permiso.

—Lo sé. —La nieve se le posó en las pestañas—. Pero, Gabriel… estaba sentada allí y me he dado cuenta de una cosa.

Esperó, casi sin respirar.

—Si no las hubieras cancelado, se habrían leído hoy. Nuestras amonestaciones. —Se le quebró la voz—. Y me he descubierto deseando poder oírlas.

Su respiración se entrecortó de forma audible.

—Quería oírlas —dijo ella—. Quería mi nombre junto al tuyo. Pero quería que me lo pidieras, no que lo concertaras. ¿Lo entiendes?

—Sí. —La palabra sonó feroz—. Dios, sí.

—Entonces, pídemelo. —Se acercó más—. Pídemelo ahora. Como es debido.

Él salvó la distancia y le cogió las manos. Le temblaban los dedos.

—Margaret Winslow. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Por qué? —le preguntó ella con delicadeza—. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Porque te quiero. Porque me has enseñado que la devoción no es posesión. Porque quiero pasar el resto de mi vida haciendo preguntas y esperando tus respuestas. —La agarró con más fuerza —. Porque te elijo a ti y quiero que tú me elijas a mí. Libremente.

—Sí. —La palabra salió feroz, jubilosa—. Sí, Gabriel.

La atrajo a sus brazos y ella se dejó llevar, apretando la cara contra su abrigo. Cedro y aire frío y ese olor suyo que había estado intentando olvidar.

—Te quiero —susurró.

—¿Puedo besarte?

Incluso ahora. Incluso teniéndola entre sus brazos.

Inclinó el rostro hacia él. —Por favor.

La besó allí, entre la nieve que caía, con delicadeza y reverencia. Una pregunta hecha y respondida. Un futuro empezado como es debido.

Cuando se separaron, a ambos les faltaba el aliento, estaban cubiertos de nieve y sonreían.

—Ven conmigo —dijo él—. Hay algo que tengo que enseñarte.

HANOVER SQUARE ESTABA en silencio bajo su manto blanco. Gabriel la llevó a una modesta casa de pueblo con altos ventanales y un pequeño jardín tras unas verjas de hierro. Le temblaban las manos mientras abría la puerta.

Dentro, todo esperaba.

El pianoforte en su soleado salón. Los muebles de la habitación de los niños, dispuestos con esmero. Un comedor de diario que daba al jardín. Luz por todas partes, incluso en un día gris de invierno.

Meg lo recorrió lentamente, viéndolo con otros ojos. No era una jaula, sino una pregunta: «¿Podrías ser feliz aquí?».

Se detuvo en la habitación de los niños. Tres camas. Una para Theo, una para Lottie, y una más pequeña. Esperando.

Se giró. Gabriel estaba de pie en el umbral, observándola.

—Es preciosa —dijo en voz baja.

—Pero no es tuya. No a menos que tú la elijas. —Se acercó—. Podemos dejarla vacía. Buscar otra. Construir algo juntos desde cero. No me importa dónde vivamos mientras lo elijas tú.

Ella le cogió las manos. —La llenaremos juntos. Cada habitación. Cada elección. A nuestra manera.

El alivio inundó su rostro. —Sí. Juntos.

—Pero no hoy. —Ella sonrió—. Hoy solo enséñame lo que imaginaste.

La casa volvió a recorrerse, y él le fue explicando: el pianoforte porque ella había tocado en una ocasión. El cuarto de los niños dispuesto para que no se sintieran solos. El jardín para los reinos de Lottie.

Lo detuvo con un beso. —No construiste esto para controlarme. Lo construiste porque me quieres. El error no fue la casa. Fue no preguntar si la quería.

—Te lo estoy preguntando ahora.

—Y te estoy respondiendo: sí.

Se quedaron de pie en el salón vacío mientras la nieve caía fuera, y Meg sintió que algo encajaba en su sitio. Colaboración. Confianza. Amor sin posesión.

—El vicario… —dijo ella—. Deberíamos decirle que lea las amonestaciones después de todo.

La sonrisa de Gabriel fue radiante. —¿Estás segura?

—Totalmente. El próximo domingo. Que todo el mundo lo oiga.

—Tres semanas antes de poder casarnos. ¿Podrás soportarlo?

—He esperado cuatro años —dijo ella—. Puedo esperar tres semanas más. Además… me cortejarás como es debido. Pidiéndome permiso para todo.

Él se rio. —Te preguntaré qué has desayunado. Te preguntaré si puedo llevarte los paquetes.

—No seas ridículo.

Lo besó para acallar sus palabras, y cuando se separaron, ambos sonreían.

—Ven —dijo él—. Deja que te acompañe a casa. Tengo que pedir permiso a tus hijos para cortejar a su madre.

—Dirán que sí. Llevan preguntando por ti todos los días.

Cerró los ojos brevemente. —Entonces se lo pediré a ellos también como es debido.

Cerraron la casa y regresaron por las calles iluminadas por la nieve, cogidos de la mano. Mañana se lo dirían al vicario. El próximo domingo se leería la primera amonestación. En tres semanas, se casarían.

Pero hoy —este perfecto, imposible y duramente ganado hoy— era suyo.

Y había empezado con una pregunta, hecha y respondida libremente.

Justo como debía ser.

EPÍLOGO

Un año después

Wrentham Park, diciembre de 1819

Gabriel Sterling había pasado veintinueve Navidades en Wrentham Park temiendo cada momento.

La trigésima, no podía imaginarse en ningún otro lugar.

La nieve espolvoreaba los campos más allá de las ventanas y, desde algún lugar en las profundidades de la casa, llegó un chillido; de Lottie, seguramente, aunque podría haber sido de una de sus sobrinas. Al sonido le siguieron unas pisadas atronadoras, el ladrido del perro y la risa de su madre resonando por el vestíbulo.

Se detuvo en el umbral del gran salón y lo contempló todo: el enorme árbol inclinado ligeramente hacia un lado donde Theo había insistido en colgar un adorno más. Cintas esparcidas por los muebles. Su hermana Caroline intentando organizar juegos de salón mientras los niños pasaban veloces a su lado como bancos de peces. El fuego crepitando. El ruido, inmenso.

Era el caos. Un caos glorioso, ridículo e ineludible.

Y le encantaba cada momento.

—Ahí estás. —Meg apareció a su lado, con las mejillas sonrosadas por la risa, el calor o ambas cosas. Llevaba un vestido de seda verde oscuro —un regalo suyo, que había elegido porque resaltaba el color de sus ojos— y posó la mano distraídamente sobre

la curva de su vientre. De cuatro meses, había dicho el médico. Saldría de cuentas en mayo.

—Solo estaba observando —dijo Gabriel, rodeándola con un brazo—. Asegurándome de que nadie les prendiera fuego a las cortinas.

—Mientes. Estabas regodeándote.

—Quizá un poco —contestó él, depositando un beso en su sien—. ¿Se me permite?

—Te lo permito. —Se apoyó en él, encajando a su lado con la naturalidad de la respiración—. Tu madre quiere que Theo cante después de la cena. Le ha estado contando a todo el mundo lo de su solo en la abadía.

Gabriel sintió la conocida oleada de orgullo. La voz de Theo no había hecho más que volverse más extraordinaria con la práctica. El chico había empezado a llamarlo «padre» en marzo; al principio con timidez, y luego con una seguridad cada vez mayor. Gabriel jamás se había sentido tan honrado por ningún título. El director del coro enviaba informes en los que utilizaba palabras como *extraordinario* y *único en una generación*. Pero lo que más complacía a Gabriel era el brillo en los ojos del muchacho cuando cantaba: pura alegría, sin la mancha de la obligación.

—Fingirá que no le apetece —predijo Gabriel.

—Y luego cantará tres bises.

—Naturalmente —sonrió él—. ¿Dónde está ahora?

—Ayudando a tu sobrino a construir un fuerte en la biblioteca. O quizá a demolerlo. Los informes no eran claros.

Un estrépito procedente de esa dirección, seguido de una risa infantil, resonó en sus oídos. Gabriel ni siquiera se inmutó.

—¿Deberíamos intervenir?

—En absoluto. —Los ojos de Meg brillaban—. Déjales que tengan su caos. Nos hemos ganado el nuestro.

Antes de que él pudiera responder, Lottie irrumpió en la habitación, con su muñeca en una mano y una cinta colgando del pelo. Se dirigió directamente a Gabriel y se le abrazó a las piernas.

—¡Papá! ¡Ven a ver! ¡Le he hecho una corona al árbol!

Papá. La palabra todavía lo sorprendía a veces; aquella personita que lo había reclamado como suyo con la serena certeza de los más pequeños. Había empezado a llamarlo así tres meses después de la boda, como si nunca hubiera habido duda alguna.

Él se inclinó y la cogió en brazos.

—¿Una corona? ¿Es un árbol de Navidad o una reina?

—¡Las dos cosas! —le dio un beso en la mejilla con un entusiasmo pegajoso —a pan de jengibre, supuso— y se revolvió para que la bajara—. ¡Tienes que verlo!

Lo arrastró hacia el árbol, parloteando todo el camino sobre la colocación de la cinta y si los árboles podían llevar joyas. Meg los siguió, encontró la mano libre de él y se quedaron juntos mirando la creación de Lottie: un círculo torcido de cinta dorada posado en la rama más alta.

—Es magnífica —dijo Gabriel solemnemente.

—Sabía que te gustaría. —Lottie le sonrió radiante, luego vio a su abuela al otro lado de la habitación y se marchó de nuevo, un pequeño torbellino de energía y certeza.

Meg le apretó la mano.

—Se te da muy bien esto.

—¿El qué?

—Ser padre.

Las palabras se asentaron, cálidas, en su pecho. Un año atrás, era un hombre que pensaba que el amor podía controlarse, gestionarse, construirse como una casa a partir de planos cuidadosos. Ahora era un hombre que dejaba que una niña de cuatro años le pusiera coronas a los árboles de Navidad y lo consideraba un triunfo.

—Tuve unos maestros excelentes —dijo en voz baja—. Un niño que me enseñó que la alegría no necesita permiso. Una niña que me enseñó que el amor se da libremente o no se da. Y una mujer que tuvo el valor de alejarme hasta que aprendí la diferencia.

Los ojos de Meg se iluminaron.

—Esa mujer suena formidable.

—Aterradora —convino Gabriel—. Soy muy afortunado de que se apiadara de mí.

—La piedad no tuvo nada que ver. —Se puso de puntillas y lo besó; un beso rápido, dulce y con sabor al vino caliente especiado que alguien le había puesto en la mano antes—. Te elegí a ti. Libremente. Y volvería a elegirte.

—¿Incluso con todo esto? —hizo un gesto hacia el caos que los rodeaba: su madre dando órdenes a los lacayos, sus hermanas discutiendo alegremente sobre el pudin, niños corriendo por pasillos que una vez habían resonado con sus solitarios pasos.

—Sobre todo con todo esto —la mano de Meg se posó en su pecho, sobre su corazón—. Esto es lo que te faltaba, Gabriel. No la calma. No el control. Esto. El sentimiento de pertenencia.

Tenía razón. Se había pasado años evitando la Navidad, pero había estado evitando lo equivocado. No era el caos lo que odiaba, era el vacío de pasarlo solo.

Ahora pertenecía a algo.

—Vamos —dijo Meg, tirando de su mano—. Tu madre nos quiere en el salón de música. Theo va a cantar y se ha convencido de que lo acompañarás al pianoforte.

—Yo no toco.

—Ahora sí. Te he estado enseñando, ¿recuerdas?

Sí que lo recordaba. Las tardes de domingo en la casa de Hanover Square, Meg paciente ante las teclas mientras él chapurreaba las escalas como un colegial. Los niños riéndose de sus errores. La forma en que ella lo besaba cuando por fin conseguía tocar una frase sin equivocarse.

Habían llenado esa casa juntos, tal como ella había insistido. Habían elegido cada detalle, tomado cada decisión como compañeros. Era suya de una manera en que nada había sido nunca solo de él.

—Se me da fatal —advirtió.

—Eres aceptable. Que es todo lo que Theo necesita: alguien que le marque el ritmo mientras él se luce —sonrió—. Además, me gusta verte intentarlo. Se te forma una arruguita aquí —le tocó el punto entre las cejas— cuando te concentras. Es muy tierno.

—Yo no soy tierno. Soy un conde.

—Eres las dos cosas. Ahora, ven, antes de que tu madre envíe un equipo de búsqueda.

Se dirigieron al salón de música, cogidos de la mano, mientras a su alrededor la casa resonaba con risas, música y la calidez particular de la gente que se quiere y se reúne. Theo ya estaba allí, con aspecto nervioso y emocionado a partes iguales. La madre de Gabriel se sentó en primera fila, secándose los ojos antes incluso de que hubieran empezado. También había llorado en la boda; no de pena, sino de alegría porque su hijo por fin había encontrado a alguien que lo volvía a hacer humano.

Gabriel ocupó su lugar en el pianoforte, el mismo instrumento que una vez había tocado solo en una casa vacía, intentando recordar a qué sabía la alegría. Meg se sentó a su lado en el banco, con su hombro cálido contra el de él.

—¿Listo? —murmuró ella.

Miró a Theo, que le sonrió con la confianza absoluta de un niño que se sabe querido. A su madre, que nunca había dejado de esperar que encontrara la felicidad. A sus hermanas, sus sobrinas y sobrinos, toda esta familia imposible de la que una vez había huido y sin la que ahora no podía imaginar vivir.

Y a Meg, su esposa, su compañera, la mujer que le había enseñado que lo único que merecía la pena controlar era su propio miedo a dejarse llevar.

—Listo —dijo él.

Theo empezó a cantar.

El sonido llenó la habitación, puro, claro y dolorosamente hermoso. Los dedos de Gabriel encontraron las teclas, tropezando solo un poco, y la mano de Meg cubrió la suya brevemente para animarlo. La música creció. Su madre lloró. Lottie tarareaba desentonadamente desde su sitio en el suelo.

Y Gabriel Sterling, que una vez había creído que la Navidad era algo que debía evitarse, sintió que se le hacía un nudo en la garganta con una gratitud tan profunda que casi era dolorosa.

Este ruido, este caos, esta abrumadora abundancia de amor y risas y gente que lo necesitaba y se dejaba necesitar a cambio.

Esto era lo que le había faltado todo este tiempo.

Cuando la última nota se desvaneció, la sala estalló en aplausos. Theo hizo una reverencia, sonrojado de placer. Meg apoyó la cabeza en el hombro de Gabriel. El bebé se movió bajo la mano de ella: un pequeño aleteo de vida, una promesa de más caos por venir.

—Feliz Navidad, mi amor —susurró ella.

Gabriel giró la cabeza y le besó el pelo, aspirando su aroma a lavanda, a felicidad y a hogar.

—Feliz Navidad —susurró él a su vez.

Y lo dijo con más sinceridad que cualquier otra cosa en su vida.